

El Segundo Más Oscuro De Mi Noche

Alejandra León



Image not found.

Capítulo 1

Prologo

Maira nunca imaginó lo difícil que sería la dura decisión que había tomado, pero ya estaba hecho y no podía dar vuelta atrás, no podía acobardarse ahora, menos al recordar todo lo que había descubierto en los últimos días. Hizo acopio de todo su coraje y salió del terminal de buses, con el mentón en alto y la elegante dignidad, heredada de su abuela, que siempre la acompañaba; pero ya no era la adolescente fina y altiva que solía ser, ahora era una joven solitaria, en medio de una gran ciudad que no conocía. Con una profunda inhalación, avanzó hacia la calle, intentando esconder el temor y la soledad que sentía.

No llevaba en su mochila más que artículos de aseo, un par de mudas de ropa y las joyas que tenía por si necesitaba venderlas. Había dejado todo en casa de su padre, incluso su celular, su notebook, su ipod, su maquillaje caro, su ropa fina y todo su pasado.

Tendría que esconderse en medio de aquella gran ciudad hasta que pasaran los diez largos meses que faltaban para su cumpleaños número 18, en donde tendría la edad suficiente para reclamar legalmente la herencia que hábilmente le dejara su abuela con una cláusula de no poder hacer uso de ella hasta la mayoría de edad; solo un monto mensual, para ella mínimo, que se depositaba en una cuenta, era de lo único que disponía constantemente de todos los recursos que tenía; su astuta abuela protegió su patrimonio y ahora Maira entendía por qué lo había hecho.



Terminal de buses de Antofagasta, Chile.

Capítulo 2

Capítulo 1: Mal lugar para vivir; buen lugar para ocultarse.

Su primer instinto fue pensar que tenía que cambiarse el look para pasar desapercibida o para que su padre no la encontrara, si es que le daba por ello. Preguntó cómo llegar hasta el centro, tomó locomoción y fue directo allí. Había bastante gente a esa hora del día y lo primero que hizo fue entrar a un salón de belleza; no tenía hora reservada, por lo que tuvo que esperar un rato, hasta que al fin la atendieron y decidió cortarse el pelo y teñirse de negro inegro! Cuando amaba su color castaño almendrado y su largo hasta casi la cintura. Pero cambios drásticos era lo que necesitaba; ya no podía echarse para atrás. Al verse en el espejo cuando estuvo lista, realmente no sabía si era ella o estaba viendo a otra persona, tuvo ganas de llorar, pero se contuvo, pagó, dio las gracias y se marchó. Fue a almorzar en un restaurant cercano, y se puso a pensar en qué hacer... si iba a un hotel quedaría su nombre registrado, si su padre la hacía buscar con la policía tal vez darían con su paradero, ¿Pero se atrevería su padre a hacerla buscar? Bueno aunque lo hiciera, probablemente se demorarían en hallarla y quizá para ese entonces ya no estaría aquí, pensó con más serenidad. Aun así, necesitaba un lugar para dormir; no podría quedarse en un hotel de forma indefinida, no le alcanzaría el dinero para tanto. Tendría que arrendar un departamento. Compró un diario local en un kiosko y se puso a hojear los clasificados, sentada en una banca del paseo Prat. ¡Por Dios, los arriendos son carísimos! – pensó. Necesitaba un celular, para llamar y preguntar por los que encontró más económicos. Se dirigió a una conocida tienda por departamentos, que estaba en la misma cuadra y se decidió, con un dejo de resignación, por un celular básico, uno económico; de todas formas ya para qué querría un smartfone si aquí no conocía a nadie y no podía o no quería contactarse con nadie de la vida que por el momento debía dejar atrás. Llamó a varios anuncios; la mayoría eran a través de corredores de propiedades, y se encontró de pronto con el mayor obstáculo: la edad. ¡Qué idiota era! Nadie le arrendaría un departamento siendo menor de edad. ¿Qué haría? Y recordó que los estudiantes universitarios se alojan en piezas, en pensiones. Tal vez esa sería una solución, tendría que acomodarse en una pieza hasta que pudiera tener edad para arrendar una casa completa y también para manejar toda su herencia, si es que su papá no la encontraba antes. Buscó entre los avisos del periódico y llamó a algunos de los teléfonos en los anuncios, pero sólo se encontró con más escollos; todas las respuestas eran similares: “Debe enviar la documentación de su padre o madre, el que se vaya a hacer responsable por el pago.” “Si eres menor de edad tu mamá o papá tienen que venir a firmar el contrato de arriendo”, “No le arriendo a menores de edad, sólo mayores, idealmente que trabajen o estudien y trabajen.” “sólo recibo

varones, no chicas, lo siento.” Todo era “No”, y por esta fecha ya avanzado el año era más difícil encontrar arriendo. O quizá así era en esta ciudad. Por el momento tendría que hospedarse en algún hotel y seguir con su cambio de look.

Se alojó en un céntrico hotel, en el cual la miraron con desconfianza cuando vieron que era menor de edad y le hicieron algunas preguntas. Maira, mintiendo, respondió que era un viaje para un evento de su colegio, pero como se había inscrito a último momento, no había podido hospedarse en el hotel con los demás muchachos que venían y tenía que hacerlo por su cuenta ya que estaba aquí. Trató de parecer lo más serío y creíble posible y lo logró, le creyeron la mentira y pudo alojarse tranquilamente. La habitación era algo pequeña en el segundo piso del hotel, pero al menos era limpio y cómodo a su parecer. Descansó un rato meditando en los acontecimientos que la tenían en ese lugar, y luego, desperezándose, decidió seguir con sus planes; salió a comprar algo de ropa, debía ser muy distinta a lo que ella usaba; así que nada de entrar a boutiques, ni siquiera a las tiendas por departamentos. Caminó algunas cuadras y vio lo que necesitaba: ropa importada; probablemente traída desde patronato, debía de ser china o hindú. ¡Ugh! Hizo un gesto con la boca al pensar en la tela de mala calidad y las terminaciones mal hechas. Compró algunas poleras y un par de jeans que parecían “decentes”, al menos imitaban ser un poco mejores en calidad, y un horrible polerón de buzo color gris; su padre jamás la reconocería con eso... Por Dios –pensaba- se iba a ver igual que las chicas que hablan mientras mastican chicle con la boca abierta de las que ella siempre se burlaba: una marginal de los barrios bajos; una flaute poblacional. ¿Pero esa era la idea, no? Caminó por el centro de la ciudad intentando conocer sus alrededores y ordenar sus ideas, aunque en el fondo sabía que solo quería tener al fin un lugar estable en el cual quedarse; donde esconderse del mundo; de su mundo, de su padre, de su familia y del ruin bastardo de Edgar. Sólo quería olvidar... olvidar que todos la habían traicionado.

De vuelta en el hotel, luego de vagar horas, sin sentido, hasta que le dolieran los pies, y de sólo detenerse en un restaurante para tomar once, se encerró en su cuarto, se dio un baño y se acostó bajo las mantas sintiendo cada vez más fuerte la opresión en su pecho y la soledad que la abrumaba. Prendió el televisor, pero no le importaba verlo, sólo esperaba que la bulla que salía de él calmara un poco su ansiedad. ¡No quería llorar! ¡No merecían sus lágrimas! ¡Ninguno de ellos! ¡Ninguno!

Por la mañana decidió abocarse a lo que era en ese momento su principal preocupación: conseguir alojamiento estable; sola y con sólo 17 años, parecía que no iba a ser tan fácil, podría irse a otra ciudad, o moverse de pueblo en pueblo, pero esconderse en una ciudad grande le parecía más seguro. Pensó entonces en recorrer algunas zonas de la ciudad para ver si así encontraba algo, tal vez poder hacer un trato directo con algún arrendador sin tener que pasar por una inmobiliaria o quizá

convencer al dueño al hablar directamente con él o ella. Pero ese día no hubo suerte, ni al día siguiente; Los buenos sectores de la ciudad no están al alcance de una menor de edad que está sola y sin padres en la gran ciudad regional. Tendría que buscar en las poblaciones. Eso le dio un poco de pánico, pero hizo el intento al tercer día, y obtuvo los mismos resultados; era menor de edad, la gente no confiaba en ella y en que pudiera pagar la renta. Además hacían muchas preguntas que no podía y no quería contestar. Todo se resumía en eso: su edad la volvía no fiable económicamente; si al menos supieran cuánto dinero tenía en los bancos; claro que mientras tanto sólo podía manejar un escasísimo porcentaje de ello mes a mes, que en su vida en Santiago le servía para ropa, joyas y caprichos, pero aquí le tendría que servir para vivir; aunque esa pequeña limosna como ella lo llamaba, era más de lo que ganaba un trabajador promedio de la zona. Era prácticamente el sueldo de un profesional recién egresado. El cuarto día estaba ya muy nerviosa. Había dicho en el hotel que serían cinco días o menos y mañana ya debería irse de ahí; pero aún no encontraba alojamiento, siguió intentando llamar a algunos anuncios, pero sin éxito, siguió yendo a otras poblaciones, preguntando por arriendo o alojamiento... ¿Por qué su mala suerte? ¿Es que todo debía estar tan mal?

Ya estaba cansada de tanto buscar, caminar, preguntar, llamar por teléfono, para que todo fuera no, para que apenas aparecía una esperanza de arriendo muy pronto esa ilusión terminara en el piso, al igual que la ilusión que tuvo con el hombre que creyó amar y que sólo estaba interesado en su dinero, pero no la quería a ella sino a Estefanie, su hermana. Lo que hace la ambición –meditaba- sino fuera por esa herencia Edgar jamás la hubiera seducido y pensar que su hermana estuvo de acuerdo con él, y también su padre... no lo entendía.

Ya no sabía qué hacer, a quien recurrir, pero no quería echar pie atrás, no quería regresar a eso que ella llamó su casa, aunque nunca fue un hogar; si volvía sabía que la iban a despojar de todo, y luego que lo hicieran qué sería de ella, estaría quizá en peores condiciones que ahora; a merced de su padre, o de su madrastra o de Edgar, quizá de los tres; al menos daba gracias de haberse enterado a tiempo y tener lapso para huir, antes de que ya no hubiera escapatoria. Ahora estaba obligada a esconderse hasta que obtuviera la mayoría de edad y pudiera hacerse cargo de su herencia y de su vida.

Hizo el último intento que sus fuerzas le permitían; nunca le habían dolido tantos los pies... y el corazón también. Habló con una joven mujer que atendía un almacén en una lejana población de la zona norte de la ciudad, ella se la quedó mirando y le contestó primero que no sabía de arriendos por el sector, pero después de un rato y de ver quizá la angustia y desazón en el rostro de Maira le preguntó que por qué no se iba a un campamento; había uno cerca de allí, hacia el cerro; ella tenía una

hermana que vivía allá, tal vez podría ayudarla a acomodarse.

-Aquí los arriendos son muy caros –le dijo al observarla vestida con los jeans baratos y el horrible polerón gris que Maira llevaba, aunque ella misma no estaba mejor vestida.

-Sí. Ya me di cuenta. –respondió tristemente al ver que hasta en los barrios de casas sociales era difícil encontrar arriendo; aunque claro con lo pequeñas que eran las casas, seguramente apenas caían las familias que las habitaban.

-Te puedo ayudar de esa forma. Trinidad vive aquí arriba, –dijo la mujer, apuntando con el dedo índice hacía el este– en los faldeos del cerro, puedo llevarte hasta allá, y quizá allí puedas conseguir donde dormir.

-De acuerdo. –aceptó finalmente Maira. Dios, un campamento, la sola idea le aterró. Vivir en un campamento; era prácticamente ser una indigente; cuan bajo tendría que caer para escapar de la ambición de quienes ella creía la estimaban. Lo único rescatable era que allí nunca, nunca la encontrarían. ¿Pero sería capaz de sobrevivir a esa indigencia, acostumbrada como estaba a su vida de privilegios y suntuosidad?

-Espérame un momento y te acompaño. –Le sonrió amigablemente y entró desde el almacén a otra habitación al interior de la casa, sólo unos segundos después un joven alto y moreno apareció junto a ella, se acomodó detrás del mostrador y la mujer sonriendo a Maira añadió:- Vamos.

Caminaron muchas cuadras más, a Maira ya se le reventaban los pies de dolor, “menos mal que era cerca”-pensaba con ironía, al ver que seguían ascendiendo por las callejas entre cientos de casas pequeñas e iguales de dos pisos, algunas modificadas, otras reparadas y otras con aspecto lúgubre y miserable. Hasta que las casas se terminaron y en un sitio baldío, hacía un costado de donde se acababa literalmente el camino, un pequeño número de cabañas, del tipo mediaguas, emergían de manera ordenada por el espacio, formando callecitas, y otras habitaciones hechas de cholguán, madera, e incluso cartón, cerradas a trozos de lo uno o lo otro se anexaban a las cabañas o estaban solas por su cuenta, débilmente mantenidas en pie. A Maira el lugar le parecía siniestro, la pobreza y la miseria parecían olerse a kilómetros y tuvo un repentino estremecimiento, un deseo de huir despavorida de ese terrible lugar en el cual jamás ni en sus peores pesadillas se imaginó llegar.

Se metieron por entre las casitas de material ligero, por un camino barroso, hasta llegar a una cabaña pintada de azul, con un antejardín hecho de pallets, La mujer gritó frente a la puerta el nombre de su hermana, llamándola, golpeó luego la puerta dando tres golpes con sus

nudillos y esperó.

-A esta hora ya debe de estar en casa. –comentó.

-¿Soraide? ¿Tú por aquí, qué viento te trajo? – Se asomó por la puerta una mujercita menuda de cabello castaño y grandes dientes amarillosos.- Pasa –agregó.

-Hola Trini. No vengo sola... –contestó dudosa-...Traigo a esta niña conmigo

-¿Quién es? No la conozco.

-No tiene dónde quedarse y pensé que... podrías encontrar la forma de ubicarla aquí por un tiempo, ya sabes...

-Pasen. –abrió más la puerta y les hizo entrar.

El interior era estrecho y había aroma a comida en todo el lugar, muebles viejos abarrotados intentando tener su espacio en el reducido aposento. Pero la mujer era amable, y las hizo sentarse en unas destartaladas sillas junto a una pequeña mesa de madera que estaba cubierta por un florido mantel de hule.

-¿Cómo te llamas? –inquirió la mujer

-Maira –respondió sintiéndose tímida de pronto, aunque nunca lo había sido.

- Yo soy Trinidad. –se presentó y luego agregó observándola:- ¿Y tu familia?

-Muerta –dijo sin mirar a los ojos.

-¿Estás sola?

-Sí. Y no tengo dónde quedarme. Debo marcharme mañana por la mañana desde donde estoy y nadie me ha querido arrendar un lugar para vivir. –resumió brevemente.

-¿No eres de aquí?

-No. Pero quiero quedarme en la ciudad... trabajar, pero por el momento lo más importante es tener donde dormir todos los días.

-Ya veo. Hablaré con Waldo, es uno de los dirigentes de aquí; creo que podrás quedarte, pero tendrás que empezar a trabajar en algo para mantenerte. Aquí la vida es dura. Si tienes suerte tal vez puedas hacerte

de una mediagua.

-¿Y mientras tanto?-preguntó preocupada

-Mira yo no tengo espacio, con mis tres niños y mi esposo, pero voy a hablar con Estela, vive aquí a la vuelta, sólo con su padre, creo que puede recibirte unas noches y luego veremos. Las mujeres tenemos que ayudarnos las unas a las otras. Pero primero cuéntame tu historia.

-¿Historia? -preguntó alarmada Maira.

-Sí. Qué te hizo terminar aquí.

-Ehh..., yo... estoy sola y... tenía una pareja... pero sólo quiso sacar provecho de mí, y tenía además a otra mujer... lo descubrí todo y me fui para escapar... de él y... de su engaño -Oh Dios, que difícil era hablar de eso, esperó haber contestado lo necesario sin revelar mucho; era la primera vez que hablaba de lo que había pasado hace unos días atrás en su casa, ahora tenía un nudo en la garganta y ganas de llorar.

-Eres muy joven -le dijo Soraide tomándole una mano en señal de apoyo.

-¿Tienes hijos? -preguntó Trinidad

-No, no. -Y eso la hizo pensar en que estuvo a punto de entregarle su virginidad a ese bastardo, apenas una semana atrás; oh, se hubiera arrepentido toda su vida; podría haber quedado embarazada de él, que horror. Qué bueno que eso no alcanzó a suceder.

-Eres muy joven para amargarte la vida por un maldito hombre -le reprochó Soraide- los hombres muchas veces juegan sucio, la mayoría son unos patanes descarados.

-Ya. Pero ahora hay que buscarle una cama a Maira -sentenció Trinidad suspirando- Quédense aquí, voy a ir a hablar con Estela y ver qué me dice. -y mirando a su hermana agregó:- Dale algo de comer si tiene hambre. Ve qué encuentras.

-¿Tienes hambre? ¿Te gustaría una taza de té con un pan con margarina?

-No, gracias -Iba a ser muy extraño para Maira adaptarse a este inesperado tipo de vida, pero sabía que podía hacerlo si reunía toda su fortaleza en ello.

Los minutos avanzaron hasta que Trinidad estuvo de vuelta con una gran sonrisa en los labios.

-El papá de Estela estará en casa de su primo, en Calama, por unos días, así que, mientras tanto te podrás quedar con ella, hasta que te acomodemos mejor. ¿Qué te parece?

-Muchas gracias. Son muy amables. Son las únicas personas que me han ayudado, espero retribuirles en algún momento. –respondió sinceramente Maira mirando a ambas a los ojos, pensando en que apenas pudiera hacerse cargo de la herencia podría ayudar a las dos a salir de su miseria.

-Bien. ¿Te quedarás esta noche o dormirás en dónde lo estás haciendo?
–preguntó Trinidad.

-Debo ir a buscar mis cosas, pagué un alojamiento, pero ya no puedo hacerlo más... -intentó explicar sin decir que estaba en un hotel.

-Sí. Me imagino que has gastado todo el poco dinero que tienes que haber traído, y debes estar en un sucucho de mala muerte. –Supuso Trinidad- ¿Podrás mañana llegar sola hasta acá? ¿Darás con el lugar?

-Si me explican cómo...

Soraide y Trinidad eran buenas personas, e hicieron sentir a Maira un poco mejor, aunque por otra parte, ella nunca se imaginó terminar viviendo de allegada en un campamento. Al día siguiente, sacó sus cosas del hotel, después de un buen baño, probablemente el último que se diera cómodamente en algún tiempo –pensó con pesar-, y siguiendo las exhaustivas explicaciones de las dos hermanas, acerca de la locomoción que debía tomar y dónde debía bajarse y luego como dar con la mediagua de Estela, llegó a la descolorida mediagua de quien sería su anfitriona por algunos días. La mujer era alta y delgada, muy delgada, mucho, mucho más que Trinidad, pero con una voz ronca y aliento de fumadora. La hizo pasar y le ofreció una taza de café. Adentro había muy pocas cosas, pero todo estaba muy limpio, una cortina a modo de puerta separaba los dos ambientes de la cabañita; una cocina comedor en una, la principal y un dormitorio en la otra, la hizo entrar en el segundo, y le mostró las dos camas que había; todo muy sencillo y pobre, pero todo muy limpio y ordenado. Le explicó que dormiría en la cama de su padre, le dijo que había volteado el colchón y echado desinfectante, para que ella no tuviera escrúpulos de dormir en la cama de un anciano, que había cambiado las sábanas y sacudido las frazadas, y que se podía instalar tranquilamente. Agregó que los baños químicos estaban hacia el fondo, pero que en caso de emergencia y para evitar salir por las noches al baño porque podía ser peligroso, había un pequeño cobertizo hecho de material ligero, apegado al dormitorio, en dónde había un tarro con cloro en que podía hacer sus necesidades en la noche si es que quería. Maira la escuchó intentando mantenerse impassible, mucho más al pensar tener que evacuar en un tarro durante la noche. ¿Qué hacía ella en ese lugar? ¿Cómo se estarían

riendo todos de ella si supieran en donde estaba metida y en las condiciones que viviría los próximos días? Pero sin más opciones agradeció a Estela su ayuda, sabiendo que esta mujer pobre estaba ofreciéndole lo mejor que tenía, y esto la hizo sentir de un modo muy extraño; en su mundo la gente era individualista, egoísta y presumida, pero aquí, estas mujeres, eran esforzadas, auténticas y amables, y dispuestas a ofrecer lo poco que tenían. Vaya; eran admirables –pensó Maira con asombro.

Los primeros días en el campamento pasaron rápidos, entre conversaciones con Estela, que no paraba de hablar a todas horas, evitando así que divagara en sus tristes pensamientos, y charlas con Trinidad que todos los días se asomaba a verla un rato y saber cómo estaba. Entre un par de reuniones con los dirigentes que le ayudarían a conseguir una de esas cabañitas para ella sola a un buen precio, y el mucho, mucho trabajo, que significaba para Maira tener que seguirle el ritmo a Estela en todo lo que hacía; por Dios, esa mujer no paraba en todo el día, y no podía rechistar, así que no le quedaba otra que ayudar, con el aseo, con cocinar, un día el fin de semana con una olla común para un montón de gente –claro que ahí habían muchas ayudando-, yendo a visitar a algunas personas del mismo campamento, barriendo la húmeda tierra de la calle, lavando a mano infinidad de cosas y siendo su ayudanta en el aseo en algunas casas de la ciudad para ganar algo de dinero... Dios, y pensar que ella vivía como las personas de las casas que tuvo que ayudar a Estela a asear; era un trabajo agotador y nunca valoró a su nanny o a Clemencia la empleada sureña que tenía su madrastra. El quinto día sintió que necesitaba un descanso, sobretodo porque ese día llegaba el padre de Estela y no sabía dónde dormiría, aunque Estela le dijo que no se preocupara que la acomodaría; pero Maira incómoda, aprovechó que tenía que ir al centro a comprar algunas cosas y sacar discretamente algo de dinero del cajero, para consultar en una bastante humilde residencial si podía alojarse, para su sorpresa no le hicieron mucho problema cuando pasó su cédula de identidad y vieron que era menor de edad, quizá a la mujer peruana que la atendió no le importó.

-Estela..., esta noche me quedaré fuera... ehm, me han ofrecido un trabajo en un evento, sólo por esta noche, y pagarán bien... y... ya sabes que necesito el dinero, así que acepté...ehh, mañana vemos como me acomodó ahora que tu padre ha vuelto... -a Maira le costó explicar su mentira, no estaba segura de cómo decirlo, y sonar creíble... pero realmente deseaba dormir una noche en una pieza ella sola y darse un baño cómodo con agua caliente y descansar.

-¿Estás segura de lo que haces? –preguntó Estela sin denotar lo que pensaba al respecto.

-Sí. Ya está todo arreglado. –respondió sin mirarla a los ojos.

-Pues bien, es tu decisión, pero ten cuidado con lo que haces, o con quien estás... ya sabes... precauciones y esas cosas... -había una advertencia velada en esas palabras.

-Estaré bien. –dijo insegura Maira, pero más por el hecho de haber tenido que mentir a quien tanto la estaba ayudando y luego se dio cuenta de lo que Estela intentaba deducir... ¡Oh! ella creía que se iría a acostar con alguien! Maira se asombró del alcance de las implicancias de las palabras de quien la estaba acogiendo en su casa, pero disimuló su malestar y decidió que no valía la pena intentar explicarse mejor o negar lo que Estela estaba creyendo, pues al hacerlo, seguramente se enredaría en sus propias palabras y Estela se terminaría por dar cuenta de que le estaba mintiendo acerca del trabajo.

Maira se marchó al oscurecer, justo después que el padre de ella llegara de su visita a Calama. El hombre la saludó amable, y se dejó caer pesadamente sobre el único sillón que había, mientras su hija lo atendía abnegadamente.

Ya en la residencial, esa noche fue un descanso, a pesar de lo humilde del lugar, pero al estar sola, las lágrimas se agolparon en sus ojos, y el dolor de los recuerdos asomaron a su alma, y aunque no quería llorar, no pudo evitarlo; lo necesitaba, estaba acumulando todo ese dolor sin poder soltarlo desde que sucedió.

Al día siguiente regresó de mañana, se hubiera quedado más, pero no quería asustar a Estela, con lo que ella pensaba que estaría haciendo. El baño con agua caliente en la privacidad de su habitación, había sido lo mejor de todo, pero tenía que regresar a su ahora ocupada realidad. Estela le hizo algunas preguntas que logró evadir notablemente. Y por la noche tuvo que dormir en una colchoneta entre las dos camas y entre los suaves ronquidos de Estela y los extraños gorgoteos de su padre; no iba a ser una buena noche, pero por el momento no tenía muchas opciones; al menos tenía un techo sobre ella y la tranquilidad de pensar que era improbable que su padre la hallara mientras estuviera en ese lugar; pues un campamento nunca sería un lugar en donde se le ocurriría buscarla –pensaba Maira intentando conformarse al nuevo estilo de vida que empezaba a sobrellevar.

Image not found.



-Paseo Prat

-Campamento Juanita Cruchaga,
Antofagasta. (2010)

Capítulo 3

Capítulo 2: El sueño de la casa propia... pero en un campamento.

Los días comenzaron a pasar con rapidez. La mayoría de ellos prefirió ir a dormir a una residencial, para no estar tan incómoda e incomodar a su anfitriona, pero a Estela le molestó el "nuevo trabajo" que supuso que Maira tenía, por lo que se le hizo urgente acomodarse en un lugar sola dentro del campamento, y no dudó en comprar una pieza tipo mediagua para instalarla en el lugar que le dijeron que podía acomodarla. La pieza era pequeña, de 6 x3 metros, pero apenas la tuvo se sintió más tranquila, por no tener ya que depender de la ayuda de Estela que la observaba cada día con más reproche, por creer que Maira estaba ejerciendo la prostitución, haciéndola sentir que ya no era bienvenida en su casa. Pero aun así, Estela seguía aconsejándola y ayudándola a adaptarse a esta nueva vida que tenía. Maira por su lado no podía creer que hubiera sobrevivido tantos días allí; si bien aún le costaba adaptarse a algunas cosas, en ese tiempo había aprendido más que en dos años enteros en su ahora, cada vez más lejano mundo familiar. Asesorada por Estela aprendió a hacer un correcto aseo, a cocinar algo más que papas fritas o huevos que le había enseñado su nanny, a lavar a mano, a planchar, a zurcir ropa, fregar trastes, a hacer impecablemente la cama, a la importancia de mantener la higiene en un lugar como un campamento y así evitarse enfermedades e infecciones, a probarse ropa usada donada, buscando lo que le podía servir, a ayudar a otros que estaban en peores situaciones de miseria, a valorar la importancia del esfuerzo y el sacrificio, y a apreciar cada vez más a esas valientes mujeres que la estaban cobijando y dándole apoyo continuo. Pero aun después de empezar a dormir en su nueva vivienda, siguió arrancándose una o dos veces por semana a una residencial para dormir mejor y darse un buen baño con agua caliente; aunque esto le significara que se estaba ganando el título de "puta", por todo el vecindario; ya había escuchado un par de comentarios, ¿Pero qué sabían ellos?, además esto le permitía poder ocupar el dinero de su mesada; era una excusa creíble... podía ayudar a Estela con los gastos, mucho más de lo que conseguía haciendo aseo en las casas junto con ella.

Consiguió además, anexar a su pieza un cuartucho de calaminas viejas que compró baratas, para ocuparlo como baño, lavadero y para almacenar agua. Pero amueblar su mediagua y el cuartucho aquel, era otro cuento, Por lo que dormía allí, pero seguía yendo a casa de Estela para todo lo demás en tanto se hacía de lo necesario para hacer mínimamente habitable su nuevo hogar.

Apenas cobró una nueva mensualidad, el segundo mes que ya estaba en el campamento, Maira se reunió con Rose, una joven de 17 años, madre soltera, que vivía en el campamento cerca de ella y con la cual estaba haciendo amistad, y fueron a una venta de muebles usados para elegir algunas cosas para la cabaña. Maira adquirió una cama de dos plazas, un velador, un closet viejo, una destartada despensa, una cocina de cuatro platos, una mesa de comedor pequeña, de patas metálicas con sus cuatro sillas, y un mueble de cocina algo arruinado y descolorido, le hicieron un buen precio por todos estos artículos, y Maira tuvo que aceptar que tendría que vivir de esa forma, al menos, hasta que cumpliera los dieciocho, pero sentía que se estaba adaptando bien, de hecho ahora veía el mundo con otros ojos; el conocer a las mujeres que la estaban apoyando tan desinteresadamente, la hizo replantearse muchas cosas. De ahí, Rose la animó para ir a una feria; “la feria de las pulgas” –le dijo-, para que pudiera comprar algunos utensilios y ropa de cama a un precio módico, ya que el haber tenido que dormir en una colchoneta y solo con un saco de dormir ya varias noches, había sido muy frío e incómodo. Maira se sorprendió de todo lo que vendían allí y de la gran cantidad de puestos que había; y pensar que en Santiago nunca le agradó pasear por una feria, y ahora andaba como si nada y con las manos llenas de bolsas, cuando antes no le gustaba cargar nada. Allí pudo comprar sabanas, cobertores, hasta almohadas, además de platos, jarros, un par de ollas, cucharas y tenedores, cuchillas de cocina, entre otras cosas, algunas nuevas, y otras usadas. A Rose le encantaba comprar, fuera lo que fuera, y le hablaba continuamente, emocionada de poder acompañarla a elegir y comprar tantas cosas de una vez. De regreso en el campamento, llevaron las cosas a su mediagua, poco tiempo después, llegó el flete con sus muebles por lo que pudieron dejar de inmediato los humildes muebles instalados allí.

Rose era alegre y conversadora y a pesar de haber tenido que dejar de estudiar para hacerse cargo de su bebe, y de que no vivía con el papá de su hijo, por lo que su madre constantemente le reclamaba, intentaba llevar su vida de la mejor manera posible, y seguía comportándose como la adolescente que era, y era en su compañía que Maira seguía sintiéndose una joven de su edad, charlando de cosas de chicas y de sueños para el futuro, porque en solo un mes Maira sentía que se había hecho más adulta, quizá por el hecho de estar sola, y por las circunstancias, y tal vez también por la influencia de Estela, que aunque era muy buena persona, era una mujer muy práctica y activa que le había insistido en que aprendiera a hacer de todo tipo de labores y la había hecho trabajar y esforzarse todos los días, sin darle tiempo a aburrimento, descanso o pereza, a olvidarse un poco de uñas perfectas, maquillaje y vanidades, y a saber sobreponerse al asco o al escrúpulo que algunas cosas le causaban; lo mejor de todo ello, era que todo ese tiempo ocupado no le dejaba lugar para pensar mucho en la causa que la llevara hasta allí, ni para caer en depresión por lo mismo. Aunque era en la soledad de sus noches en la residencial o en su pieza, en donde se

permitía volcar sus pensamientos a su pasado; a la añoranza por su familia: su abuela y su madre muertas y a la decepción que la invadía al pensar en su padre y en su media hermana, y también en el gusano que la engañó.

Iba a dormir a una residencial unas tres veces por semana, había cuatro residenciales sencillas y parejeras, que había encontrado que la recibían sin preguntas y sin hacer problemas por su edad. Para Maira era la forma de hacer más llevadera su vida en el campamento, y sin pretenderlo, sus amigas habían dado por sentado que estaba ejerciendo de prostituta, al quedarse algunas noches a dormir fuera del campamento, Para Estela, Maira había buscado el camino más fácil para ganar dinero y no le gustaba lo que Maira se suponía que hacía, a Trinidad no le importaba, pero le decía que tuviera cuidado, y a Rose le interesaba el "trabajo", pues veía que Maira tenía dinero y no trabajaba todos los días, y Maira no reconocía ni desmentía nada; no quería que nadie supiera que tenía dinero, pero necesitaba una excusa para utilizar del que disponía por ahora, y sin querer las cosas se habían dado de tal modo que le dieron la excusa perfecta, para pretender que trabajaba en algo y generaba ingresos; igual le daba miedo que al creerla prostituta algún hombre quisiera propasarse con ella, pues ya algunos la miraban lascivamente, y también hacía que algunas mujeres la vieran mal y otras la despreciaran, pero ella se decía que todo esto era provisional; "sólo unos meses" –se repetía continuamente. Por ahora, lo que más le importaba era permanecer oculta hasta cumplir la mayoría de edad, para poder volver a llevar la vida a la que estaba acostumbrada, y empezar de nuevo; entonces, todo esto se volvería solo una experiencia del pasado; una historia que contar, o algo para olvidar, aún no lo sabía.

Durante este tiempo había conocido a la mayoría de la gente del lugar y a algunas personas de los alrededores. Pero las más cercanas eran pocas; Estela parecía más una especie de mamá estricta o jefa, y trinidad como una tía, las dos eran mujeres muy prácticas y poco emocionales. A Soraide la veía muy poco, pero era cariñosa en el trato y comprensiva. Rose se estaba convirtiendo en su mejor amiga y la persona más cercana a ella y con la que se sentía más cómoda. Teresa era su vecina que siempre pedía y hacía favores. Y estaba también Claire; no era su nombre verdadero, pero todos la conocían por ese nombre; era una muchacha de animo cambiante, inestable con el mismo "oficio" que Maira supuestamente tenía y por eso se conocían; Claire se le había acercado a hacerle preguntas y aunque Maira hábilmente evitó dar respuestas concretas, las evasivas hicieron que Claire se convenciera realmente de que Maira era una prostituta fina, y le insistía en que le contara sus secretos para obtener mejor paga y mejores clientes y que le enseñara a tener esa actitud "pituca" que Maira poseía.

Un fin de semana, Claire fue hasta su mediagua para conseguir un esmalte de uñas de Maira que a ella le había gustado, y Maira quedó de

llevárselo luego a su cabaña, pues se lo había conseguido antes Rose, por lo que no lo tenía consigo, Pero Claire cambió de parecer bruscamente y le dijo que se lo prestara otro día. Maira supuso que era porque Rose y Claire no se llevaban muy bien, pero pensó que no era para tanto. Por lo que unas horas más tarde le llevó el esmalte de uñas a su mediagua, sabía cuál era, pero nunca había entrado a ella.

Eran cerca de las una de la tarde, cuando Maira cruzó los caminitos de tierra, para ir donde Claire. La mediagua de 6x3 estaba sin candado y la puerta junta. Llamó, pero nadie salió. Golpeó la puerta varias veces, pero no hubo respuesta, y en un instinto de confianza empujó la puerta y entró en el lugar. Estaba oscuro y el olor a encierro y a suciedad adentro, era desagradable, había desorden, polvo, y un penetrante olor a orina; ¿Cómo era posible que alguien pudiera vivir así? Pensó tristemente, esforzándose por caminar unos pasos más por la habitación. Como no había nadie, pensó en dejar el esmalte arriba de una mesita que estaba en un rincón, se adentró en la habitación, pensando en que probablemente era por esto que Claire se incomodó ante la idea de que fuera a dejarle el esmalte hasta allí. Obviamente debía sentir vergüenza. De pronto, un sonido como un quejido angustioso la alertó; observó la totalidad de la habitación, Y dirigió su mirada hacia la fuente del sonido; allí, en el fondo, había una litera metálica de dos camas y un catre más al lado, en donde un bulto de poco volumen se extendía sobre este. Intrigada Maira se acercó aún más y un quejido aún más profundo se sintió desde aquella cama. Observó bien y un rostro temeroso la miraba con sus tremendos ojos azules y la angustia y el dolor marcado en el semblante, Maira quedó estupefacta y sólo atinó a exclamar: ¡Dios mío!



Feria Pantaleón Cortés, más conocida como feria de las pulgas, en Antofagasta.

Capítulo 4

Capítulo 3: El frágil chico de los ojos azules.

Se acercó lentamente hacia la persona que estaba allí, y vio que era un jovencito que yacía en la cama, inmóvil, con sus manos huesudas como agarrotadas sobre las mantas, y su rostro pálido, ceniciento y enjuto; estaba sucio y su piel reseca. Sus boca entreabierta estaba completamente seca, deshidratada, los labios partidos con saliva pegada en las comisuras; era impactante de ver; el cabello sucio, casi pegajoso y el olor que manaba de él, o de la cama era fuerte y nauseabundo. No se movía, estaba quieto de espaldas en la cama, sólo su cabeza se mantenía fija hacia un lado, hacia ella, y sólo sus ojos abiertos y expectantes mostraban que aquella criatura aún estaba con vida, él no sacaba sus ojos de ella ¿expresando qué? ¿Suplica? ¿Piedad? ¿Auxilio? Había tantas emociones en sus ojos; Pero el dolor y el miedo eran los más evidentes. Fue tal el impacto para Maira que se demoró un minuto en reaccionar, pero finalmente, acostumbrada ya a la movilidad práctica aprendida de Estela, caminó hacia la mesita en la que había una jarra con agua, la olió y la observó para asegurarse que estuviera limpia y fresca y mojando una toallita limpia que encontró colgada en el respaldo de una silla, la humedeció y se la pasó cuidadosamente por los labios, sacando la saliva reseca y adherida, incluso en sus dientes. Volvió a la mesita, ahora para vaciar agua en un vaso, el cual también observó para asegurarse de que estuviera limpio, y acomodando un poco sus almohadas para que quedase con la cabeza más levantada, le intentó dar de beber, el muchacho tragó despacio, sorbito a sorbito, derramándosele un poco por las comisuras, y entonces su rostro pareció mostrar algo de alivio.

-Soy Maira –le dijo suavemente con sus ojos llenos de compasión por aquella pobre criatura. Ninguno dejaba de mirarse mutuamente, ella con horrible impacto, y él con las pupilas contraídas por el miedo.- ¿Puedes hablar? – Él movió la cabeza negativamente, sin dejar de verla. - ¿Te sientes mal? ¿Verdad? –le preguntó al notar sus dolorosas expresiones. Él asintió y dio un leve quejido: por más que quisiera él no tenía como decirle que tenía mucha hambre y dolor. Pero Maira como si intuyera solo con verlo preguntó:- ¿Tienes hambre?– él asintió y sus ojos bajaron la mirada y volvió a levantarla para verla ahora con cautela.- Iré a traerte algo de comer. No tardo.

Maira salió corriendo de allí y fue a su cabaña para buscar alimento para él. Sacó una porción de su almuerzo que era cazuela de pollo, desmenuzó la carne y lo molió con el mixer como veía a Rose hacer para

su bebe y se lo llevó, junto a un pote de yogurt.

Aún no había nadie allá, más que el frágil muchacho. Le mostró la comida, pero le avisó que primero le lavaría el rostro. Él asintió y ella buscó la misma toalla con que limpiara sus comisuras, y mojó otro sector de ella para luego pasarla lentamente por el rostro, dando suaves toques al hacerlo. Preguntándose cómo darle de comer con ese olor tan desagradable alrededor, pero al verlo en ese estado de desnutrición era obvio que tenía hambre, así que obvió el olor y rebuscó en unos cajones de un mueble de cocina por una cuchara limpia para alimentarlo, encontró un mantel en uno de los cajones del mueble y lo usó a modo de servilleta que colocó bajo su barbilla, tomó una silla, la puso frente de su cama y se sentó para cucharearle, lentamente y poquito a poco la comida, él la tragaba con desesperación y en sus ojos suplicantes se veía la desesperación del hambre.

Maira le iba hablando a medida que lo alimentaba, en parte para calmar su propia angustia y en parte para calmar la angustia de él. Le habló con cariño, con suavidad y sus profundos ojos azules parecían irse relajando poco a poco, junto a cada bocado que recibía. Cuando acabó de comerse todo lo que había, dejó el plato en la pequeña mesa, y volvió a acercarse a él, pensando en que ni siquiera sabía cómo se llamaba, y ahora tampoco sabía muy bien qué más hacer para ayudar al pobre chico, solo le quedaba actuar por su instinto, aunque no parecía ser lo más indicado.

El muchacho volvió a mirarla fijamente ahora se veía incómodo y otra vez el miedo en sus ojos.

-¿Quieres hacer pis? –preguntó Maira de pronto, avergonzándose de preguntar aquello, pero fue lo primero que se le vino a la mente al ver la incomodidad de él. –él asintió con la cabeza, y agregó un sutil gesto con las cejas, como sorprendido o extrañado de que ella, nuevamente le entendiera.

-¿puedes levantarte? –Él negó con la cabeza- ¿usas pañales? –él volvió a negar y ella tardó unos segundos en reaccionar, pensando en qué hacer, ¿tendría que destaparle y ayudarlo ella? Buscó a su alrededor algún recipiente o algo que indicara que era en donde él orinaba, pero no halló nada, así que simplemente tomó una botella de cuello ancho vacía, que estaba en un rincón y la puso en el piso al lado de la cama, le avisó que lo iba a destapar un poco, y moviendo las tapas las echo hacia atrás hasta sus rodillas. Una vez más Maira quedó impactada; el muchacho estaba desnudo de la cintura para abajo, su cuerpo era casi un esqueleto, y unos trapos estaban cubriendo sus genitales, trapos que estaban húmedos. El olor a orina se hizo más penetrante y entonces se dio cuenta que él ya se había orinado antes. Maira sacó con cuidado los trapos húmedos de en medio de sus genitales y vio que estos estaban enrojecidos hasta la zona

de su pubis. Maira lo miró y con cuidado le explicó lo que haría para que orinara, tomó suavemente el pene de él con sus dedos temblorosos y puso la punta de este en la botella para que orinara, el muchacho lo hizo, y su mirada se relajó un poco.

-Dios. – Exclamó impactada- Hay que asearte, no puedes quedarte así. – Maira intentó recordar algo del año de enfermería al que tuvo que asistir en el politécnico, por culpa de su madrastra, allí habían enseñado algunas cosas para estos casos, pero ya no se acordaba bien de ello. Así que simplemente intentó hacer su mejor esfuerzo, pensando que era mejor hacer algo a no hacer nada. Lo movió lentamente para ponerlo de costado y poder retirar la sabanilla de abajo, pero al hacerlo otra exclamación de horror surgió de sus labios; una herida a la altura del sacro; eso era una escara, y observó que tenía dos zonas más enrojecidas en un talón y a un costado de un pie. Retiró la mojada sabanilla, y vio que la orina había mojado también la sabana de la cama. Maira se sentía un poco superada, pero no se echó para atrás, con determinación decidió que tenía que asearlo; darle un baño si es que podía, cambiar sus sabanas, buscarle ropa para abrigarlo e intentar aliviar un poco su sufrimiento.

Puso a calentar agua en la tetera, y buscó por la mediagua, toallas limpias, un tiesto para echar agua, ropa que ponerle, sabanas, shampoo y crema para las escaras, pero no encontró esto último, por lo que dejándole tapado le avisó que iría a conseguir una crema y venía de inmediato. Él la vio marcharse y se quedó con sus ojos pegados en la puerta al verla desaparecer, era como si el miedo de que ella no volviera lo atenazara terriblemente. Apenas dos minutos después volvió Maira.

-Crema para las coceduras –le dijo mostrándole el potecito- es lo único que pude conseguir, pero te aliviará aunque sea algo. ¿Te echan alguna crema especial en las heridas que tienes? – Él negó con la cabeza- ¿Pero te echan crema o algo? ¿Te curan las heridas? –él volvió a negar con sus ojos llenos de dolor.- ¿cuidan de ti? –le preguntó de pronto, pero ya sabía la respuesta. Él negó una vez más, y los ojos de Maira se llenaron de lágrimas, cómo era posible que pudieran dejar sufrir tanto a otra persona, aún más a aquel muchacho indefenso y débil que estaba frente a ella. – Te voy a limpiar ¿Ya? – él asintió con timidez.

Maira lavó el tiesto, y luego echó agua caliente y fría para templarla. Uso un calcetín a modo de trapo, en el cuál hecho shampoo y poniendo una toalla bajo de él, comenzó a limpiarlo suavemente, por todos lados, su cuello, hombros, brazos y manos, sus axilas, su pecho, sus genitales, sus piernas, sus pies y cada uno de sus dedos, y también su espalda y sus gluteos. Lo enjuagó de igual forma, lo secó muy cuidadosamente, puso crema en sus heridas, y luego el vestirlo fue más difícil que el terminar de desvestirlo; tenía miedo de lastimarlo al hacerlo, pero finalmente logró colocarle la ropa sin hacerle daño aparentemente. Luego se ingenió la forma para lavarle el pelo, sin mojar ni la cama ni a él,

para ello lo acomodó para que su cabeza quedara casi al borde de la cama, con una almohada bajo su cuello y encima de esta una toalla, y puso el tiesto del agua en una silla, bajo su cabeza y pudo lavarle el pelo con el agua tibia, lo mejor que pudo. Le secó el cabello que ahora se apreciaba mejor, de un castaño claro, ondeado y algo largo. Y en todo el proceso, le fue hablando dulcemente, diciéndole lo que estaba haciendo para que él no tuviera miedo. Finalmente con un pote de crema para la cara –tal vez de Claire- hidrató la cara del jovencito, con mucho cuidado, y fue ahí que se dio cuenta que él tenía probablemente la misma edad que ella. Cambiar las sábanas fue otra labor complicada, pero de eso algo recordaba de sus clases, y lo hizo con más eficiencia que el baño. Lo dejó vestido con un pantalón de buzo viejo, pero limpio y le puso dos pares de calcetines, uno de algodón y unos de lana que encontró que se los puso encima, para que ayudaran a evitar el roce y al mismo tiempo lo abrigaran. Al terminar se sintió muy cansada, pero al verlo aseado, con sábanas limpia y ya sin despedir ese olor a suciedad de su cuerpo, pensó que el esfuerzo había valido la pena, y él parecía más tranquilo, o aliviado, pero aun así la miraba a cada momento, el miedo seguía allí, pero ya no tan patente.

Maira vio la hora y se dio cuenta que ya eran más de las cuatro de la tarde, se había pasado el tiempo sin darse cuenta, pero ahora le preocupaba dejar al muchacho solo, en las condiciones que él estaba; iba a necesitar que lo volvieran a alimentar, que le dieran a beber más agua; que estuviera alguien atento a sus necesidades. Estaba pensando en ello, cuando sintió la puerta abrirse y entró Claire, la cual mirando sorprendida a Maira no supo que decir.

-Vine a dejarte el esmalte de uñas, pero no estabas y me asuste porque sentí un quejido, y lo vi a él... Le di algo de comer y lo asee; espero que no te molestes por ello –baluceo Maira incómoda.

-¿Lo aseaste? No pensé que tú fueras capaz de limpiar a...ya sabes.- comentó con un gesto de asco- A mí no me molesta, pero la que se va a enojar es la bruja de Margot. De hecho te lo agradezco, el pobre necesita que lo cuiden.

-¿Margot? –preguntó Maira, no había conocido a nadie con ese nombre allí hasta ahora.

-Es mi mamá... Cuídate de ella; está loca y es mala, muy mala.
–respondió más como hablando para si misma.

-¿Quién es él, Claire? –quiso saber indicando al muchacho.

-Es mi primo; no sé qué tiene, pero no puede caminar, ni hablar; vivía con mi tío que lo crío, pero cuando se enfermó se lo trajo a mi mamá y mi

mamá no lo quiere.

-¿Cómo se llama?

-Pablo.

-¿Tú no ayudas a tu mamá a cuidarlo? ¿Ella vive aquí contigo, no?

-Es que no conoces a Margot. Esa es una bruja; te lo dije; una bruja. Por eso no me acerco mucho al Pablo; no quiere que nadie lo ayude; quiere que se muera rápido. Ahora cuando lo vea capaz que se enoje. No quiero estar aquí si eso sucede; me va a golpear... no quiero estar aquí. -Claire hablaba perdidamente sumergida en sus pensamientos.

-¿Qué? -Preguntó asombrada por la confesión de Claire sobre su madre.

-Sí, te metiste en un tete con Margot por ayudar a Pablo; la bruja se va a enojar...

-¿Por qué no haces algo para que lo lleven a un hospital o un lugar donde lo cuiden? Él está sufriendo, necesita ayuda. No puede ser que no hagas nada solo porque tu mamá se enoje. -Maira intentaba dialogar con Claire quien parecía divagar por si sola.

-¡Es que tú no entiendes; no sabes quién es mi mamá, podría golpearte, o algo peor! Y mi tío, ese es peor que el demonio; y esos dos algo se traen con el Pablo, pero no sé qué. -vociferó de pronto mirándola fijamente como una loca. - Mejor es que te vayas, así no correrás peligro; yo no diré nada, me quedaré callada, me echaré la culpa, te protegeré de ella. Olvida que viste a Pablo. -Claire estaba notoriamente asustada.

-No puedo hacer eso Claire. No puedo saber que él está en las condiciones en las que se encuentra y no hacer nada. -reconoció Maira, simplemente no podía ser cómplice del abandono de aquel chico.

-Solo quiero evitarte problemas. No debiste venir aquí, ni entrar por tu cuenta.-Le reprochó con algo de enojo y expresión más lúcida que la de instantes atrás, como si de pronto saliera de sus pensamientos y volviera a la realidad.

-Sí. Eso es cierto. Lo siento. Pero no sería mejor que aprovecharas mi ayuda y entre las dos tal vez podamos hacer algo por él. -se disculpó y volvió al meollo del asunto.

-¿Tú crees? Creo que no va a ser tan fácil...

-Déjame cuidarlo mientras tanto...-le pidió Maira con sinceridad.

-Está bien. Pero te lo advertí... entiéndete tú con Margot y ve si consigues algo. Yo me voy... necesito un porro... -Y diciendo esto comenzó a recoger rápidamente algunas cosas que había venido a buscar, le dejó el candado y una copia de la llave sobre una mesa, la miró y se fue.

-¿Porro...? -musitó para sí misma Maira; ni siquiera entendía todo el vocabulario de esa gente.

Maira quedó una vez más sola con el chiquillo y aunque sintió miedo se quedó un poco más de tiempo con él; sentía que no podía dejarlo solo.

-¿Tienes sed? ¿Quieres más agua? -le preguntó dulcemente, mientras le acomodaba las almohadas de la cabeza. - él asintió y ella fue a buscar agua de la jarra para darle a beber.

-Voy a ir a almorzar, y traeré más comida para darte de cenar ¿Te parece? -Con sus ojos con temor al oír que se marchaba asintió tristemente. -Volveré más tarde. -le dijo sintiéndose mal por dejarlo solo y se fue.



Maira.-

Capítulo 5

Capítulo 4: Determinada a ayudar.

Maira se sintió de pronto shockeada por todo lo que la rodeaba, tenía ganas de salir huyendo de ese campamento, para nunca más volver, pero por el momento, ese lugar era su único hogar. Se preguntaba cómo iba a poder ayudar a ese jovencito si ni siquiera tenía lo mínimo indispensable para atenderlo. Deseaba más que nunca poder cumplir la mayoría de edad y tomar su herencia para vivir mejor y de paso ayudar a quienes había conocido este último tiempo.

Fue a su mediagua, y se hizo un sándwich, prefiriendo dejar lo que le quedaba de almuerzo para Pablo, Sacó además un yogurt, una caja de leche líquida y su linterna, y después de abrigarse bien e ir al baño, regresó donde el muchacho, antes que oscureciera.

El chico la vio entrar y un suspiro de alivio salió de sus labios. Maira lo saludó, cerró la puerta por dentro y le preguntó si quería cenar en ese instante, pues la comida estaba caliente, él asintió y ella se instaló a alimentarlo, mientras él volvió a comer con ansias y desesperación. Al terminar, le preguntó si solo comía alimentos molidos, y él negó con la cabeza, entonces le preguntó si podía masticar y él asintió, pensó un segundo y le preguntó si podía comer de todo y él volvió a asentir. Luego, viendo que la mamá de Claire no aparecía, Maira le preguntó si su tía llegaría esa noche, él se encogió de hombros, no sabía. Entonces le preguntó si su tía le ponía pañales para dormir, aunque se dijo que no había visto ninguno en el lugar, él negó y Maira le preguntó si no se orinaba por la noche, él bajó la vista, con sus ojos tristes y dolidos y asintió lentamente, avergonzado y como si recordara algo que lo hiciera sufrir. Necesitas pañales -le dijo- y él se la quedó mirando sin saber que responder. Aquí no hay luz -comentó de pronto cambiando de tema al ver que oscurecía. Él asintió y parecía cansado, adolorido. En ese momento Maira se dio cuenta que probablemente el estar en la misma posición era lo que lo cansaba.

-¿Te duele el cuerpo? -le dijo, tomándole con suavidad la mano y haciéndole cariño en ellas, él asintió. Maira lo ayudó a acomodarse en la cama y notó que estaba un poco frío-¿Tienes frío? -Él volvió a asentir.- Buscaré con qué abrigarte más ¿De acuerdo? - una vez más movió la cabeza afirmativamente.

En la mediagua no había más ropa de cama extra que una vieja y descolorida frazada a cuadros, la echó sobre las mantas de la cama de él y le dijo que la esperara un momento, iría a comprar velas y otras cosas,

antes que se hiciera completamente de noche. Salió rápidamente, al almacén que estaba a unas cuadras del campamento, y compró un par de velas y unos pañales de bebé xxg porque, obviamente, no vendían de adultos. Pasó por su mediagua, y tomó uno de los cobertores, sus guantes y gorro de lana y un poleron de polar que usaba para dormir, preparó dos sándwich, y regresó donde el muchacho. Le puso su poleron, sus guantes y su gorra y le echó encima el cobertor que había traído, con la esperanza de que todo aquello lo abrigara un poco más, al mismo tiempo que le iba conversando de lo que se le venía en mente para hacer más grato el tiempo. Él parecía escucharla atentamente, siempre observándola, siguiéndola con la vista como si temiera que fuera un espejismo pronto a desaparecer. Maira Puso las velas en un jarro y las prendió, Puso agua a hervir en la vieja cocinilla y una vez lista el agua hizo dos tazas de té con leche y le preguntó a él si le gustaba el té con azúcar, él asintió y ella le pidió que le indicara cuantas cucharaditas de azúcar quería mientras le mostraba la cantidad con los dedos para que él asintiera o negara. Dos cucharaditas era lo que quería y entonces Maira se las echó a su té, revolvió y se sentó junto a él al lado de su cama, llevó también su once para allá y lo fue alimentando de a poquito, dándole el pan a trocitos, a medida que ella comía también lo suyo.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan saciado –pensaba él, cuando Maira terminó de alimentarlo- el dolor del hambre lo había sentido día tras día, lo que sumado al frío, el cansancio de estar siempre acostado, la humedad que quedaba en su ropa cuando por estar solo no aguantaba más y se orinaba, las heridas que le habían salido en la piel y que nadie curaba y el miedo constante lo dejaban siempre agotado y exhausto, sin poder descansar ni un solo instante del interminable dolor que lo atenazaba, sin que nadie hiciera nada por él, hasta ahora. Después de desear interminables veces morir y odiarse a sí mismo por sobrevivir noche tras noche y día tras día un día más, ese día sintió un poco de paz o tal vez fue alivio; la comida, el que lo aseara con cuidado y agua tibia, quitara la humedad de la orina, curara las heridas, que ahora dolían menos, lo abrigara, no tener que aguantar para hacer pis, que lo ayudara a cambiar de posición y no tener que pasar interminables horas de un solo modo como cuando... No. No quería recordar. Si. Era alivio, pero por sobre todo, el hecho de que ella hiciera todo eso tratándolo bien, conversándole, diciendo lo que iba a hacer, preguntándole cosas, aunque solo pudiera responder si o no con la cabeza, pero ella lo tomaba en cuenta, por primera vez en muchos años alguien lo estaba cuidando verdaderamente.

Maira lo ayudó a asearse los dientes, lo mejor que pudo, lo hizo hacer pis de nuevo y con torpeza, pero al mismo tiempo con la máxima suavidad que pudo le colocó dos pañales de bebé, unidos el uno al otro, para hacerlo más largo, que si bien no le cruzaban, al menos tenía la esperanza de que pudiera contener la orina en caso de que él se hiciera pis en la noche. Le preguntó en qué posición lo dejaba para dormir si de espaldas o de costado, asintiendo él en “de costado”, le puso la almohada

que había en una de las camas de la litera, detrás de la espalda, y le acomodó la ropa, lo tapó con las mantas, la frazada y los cobertores, dejando sus brazos y manos debajo de las mantas para que no se le helaran y dándole un beso en la frente, le sonrió y le dijo: -Creo que estás listo para dormir.

Se quedó a su lado, siguió hablándole, haciéndole cariño en la cabeza y el rostro con su mano y minutos después él se quedó dormido. Entonces pensó en irse a dormir a su mediagua, pero por algún motivo no quería dejarlo solo, quizás era que lo veía sumamente indefenso y frágil y sus ojos estaban llenos de tristeza y soledad, y era así como ella misma se sentía por dentro. Por eso, y rompiendo aún más sus escrúpulos, después de lavar la loza, apagar las velas, se acostó en la litera, apagó la linterna y luego de pensar y pensar por largo rato se quedó dormida.

El frío la despertó por la mañana, eran casi las ocho, no había dormido bien, pero era mejor levantarse para entrar en movimiento y que el cuerpo se abrigara. Instintivamente se acercó al muchacho para ver como estaba, y él ya estaba despierto, la miró asombrado quizás de verla aún allí con él, Maira le saludó con un "buenos días", y en sus grandes ojos azules había una tierna expresión. Entonces le preguntó si quería hacer pis, el negó con la cabeza, pero enseguida se puso nervioso, asustado, incómodo, se sonrojo bajando la vista y cuando la levantó nuevamente el miedo estaba plagado en su mirada. Ella se dio cuenta de que algo le pasaba, pero él no podía decirle qué era, ella se acercó más a él y un olor fuerte emanó de la cama; olor a heces. Entonces ella entendió que lo que lo avergonzaba era que se había hecho encima.

Por algún motivo que no comprendía Maira no sintió asco o repulsión, lo miró con compasión y le preguntó si se había defecado, él con mucho miedo asintió, y ella le dijo que lo limpiaría, que no tuviera miedo. Maira nunca había limpiado el trasero de alguien más aparte del suyo, pero sería algo más que agregar a la lista de nuevos aprendizajes; en apenas un mes había hecho montones de cosas que hasta hace unos meses jamás se hubiera imaginado tener que intentar. Corrió las tapas para atrás, y vio que no se veía sucio ni la ropa de cama ni el pantalón que él llevaba, por lo que le puso una ropa vieja que encontró, entre él y la sabana, por si acaso se escurriera algo y fue bajando el pantalón con cuidado, sabiendo que todo estaría en el pañal. Buscó confort y un trapo que mojó con agua y sacando el pañal lo mejor que pudo sin ensuciar las sabanas. Lo limpió con cuidado y se sorprendió a si misma de no sentir ningún desagrado al hacerlo, no sabía si era por el hecho de que él era un adolescente igual que ella, o por otra causa, pero lo limpió y al igual que sintió al asearlo el día anterior, el hacerlo le daba una extraña sensación de comodidad al sentir su piel tocando la de él. Le acomodó otro pañal, y volvió a vestirlo y abrigarlo, dejándolo de espaldas y semi sentado esta vez. Fue a botar lo sucio y aprovechó para ir a los baños hacer sus necesidades y lavarse, lo hizo rápidamente y regresó donde él. Puso agua

a hervir para lavar su cara y darle desayuno, cuando se abrió la puerta; era Margot, la madre de Claire. La mujer de edad mediana y apariencia algo grotesca la observó de pies a cabeza, con el seño fruncido.

-¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? –dijo extrañada, hablando con la voz pastosa, estaba ebria, y le costaba reaccionar.

-Soy amiga de Claire; me llamo Maira. Ayer vine a dejarle algo a Claire y ustedes no estaban, entonces lo vi a él y pensé que necesitaba ayuda y como ninguna regresó ayer por la noche, me quedé con él; no fui capaz de dejarlo solo –explicó

-¡Bah! Él está acostumbrado. ¿Dormiste aquí? –preguntó dudosa.

-Mmm, sí. En esa cama. –murmuró incomoda, apuntando a la vieja cama metálica.- Puse agua en la tetera para lavar su cara y darle desayuno –agregó cambiando de tema.

-Ese está acostumbrado al agua fría, aquí nadie se lava con agua caliente, no es un hotel; no malgastes mi gas. –Replicó despectiva- Y yo no pienso darle desayuno, estoy cansada y quiero dormir, tendrá que esperar a que despierte si quiere comer algo.

-¿Dormiré antes de ver que necesita?

-A ti, seas quien seas, no tiene porqué importante; esta mierda da puro que hacer, y ni con todo como está se muere. –comentó con molestia.

-¡No debería decir eso, él está escuchando...! -chilló espantada.

-Me escucha todo el tiempo, sabe lo que pienso de él, sobre todo cuando se mea y se caga –la interrumpió- Lo único que quiero es que se muera de una vez, pero la basura sigue vivo.

-Eso es muy cruel... -susurró impactada de las palabras de ella y consternada al ver los aterrorizados y tristes ojos de él.

-Naa, - la interrumpió otra vez- no me gustan los críos, con Claire ya tengo suficiente, todos son un estorbo y mi hermano me trajo este cacho, y yo apenas puedo cuidar de mi misma. Dijo que se moriría pronto y ya van varias semanas y sigue aquí –el alcohol la hacía hablar más de la cuenta.- Y tú no deberías estar aquí, de hecho sería bueno que ya te fueras; estás en mi casa, invadiendo mi espacio, ayudando a este mocoso inútil a que viva un día más.

-Tranquilo Pablo. –horrorizada por las palabras de Margot, dirigió su atención a él, hablándole con dulzura, acariciándole la mejilla, para tratar de calmar en algo el miedo y la angustia de su rostro, él la observó y

había una súplica en su mirada; era evidente que él tenía miedo a su tía.-
¿Cuántos años tiene? –agregó preguntando a Margot.

-Diecisiete, creo –murmuró dudosa, mientras se acomodaba para dormir.

-Voy a ir a comprar pan para tomar desayuno. –dijo Maira más para Pablo que para Margot, obviando el deseo de esta de que se marchara y no volviera, pensando en que aquel chico tenía su misma edad, y reflexionaba en cómo hasta hace poco pensaba que era horrible las condiciones en las que estaba ella misma y ahora al conocerlo a él se daba cuenta que había personas en aun peor estado.

-¿Dónde cresta está mi almohada?- preguntó Margot sentada en la cama, mientras Maira estaba casi en la puerta.

-Se la puse a Pablo para que estuviera más cómodo – le contestó volteándose a verla, sintiendo que se enfadaría nuevamente.

-¡Rayos! –exclamó sin decir nada más.

-Ya regreso. –Musitó- Daré de desayunar a Pablo –dijo con determinación sin dar su brazo a torcer ante aquella ebria.

-el Pablo me da lo mismo. Ahora voy a dormir. Puedes darle desayuno si me regalas un pan para cuando despierte más tarde, ah, pero luego te mandas a cambiar.

-Está bien. –contestó más para sí misma.

No podía creer la falta de cariño y compasión de Margot; con razón había tanto miedo, tristeza y dolor en los ojos de Pablo; quizás qué cosas habría tenido que pasar –pensaba con desazón.

Fue rápidamente a comprar pan, margarina y algo de queso al almacén, y se regresó de inmediato, pues había dejado la tetera en el fuego.

Preparó el sencillo desayuno, siempre bajo la atenta mirada de él, que al igual que el día anterior no le sacaba los ojos de encima. Margot roncaba profundamente. Esta vez le calentó leche, le echó azúcar, y le hizo un sándwich de queso, lo puso en el velador al lado de su cama, al igual que el de ella, pero antes de alimentarlo entibió un poco de agua en una taza y humedeció la punta de una toalla y se la pasó por el rostro y las manos a Pablo, lo secó con la otra parte de la toalla y se instaló a su lado en una silla, a darle bocados de pan y sorbos de leche, al mismo tiempo que comía ella el suyo.

-Tienes mi misma edad, -le dijo, mientras le daba de comer en la boca- yo también tengo diecisiete, y lo único que quiero es ser mayor de edad. Ni tú ni yo deberíamos estar viviendo como lo hacemos ahora; a veces los adultos se comportan tan horrible, que por eso no dan ganas de crecer, o será por las mismas cosas que nos obligan a vivir que después, de adultos no podemos ser buenas personas, quien sabe- reflexionaba en voz alta, comentando sus pensamientos a Pablo, aun sabiendo que no podía responderle, pero él la escuchaba atentamente, mientras comía con ansias lo que ella ponía en su boca.- Cuando era niña yo era muy feliz, no crecí con mi papá, pero tenía a mi mamá y a mis abuelos, después se fueron muriendo de a poco, mi abuelo, mi mamá, mi abuela, hasta que tuve que irme a vivir con mi papá, al que prácticamente no conocía, él tenía su propia familia; ahí conocí a mi media hermana, Estefanie; es una rubia pesada y engreída, igual que su madre, ella también tiene casi mi edad; es apenas cinco meses menor que yo, y estos últimos años que he tenido que vivir con ellos, nunca fueron felices, sigo extrañando a mi familia, mi mamá y mi abuela; muchas veces me sentí sola, pero ahora, aquí en esta ciudad, me siento más sola que nunca, porque sabes, yo soy de Santiago. Igual he conocido gente buena acá, me han ayudado, en lo que han podido, todos aquí son demasiado pobres y a pesar de eso se apoyan unos a otros, eso es bonito; de dónde vengo cada uno ve por sí mismo y no se preocupan de los otros; a veces, no todos, pero a veces, la gente que más dinero tiene, son a los que menos les importan los demás. Viviendo aquí estoy conociendo muchas cosas nuevas que jamás me hubieran importado si hubiera seguido allá en donde estaba.

Pablo la escuchaba y le respondía en su mente; también se sentía igual de solo, sus padres también habían muerto hacía bastantes años, pero a él lo habían llevado a vivir con su tío, hermano de su madre y de su tía Margot, y él y su familia lo convirtieron en una especie de criado; lo mantuvieron encerrado en su casa, en medio del frío, el hambre, los golpes, el miedo y la soledad, al punto de no querer nada más que la muerte. Tres intentos de escape fallidos que terminaban en espantosas sentencias de castigo, cinco intentos de suicidio sin éxito, y mucho, mucho, mucho dolor. Y aún hoy, en lo único que pensaba era en poder morir de una vez; estos últimos tres meses, en que su cuerpo dejó de responderle, sumiéndolo en el abandono más terrible, habían sido los peores de toda su vida; sus piernas simplemente no quisieron sostenerlo más, y poco a poco, ni sus brazos quisieron ayudarlo, y al cruel maltrato que lo expuso su condición, terminó dejándolo desde hacía más de dos meses sin una palabra en su boca, simplemente no salían y no sabía si volvería a hablar algún día. Desde hacía tres meses que lo único que estaba presente día a día era el miedo y el dolor, hasta sentir que se volvería loco de desesperación, sufrimiento y angustia, como una carga extenuante y continua que nunca le daba descanso; nunca le dio descanso, hasta ayer...

-Ahora voy a lavarte los dientes –le dijo levantándose de la silla y llevando la taza vacía, luego de haberle dado el desayuno. Él asintió.

Lavó sus dientes, lo secó y después de eso le echó una vez más crema en el rostro, con mucho cuidado de no dañar su piel ni ponerla en sus ojos. Retiró la gorra de su cabeza y le preguntó si le sacaba un poco de mantas de la cama, pero él negó, prefería estar abrigado, le preguntó en qué posición lo dejaba, si como estaba o de costado y quiso estar de costado. Así que una vez más lo acomodó y le dijo que tenía que irse; tenía cosas que hacer, pero que más tarde vendría a verlo y le traería almuerzo.

Pablo la siguió con la mirada hasta la salida, Maira tomó su linterna, que trajera el día anterior y se fue juntando la puerta. Caminó a su mediagua y se puso a ordenar un poco, pero se sentía muy cansada, por lo que decidió recostarse un momento. No pasó mucho tiempo, cuando una estruendosa voz llamaba a la puerta: era Rose.

-Pasa. –le dijo abriéndole.

-¡Qué cara tienes! Parece que te tocó trabajar duro anoche –comentó mordaz.

-Qué dices. –respondió riéndose por la suposición de ella- Estuve cuidando al primo de Claire.

-¿Ah? ¿Qué primo? Ellas viven solas. –la miró como si Maira dijera un disparate.

-Tiene un primo que vive con ellas. –le informó.

-¿Y?

-¿Y qué? –le respondió Maira de igual modo, poniendo los ojos en blanco.

-¿Qué onda con él? Es grande, chico, feo, bonito, bueno, malo, ¿cómo es? –quiso saber curiosa, con una sonrisa pícara en los labios.

-Tiene nuestra edad, Rose, y no puede caminar, está desnutrido y se le ve asustado todo el tiempo. –Dijo Maira muy seriamente y algo molesta- Fue impactante verlo.

-Oh. Y apuesto que la Margot no lo ve, ni lo cuida –dijo poniéndose seria también.

-¿Cómo sabes?

-Esa es así, no se preocupa ni de sí misma, menos de alguien más.
-respondió Rose con desdén.- Y la Claire tampoco creo que haga mucho por él...

-Estoy tratando de ayudarlo, pero necesita atención médica...

-¿Ayudarlo? -interrumpió Rose con alarma- Maira, te doy un consejo, la Margot se va aprovechar de ti; el sobrino es de ella, déjala que lo cuide lo mejor que pueda. Además, ¿Cómo pretendes ayudarlo? Porque esa bruja se te va a alzar si empiezas a ayudarla... la conozco, y otro consejo; no se te ocurra llamar al hospital para que lo vean, porque ahí sí que se te va a enojar la loca esa y capaz que te saque la cresta; mira que ya es un milagro que te dejara entrar en su pocilga.

- Ay, Rose. Me asustas. ¿Pero qué puedo hacer? No puedo dejarlo abandonado, después de cómo lo vi. -dijo con tristeza.

-Bueno. Yo te digo no más, tú sabrás lo que haces. -masculló moviendo la cabeza negativamente en señal de disgusto, mientras alzaba su hijo en brazos que se había puesto a llorar en el cochecito...

-Mientras Margot me deje ir a verlo, voy a llevarle comida y asearlo un poco, además es lo único que puedo hacer por él.

-Ah, claro. Esa es otra; si te deja, porque es más gruñona. Bueno, que te puedo decir: que tengas suerte con tu causa. -Murmuró exasperada- Pero yo venía a decirte si quieres ir a trabajar a un evento esta noche conmigo; es para atender mesas; no sé si te interesa... -Dijo de pronto, recordando el motivo de su visita.

-Bueno, iré contigo. -respondió Maira un poco insegura, nunca en su vida había hecho eso; sería otro aprendizaje más, y otra excusa para mostrar allí que podía ganar dinero.

-Bien. Paso por ti a las seis y media; lleva pantalones negros y camisa blanca.

-iOye, pero no tengo ropa así! -le comentó alarmada.

-Ah, verdad que estás hace poco acá; yo te voy a conseguir y te la traigo más tarde. Chao. -Y diciendo esto se marchó.

Rose era una buena chica, pero demasiada franca -pensaba Maira- bueno, como todas las mujeres que había conocido allí, al parecer ninguna tenía pelos en la lengua a la hora de decir lo que pensaban, y eso también era algo muy distinto a lo que estaba acostumbrada en la clase social alta;

eran cómo dos mundos paralelos.

A pesar del cansancio, había mucho qué hacer, por lo que aseó un poco su mediagua, pese a que estaba limpia, y fue a comprar a un minimarket que estaba fuera del campamento a unas diez cuabras de este. Compró para preparar el almuerzo y compró una bolsa pequeña de pañales xxg, para llevarle a Pablo; no podía sacárselo de la mente, el pensar en que estaba solo con esa mujer que no lo atendía le causaba mucha tristeza. Buscó por si había crema para las coceduras, pues ya había devuelto la que le prestaran el día anterior, pero no encontró, y no habían farmacias cerca por aquel sector, le informaron.

Regresó a su mediagua, cocinó, almorzó rápidamente y luego partió a la cabaña de Margot para llevarle comida al Jovencito, llevando también los pañales. Golpeó a la puerta, mientras una brusca voz contestó:

-¿Quién? –era Margot.

-Soy yo. Maira.

-Ah, pasa. –Maira entró y vio a Margot sentada frente a la mesita comiéndose el yogurt que le había traído la noche anterior a Pablo.

-Te comiste el yogurt, era para Pablo –susurró con tristeza.

-Lo dejaste aquí, tenía hambre –dijo a modo de explicación.

-¿Y te tomaste la leche...? –volvió a murmurar al ver sobre la mesa un vaso sucio con restos de leche en el fondo, y el envase de la leche en el bote de basura.

-¿Para qué dejas cosas aquí, si no quieres que me las coma? –espetó como sorna.

-¿Puedo darle de almorzar a Pablo? Le traje comida. –preguntó un poco temerosa, de que quisiera también comerse lo que le había traído a él, mientras pasaba la mirada de Margot a Pablo que la observaba con atención.

-Dale. Lo estás alzando, después cuando no estés o te aburras va a ser peor para él. –comentó burlona.

Maira se mordió la rabia que le producían las palabras de ella, pero no quiso decir nada al respecto, solo prefirió abocarse a atender a Pablo, lo cambió de posición, para que pudiera comer y se puso a alimentarlo; se acomodó a su lado en una silla y primero le ofreció agua, pensando que

tendría sed, él bebió algunos sorbos, y luego comenzó a recibir la comida, siempre con desesperación, con ansias, hambriento. Rápidamente se devoró todo lo que estaba en el plato, luego Maira le ofreció fruta; un plátano que había picado en rodajas finas y mezclado con leche condensada, él asintió y saboreándose los labios ante el dulzor de la leche se comió todo el postre, hasta no quedar nada. Ella le lavó los dientes y le limpió los restos de alimento de sus comisuras, mientras le hablaba con suavidad y lo trataba con cariño.

-¿Por qué está él así? ¿Qué le pasó? -Le preguntó Maira, una vez que terminó de atenderlo.

-No sé -dijo evasiva- Estaba a cargo de mi hermano; hasta donde recuerdo caminaba y hablaba cuando era chico, pero sé que se enfermó hace poco, unos meses atrás, y después de eso, el Cano, mi hermano, me lo trajo para acá, diciendo que ellos no podían cuidarlo, y ahí me quedé yo con el cacho... pero no sé mucho.

-¿Ellos? -inquirió curiosa, queriendo receptar información sobre Pablo.

-Ellos. La familia de mi hermano, su esposa, sus hijos; ellos. -respondió como si fuera obvio.

-¿Y no tiene más familia que lo cuiden?

-No. Es un guacho de mierda, un recogido -Hablaban con tanto desprecio hacia el adolescente que a Maira se le revolvía el estómago al escucharla.

-¿Entonces se enfermó? ¿Sabes de qué? -indagó Maira.

-Ni idea, sólo sé que dejó de caminar y después de hablar y hasta los brazos los ha ido dejando de mover de a poco.

-¿Podía moverse más antes?

-Sí. Cuando recién llegó, trató varias veces de pararse de la cama, pero se caía, a veces trataba de arrastrarse en el suelo.

-¿Y ahora no?

-Ay, tanta preguntadera. Mira, era un problema, así que lo amarré a la cama, y después se fue quedando cada vez más quieto, a lo mejor el frío que hace aquí por las noches lo entumeció, no sé, puede ser cualquier cosa.

-¿Lo amarraste?! -preguntó horrorizada ante la idea.

-¿Y qué iba a hacer? No podía andarlo recogiendo a cada rato, no tengo tanta fuerza.

-¿Por qué no lo has llevado a un hospital? –preguntó finalmente con temor y cautela.

-¡No! Mira, inada de hospitales! Si el Cano se entera que lo llevo a un hospital se va armar la grande, a más él me pasa unas lucas por tenerlo aquí, así que, ni hospitales, doctores, ni nada de eso. Así que tú también con el pico bien cerrado; si quieres venir a verlo y darle comida y todo eso, por mi bien, porque ya me tiene aburrída, pero no te estés inventando cosas para que lo lleven a un hospital o vengan a verlo si no quieres pasarla mal ¿Escuchaste? –dijo en tono de amenaza velada.-Si tienes amor por tu pellejo es mejor que no metas tus narices muy al fondo; no te pases de lista.

-Pero... en un hospital lo cuidarían y ya no tendrías que hacerlo tú... - intentó probar por ese lado.

-Claro, pero harían preguntas, y hablarían cosas y después pagaría el pato yo, esa gente estaría encima de mí y el Cano también, así que no, no, y no, hay que dejar las cosas como están, es mejor así. –contestó hosca y ya enfadada- Aunque haría que me gustaría deshacerme de él –murmuró en voz baja como reflexionando para sí.

Maira estaba impactada, Observó a Pablo que la miraba con sus ojos llenos de una profunda tristeza, y sintió que se le encogía el corazón al verlo allí tan indefenso, en manos de alguien que podía actuar con tanta crueldad. Le volvió a hacer cariño en su rostro, intentando darle algo de consuelo y él apegó su cabeza a su mano para recibir las caricias que ella le ofrecía.

- Tengo que salir. Tienes que irte. –Le dijo Margot con brusquedad.

-¿Y Pablo? ¿Vas a volver pronto? ¿Y Claire dónde está?

-¿Y a ti qué te importa? Ya te dije, Pablo está acostumbrado a quedarse solo.

-¿Por qué no tienes una silla de ruedas? Así al menos podría salir.
–murmuró Maira, pensando en que no veía nada que sirviera realmente para hacer la vida de él más cómoda.

-¿de adonde quieres que la saque? No tengo dinero para eso –replicó hostil.

-¿Y conseguirla?

-Ya. ¿A quién? –respondió mordaz.- Aquí la vida es dura, niña, se sufre; apuesto a que tú tampoco la has pasado muy bien –se burló.

-Con una silla de ruedas, podría cuidar a Pablo mientras no estés, llevarlo a mi mediagua...- contestó, obviando sus palabras.

-Moira, o como te llames, ese ya está jodido, es una carga, déjalo que se quede ahí, es un bulto, además ahí no estorba tanto. – masculló molesta y Maira tapó los oídos de él con las manos para que no escuchara las cosas que hablaba su tía.

-No digas eso, por favor... él te escucha –suplicó.

-y a ti ¿Qué te pasa con mi sobrino? Has pasado metida aquí ¿Por qué tanto interés? – se intrigó de pronto.

-Tiene mi edad... y me da la impresión que se siente tan solo como yo... - musitó apesadumbradamente.

-Bah, parece un retrasado, no creo que se dé cuenta de mucho –dijo con desdén- además, la vida es así, se está solo, y es bueno que tú lo sepas también.

-Déjame quedarme con él; Yo tengo que salir a trabajar más tarde, pero me puedo quedar un rato más... por favor... o hasta que llegue Claire –pidió.

-La Claire no llega hasta la noche, pero está bien. Cómo quieras, quédate y hazle compañía a ese. Cuando te vayas cierras con candado. – y diciendo esto, dejó el candado abierto sobre la mesa, tomó su chaqueta y una vieja cartera y se fue.

Maira se quedó con él, hablándole, haciéndole cariño, atendiéndolo, le dio a beber más agua, hizo que orinara, le peinó el cabello, le masajeó suavemente las manos, las piernas y los pies, para que no estuvieran tan rígidos; pero notando que él aún tenía sensibilidad en su cuerpo, e intentaba moverlo, aunque muy débilmente. A las tres y media, lo dejó solo un rato para ir dónde Rose para ver el asunto de la ropa para el evento, esta se la pasó reprochándole, de haber ido a su cabaña y no encontrarla. Maira le dio las gracias y se fue a su cabaña, dejó la ropa y sacó otra caja de leche de su vieja despensa y se la llevó a Pablo.

Él se veía ansioso, parecía que estaba deseoso de que regresara. Maira le sirvió leche y le echó azúcar, preguntándose si después que ella se fuera, le darían o no algo más de comer, o si lo que le estaba dando ella, sería lo último que el comiera durante el día. La idea de ver a Pablo

seguir pasando hambre le provocó una profunda sensación de angustia, algo en su interior le instaba a proteger a aquel mudo jovencito, que estaba tan abandonado como ella misma se sentía en ese mísero lugar. Lo alimentó, sorbo a sorbo, y luego de eso le preguntó si lo cambiaba de posición, él asintió y volvió a acomodarlo de costado, aprovechó esa posición para revisarle la escara que tenía en su espalda baja, la limpió con agua y lamentó no tener ninguna crema para echarle en ella. Seguramente debería dolerle.

A las cinco y media se retiró, dejándolo abrigado y con los guantes y el gorro de lana puesto. Y al tener que cerrar la puerta con candado, le dieron ganas de llorar; meditó en la posibilidad de denunciar a Margot, con la policía o con el hospital, para que alguien se hiciera cargo de Pablo y lo cuidara, pero a la vez sentía mucho miedo de hacerlo, ella estaba sola en ese campamento; ya Claire le había dicho como era su madre y Rose le había advertido sobre Margot y Margot misma le había hecho una advertencia para no intentar nada, si la denunciaba, ella podía salir lastimada o desaparecer y nadie se enteraría, peor aún podía terminar igual o peor que él. Maira sintió de pronto mucho, mucho miedo; se sentía más sola y desprotegida que nunca.

Caminó rápidamente a su mediagua y dándose un breve baño con un poco de agua tibia, se vistió con la ropa que Rose le consiguiera; la blusa le quedaba grande y el pantalón algo ancho, pero no había mucho que hacer, en otras circunstancias no se hubiera asomado a la calle así, pero aquí todos vestían de cualquier forma, además nadie la conocía, es decir, nadie conocía su vida antes del campamento, así que no le importó, o al menos hizo que no le importara.

Rose la vino a buscar pasadas las seis y treinta y dejando su mediagua cerrada con candado salieron del campamento a tomar la liebre que las llevaría a este ocasional trabajo.

Capítulo 6

Capítulo 5: Una decisión importante.

Maira y Rose regresaron tarde; las vinieron a dejar en la puerta del campamento, Rose estaba contenta con el dinero obtenido, además de una pequeña bolsa con algo de comida que sobró y que les repartieron para que trajeran. Maira estaba cansada y nuevamente tuvo que experimentar la vergüenza de hacer trabajos que nunca imaginó hacer; atender gente no era terrible, pero cómo no sabía hacerlo era lenta y bastante torpe, le costó encontrar el ritmo, y eso hizo que algunos de los invitados la miraran mal. Y pensar que ella hacía lo mismo cuando era ella a la que atendían, era duro estar del otro lado de la moneda; ya lo había experimentado cuando acompañó a Estela a limpiar aquellas casas y ahora había sido moza por una noche. Se despidió de Rose, entró a su mediagua, que estaba muy fría, y agradeció tener electricidad allí –aunque fuera la que le pasaban sus vecinos que estaban “colgados” del poste de electricidad pública-. Prendió la ampolleta, cosa que aún le daba miedo, por los cables descubiertos y prendió cuidadosamente el pequeño termoventilador, para sentir un poco más de abrigo, se lavó los dientes, se cambió de ropa, abrigándose bien, prendió la pequeña linterna, apagó con cuidado la luz y se metió a la cama, que sintió enormemente fría. Tardó un rato en abrigarse, mientras pensaba en cómo estaría Pablo; probablemente ya estuviera dormido.

La claridad la despertó, ya era de día; un día más en ese frío e inhóspito campamento –pensó-. Se levantó se lavó, fue a comprar pan, tomó desayuno y se puso a hacer el aseo de la mediagua, lavó la poca ropa sucia, con la poca agua que podía hacerlo y la colgó lo mejor que pudo. Eran las diez de la mañana cuando pensó en hacerle una visita a Pablo, ver si había desayunado; por un lado tenía miedo de seguir frecuentándolo, pero por otro sentía que no podía dejarlo desamparado, no ahora que él parecía sentirse mejor con los cuidados de ella. Le asustaba pensar qué iba a decir Margot, si la viera de nuevo por allá... ¿Se molestaría? ¿No le importaría? Tendría que averiguarlo. Calentó un poco de leche y la vació a un tazón, preparó un sándwich de mantequilla y Jamonada y se fue con ambas cosas donde Margot. La puerta estaba sin candado, llamó y desde adentro la mujer contestó:

-Ya sé que eres tú, pasa.

-¿Le diste desayuno a Pablo? –preguntó mostrándole lo que llevaba.

-No. Dale lo que le trajiste –contestó como resignada a la perseverancia de ella por alimentar a su sobrino.

-Gracias. –le sonrió tímidamente y se acercó hasta Pablo.- Hola Pablo. Buenos días ¿Tienes hambre?-le preguntó, dejando lo que llevaba sobre el viejo velador. Pablo la miró con timidez y asintió. –Te lavaré la carita primero ¿De acuerdo? –él volvió a asentir. Maira le pidió a Margot si tenía agua tibia para lavarlo, y esta la miró hosca, con el ceño fruncido.

-Se acabó el gas, lávalo con agua fría. –Maira hizo una mueca de disgusto, el agua estaba muy fría para lavarlo con ella, así que decidió no hacerlo, por el momento.

-Te lavaré después ¿Ya? –Le informó y él asintió- el agua está muy fría para ti. Te acomodaré en la cama y te daré el desayuno. –lo acomodó y le dio de desayunar.

-¿Le traerás almuerzo hoy?-le preguntó Margot.

-¿Por qué? ¿Tú no vas a cocinar?-le respondió con otras preguntas.

-Porque yo voy a almorzar donde una amiga, y volveré tarde, y la Claire ya se fue. Así que si quieres y puedes, ya que te gusta alimentarlo, dejaré que lo hagas. –respondió encogiéndose de hombros.

-Entonces yo le traeré el almuerzo. –le dijo, ocultando su rabia y molestia que sentía por la despreocupación de ella.

-Bien. Arreglado entonces. Entretienete con mi sobrino, si eso tanto te gusta, como parece. –Replicó burlona- Ah, le saqué el pañal de bebes que le pusiste, el cochino se meó esta mañana, pero no pude ponerle esos que dejaste allí, no sé cómo mierda se los arreglaste, así que si te interesa puedes ayudar con eso.

-Yo lo haré. –espetó sintiendo que la rabia le crecía dentro del pecho contra esa mujer, que era incapaz de sentir compasión o empatía con aquel pobre niño.

Margot se fue al poco rato, y Maira fue a traer agua caliente de su mediagua. Lo lavó con agua tibia, lo peinó, le lavó los dientes, y lo destapó para acomodarle el pañal, pero una vez más observó que Margot había dejado a Pablo desvestido de la cintura para abajo, sólo con un trapo viejo cubriéndole los genitales, a modo de intento de pañal. Maira suspiró ante el dolor que le daba verlo así, sacó el trapo, lo aseó con cuidado, su zona púbica aún estaba enrojecida, aunque ya no tanto, lo acomodó de lado para asear su trasero y ponerle mejor los pañales, y notó una marca roja en su glúteo, pensó que debía ser donde pasaba muchas horas en la misma posición, le puso dos pañales, uniéndolos con cinta adhesiva, se los acomodó y buscó una vez más entre las cosas de Margot, ropa para vestirlo, encontró un desgastado pantalón de pijama, y con pena por vestirlo con esos trapos fue a ponérselos. Maira era bastante

torpe para vestirlo, pero al menos lo hacía. Aprovechó de masajearle las piernas suavemente y también sus pies, se los revisó, los limpió, y le cambió los calcetines, pero volvió a ponerle las medias de lana encima, entonces lo cubrió con las mantas y le dejó los brazos sobre estas. Botó el agua, se lavó bien las manos y le masajéó también los brazos y los hombros y sus manos suavemente, mientras le hablaba y le decía lo que iba a hacer y también le hablaba de otras cosas de su vida, de sus pensamientos, de sus planes, de lo mucho que extrañaba a sus amigas y el colegio. Él la escuchaba atentamente y parecía encontrar alivio en su voz, en que alguien le conversara.

A mediodía fue a preparar el almuerzo y tuvo que dejarlo solo. Fue a comprar y preparó comida para los dos. Preparó algo rápido y llevó el alimento donde él, además le había comprado yogurt, para el postre, llevó uno de sus manteles para ocupar de servilleta y más agua caliente en un termo para lavarle los dientes luego.

Almorzaron juntos, ella dándole bocados en la boca, a él parecía gustarle que ella lo alimentara, le dio luego de postre el yogurt y un poco después entibió agua para lavarle los dientes, los cuales de a poco parecían blanquear un poco el aspecto sucio y amarillo que tenían.

Maira estuvo toda la tarde con él, cuidándolo, haciéndole compañía. Margot llegó después de las seis de la tarde y se asombró de verla todavía allí, le dijo que le traía comida a Pablo. Con pesar Maira se despidió de él con un beso en la frente y una suave caricia en la mejilla, se despidió de Margot, y se fue a su mediagua.

Esta noche iría a dormir a la residencial, deseaba un baño caliente, un baño como corresponde y descansar de todo ese ambiente, por unas horas. Se cambió ropa, abrigándose, y salió del campamento. Tomó locomoción y fue a una de las residenciales que ya sabía la aceptaban sin hacer preguntas. Fue a una que estaba cerca del centro, y aprovechó para pasar a una farmacia para comprar una crema para las escaras, y más pasta dental, de las que compró dos; una para llevarle a Pablo, y compró también toallas húmedas desechables, para asearlo con más facilidad, tenía ganas de comprarle pañales para adultos, pero eran caros y no quería que Margot se enterase que tenía un poco más de recursos, pues no confiaba en ella. Fue a tomar once a un salón de té y se fue a la residencial a darse un baño caliente y confortable, se secó el pelo con el secador que llevaba en la mochila, se puso el pijama y se instaló a ver televisión mientras comía chocolates. Hasta que le dio sueño y se durmió, abrigada y tranquila, aunque el pensamiento acerca de Pablo le revoloteaba a cada tanto en la mente.

Por la mañana, se volvió a bañar, se echó crema y con un suspiro de resignación se preparó para volver al campamento. Aprovechó de sacar más dinero del cajero del banco, desayunó en un restaurant, compró

algunas provisiones más en un supermercado y tomó locomoción para regresar.

Entró a su mediagua, hacía frío aún allí, pese a que eran más de las once. Dejó las cosas y calentando leche con azúcar, le llevó a Pablo con un pequeño queque de vainilla que le había comprado. Pensó que tal vez ya habría desayunado, pero viendo cómo era Margot, lo dudaba.

Margot no estaba, su mediagua estaba con candado, pero sin pensarlo mucho Maira ocupó la llave que tenía y que no le había devuelto a Claire, para entrar. Adentro se sentía el frío aún, la noche anterior había estado el clima muy helado, abrió una de las ventanitas, para dejar entrar la luz, y ver mejor, y fue a ver a Pablo, lo observó y lo vio pálido con los labios algo morados. Maira se asustó, le tocó la cara, y lo sintió demasiado frío, La miraba con sus ojitos adoloridos entonces se dio cuenta que las mantas extras que le había echado dos días atrás no estaban, ni tampoco llevaba los guantes ni la gorra de lana. A Maira le dieron ganas de llorar, pero se reprimió, le habló con dulzura sin tener muy claro que hacer para abrigarlo, allí ni siquiera había electricidad como para traer su termoventilador y enchufarlo. Así que optó por masajear su cuerpo un poco para que entrara en calor, sacó las frazadas de la cama de Margot, en donde encontró el cobertor y la frazada que le faltaban a Pablo, y volvió a ponerlas sobre él, buscó los guantes y la gorra y se los puso, Lo acomodó para que bebiera la leche tibia y le ayudara a entrar en calor. Y luego de dársela no se le ocurrió mejor cosa que recostarse al lado de él para intentar darle calor con su propio cuerpo, mientras le masajeara sus brazos y tronco intentando que se abrigara. Pasó un buen rato, quizá unos 15 a 20 minutos antes de sentir que el cuerpo de él estaba por fin caliente, Maira por su parte sentía bastante calor, con todas las mantas que habían, pero no quiso moverse de su lado hasta asegurarse que estuviera bien. El cuerpo de Pablo se fue relajando a medida que entraba en calor, y las expresiones de su rostro también se suavizaron, de pronto él la observó cómo asombrado, como si de pronto estuviera realmente consciente de lo que ocurría a su alrededor y de sentir y ver a ella a su lado.

-¿Te sientes mejor? -le preguntó Maira, mirando sus ojos, él asintió, una expresión cálida en su rostro, denotaba el alivio que sentía. Maira estuvo un tiempo más con él, a su lado, dándole calor en la cama, y luego se levantó, lo arropó bien, le dio de beber agua y le ofreció a comer el queque que le había llevado, él comió de buena gana, bocado a bocado, pero después parecía cansado, y sin más se quedó dormido. Maira veló su sueño durante un buen tiempo, pensando que podría volver a bajar la temperatura de su cuerpo, pero su piel se sentía cálida, de hecho no la había sentido tan cálida, ni su cuerpo tan relajado desde que lo tocó por primera vez.

Se fue y lo dejó durmiendo, dejó la mediagua junta, no quiso ponerle candado, no sabía tampoco dónde estaba Margot o Claire, ni a qué hora regresarían. Fue a su mediagua a preparar el almuerzo, cocinó, y en el intertanto llegó el camión del agua y tuvo que estar atenta a que le llenaran su tambor y no la dejaran sin él.

Apenas estuvo lista la comida la llevó donde Pablo, con sus propios platos y servicio, prefería llevar los de ella, no confiaba mucho en la limpieza de Margot. Pablo aún seguía dormido y ellas no llegaban todavía. Se puso a doblar y ordenar la ropa que Margot tenía acumulada sobre unas cajas, por buscar algo que hacer, sin querer meter mucho ruido que fuera a despertarlo. Media hora más tarde, él abrió los ojos, se veía tranquilo, descansado. Maira lo saludó y le preguntó si quería almorzar, él asintió ansioso. Le dio de comer, comiendo ella junto a él, como ya se le estaba haciendo habitual, y un poco más tarde lo hizo orinar, lo aseó y le cambió el pañal, pues todavía llevaba el del día anterior, y le echó la crema para las escaras en la herida que tenía en el sacro. Aseó también su cara y sus manos, lavó sus dientes y peinó su cabello, él de a poco intentaba también empezar a moverse un poco más, aunque parecía no tener fuerzas para ello.

-¿Quieres moverte? -él asintió, el estar constantemente en la cama le hacía doler el cuerpo y estar incómodo.

-¿Quieres intentar sentarte en la cama un rato? -le propuso Maira, y él la miró esperanzado asintiendo ansiosamente.

Corrió las mantas de la cama hacia atrás, lo corrió un poco hacia un costado e intentando recordar los métodos que aprendiera en el liceo en el año que estudió enfermería, bajó sus pies y poniendo sus brazos alrededor de él lo incorporó, pero apenas él estuvo sentado empezó a respirar fuerte y jadeante y apretó los ojos con firmeza; estaba muy mareado, se sentía ansioso y con algo de pánico. Maira lo mantuvo con su abrazo, y él apoyó su cabeza en el pecho de ella hasta que su respiración se hizo más normal. Maira lo tranquilizaba con sus palabras, hablándole, serenándolo, y al mismo tiempo se serenaba ella, pues se había asustado mucho al ver la reacción de él, pensando que había hecho algo equivocado al hacer que se sentara en la cama. Pero unos minutos después, él parecía sentirse más estable, levantó la cabeza y la observó; deseaba caminar, correr, pero sabía que ni siquiera podía mantenerse de pie, sus piernas simplemente no lo sostenían.

-Has estado mucho tiempo acostado, así es que creo que es normal que te marees, pero si podemos hacer que te sientas en la cama con más frecuencia, creo que el vértigo desaparecerá de a poco. -le dijo Maira con un profundo sentimiento de compasión por él.

Lo mantuvo sentado unos cuantos minutos afirmándolo, hasta que lo soltó de a poquito y él se mantuvo sentado solo en la cama. Le dio más agua para que bebiera y después de unos quince minutos de estar así sentado, lo vio cansado y lo ayudó a recostarse de nuevo, le acomodó y puso las mantas sobre él y volvió a abrigarlo muy bien. En eso llegó Margot, junto a Claire...

-Claro. Me imaginé que era tú la que estaría aquí. –Dijo Margot con fastidio, su ropa olía a tabaco y al acercarse se sentía el halito a alcohol.- ¿Cómo rayos entraste aquí?

-¿No durmió ninguna aquí? –preguntó Maira con frialdad.

-¿Vas a empezar con la preguntadera otra vez? –Respondió molesta- Mira niñita, no tengo que darle explicaciones a nadie, menos a ti. Pero para que sepas: sí. Dormí aquí. Por lo tanto, este idiota no quedó solo –farfulló apuntando a Pablo- me fui temprano porque tengo que trabajar, ya sabes, tu misma profesión. –se burló- Y ahora estoy cansada, pero para tu tranquilidad, atenderé a este mocoso antes de recostarme un rato, si eso es lo que quieres, o quizás no sea necesario, ya que estás acá y seguramente ya lo has atendido, entrando en mi mediagua sin permiso, quizá de qué forma; debería molerte a golpes y no dejarte entrar más aquí. –objetó.

-Claire me prestó su llave. –confeso Maira a Margot y esta miró con rabia a su hija.

-Lo siento, má... no pensé que se metería así. –balbuceó Claire, mirando enojada a Maira.

-irayos Claire! Te drogas y no sabes ni qué haces. –le espetó su madre con disgusto. Mientras Maira las observaba con la boca abierta; tampoco sabía que Claire era drogadicta.

-iUstedes nunca están aquí! Fue una suerte que pudiera entrar y verlo esta mañana; estaba con mucho frío, podría haber muerto de una hipotermia; le quitaste el cobertor que le traje y no lo abrigaste bien para pasar la noche... -le reprochó con tristeza a Margot, ya sin poder ocultar la rabia y frustración que sentía.

-Estaba helado anoche, yo soy más vieja que él, necesitaba abrigarme yo, y Pablo resiste el frío mejor de lo que crees, todavía está vivo ¿Lo ves? –dijo con indiferencia.

- ¿Por qué eres tan mala con él? –inquirió con exasperación.

-Mira Maira, no me fastidies ¿quieres? Suficiente tengo con mis propios problemas y con el mierda de Pablo. Ahora, hazme el favor de marcharte

de mí cabaña, deja la llave y lárgate de aquí. Y no vuelvas por este día.

-¿Lo alimentarán más tarde?

-sí, sí, ya vete.

-Abrígalo bien para pasar la noche, por favor. –le pidió.

-Ya. Sí, lo que quieras, déjame sola. –La echó.

-Claire...por favor...atiéndelo –le pidió Maira angustiada de tener que dejarlo solo con ellas

-A mí no me pidas nada. –le respondió molesta aún por lo de la llave; cómo se atrevía a decirle a su madre que ella le había dejado la llave, eso era traición; ahora su madre cargaría con ella; otra vez.

Camino a su mediagua, Maira no pudo evitar ponerse a llorar, ya no podía soportar más, ni reprimir tanto dolor. Las lágrimas corrieron por sus ojos, se sentía desolada y triste, muy triste. En eso, la voz de Rose la sacó de sus grises pensamientos.

-Oye, perdida. ¿Dónde estabas?

-Con Pablo.

-¿Pablo? ¿Quién es?

-Te dije; el primo de Claire.

-Ah, verdad. El chico enfermo. ¿Y por eso lloras?-preguntó observando sus lágrimas.

-No. –Mintió- Me siento sola.

-Pero yo soy tu amiga. ¿Verdad? –intentó hacerla sentir mejor.

-Sí, ya lo sé –le sonrió débilmente.

-Quería conversar contigo ¿Tienes tiempo? ¿O vas a ir a trabajar esta noche?

-Vamos a tomar té a mi mediagua. Yo invito. –le ofreció Maira.

-Vamos. Mira que el ambiente en mi casa está feo y no quiero estar por allá en un par de horas. –comentó Rose.

-¿Te peleaste otra vez con tu mamá?

-Sí, de nuevo, y por lo mismo; ya sabes, el Kay que no me ha traído plata, y mi mamá se enoja conmigo, porque al Jerry se le acabó la leche y los pañales y los compré con lo que ganamos en el evento, y mi mamá quería que le pasara la plata a ella para la comida de la casa, y por eso discutimos. –dijo encogiéndose de hombros.

Entraron en la mediagua de Maira, mientras Rose le seguía hablando de sus problemas personales, y también de otros chismes del campamento. Maira preparó la onces, comieron y Rose se quedó con ella, acompañándola hasta más de las diez de la noche. Cuando empezó a hacer mucho frío afuera, Rose se fue, para ir a acostar a su bebé que se había dormido en sus brazos hacía bastante rato. Una vez que se fue, Maira fue a hacer sus necesidades, lavó sus dientes, se abrigó muy bien, dejó el termoventilador prendido, y se fue a acostar pensando en si Margot la dejaría entrar a ver a Pablo al día siguiente, o si siquiera las iba a encontrar antes que lo dejara solo en ese lugar, encerrado con candado. Tal vez debería buscar una excusa, comprarle algo... no sabía qué hacer.

A la mañana siguiente, Maira se levantó temprano, se aseó como de costumbre y fue al centro comercial norte, a la farmacia; pero aún estaba cerrada, habría recién a las diez. Por lo que entró al supermercado para ver si tenían pañales de adulto y los encontró; no sabía bien cómo se elegían, pero vio que eran por tallas, en kilos de peso, como no sabía muy bien cuál, eligió el que pensó que le servirían. Compró otras cosas más y tomó locomoción rápidamente de regreso al campamento.

Apenas dejó algunas de sus compras en su mediagua; alimentos y artículos de aseo, más que nada, partió para llevar los pañales y leche caliente con un sándwich, a Pablo. La mediagua estaba abierta; se asomó con cautela, llamando para poder entrar, pero pasó sin esperar respuesta. Margot desayunaba. Maira se acercó a Pablo y cuando lo vio, la bolsa de los pañales y la taza de la leche y el pan se le cayeron al suelo; lo miró asombrada al verlo con su expresión profundamente triste y la forma de una mano marcada en rojo en su rostro, junto con un moretón en su pómulo. Lo había golpeado. Él la miró un momento y luego bajó la vista, como avergonzado o quizás resignado a lo que le habían hecho. Maira le tocó el rostro, lo acarició y de pronto se encendió en furia contra aquella mujer que era la que debía cuidar y proteger de él y en lugar de eso lo maltrataba de manera tan ominosa.

-¿Qué has hecho?! ¿Lo golpeaste? –profirió espantada.

-Se cagó y se meo de nuevo; soy yo la que tiene que estar limpiando a ese asqueroso –farfulló Margot.

-¡Él no puede valerse por sí mismo, no puedes pretender que haga las cosas solo si no puede!

-¡Estoy aburrida de limpiar su mierda; lo único que quiero es que se muera de una maldita vez!

-¿Y por eso le pegaste?

-Bah, no me vengas con sermones tú putita fina, que no estoy de humor; a más, estás en mi casa, acá yo hago lo que quiera, aquí yo mando.

-Si no lo quieres, entrégalo a una institución, o a alguien que pueda atenderlo... pero apiádate de él... por favor.

-¿Sabes qué más? Los dos ya me tienen harta, tú, metida aquí todo el día encima de él, como si no tuvieras nada más a qué dedicarte, y él con su cara mustia todo el día, siendo un maldito desecho que no desaparece y que sólo da trabajo. Si tanto te gusta estar con este estorbo, pues quédatelo, llévatelo, te lo doy, haz lo que quieras con él, no me importa, te lo regalo, pero después no me pidas ayuda ni trates de que te ayude con él en algo, porque no me interesa; si quieres cargar con la mierda esa, allá tú, es tu problema; si con lo que ganas vendiendo el culo crees que lo vas a mantener, pues sácalo de aquí y ve que haces con su miserable vida, llévatelo, te lo estoy dejando. –espetó Margot ofuscada de ambos.

-¿Es verdad? ¿Dejarás que me lo llevé? –preguntó incrédula.

-¿No te lo estoy diciendo? Si lo quieres, ve cómo puedes llevártelo, caminando no va a ir detrás de ti –se mofó.

-Bien. Me lo llevo. –Dijo con determinación.- Me haré cargo de él, lo cuidaré, y no te molestaremos más. –Muchas emociones y pensamientos pasaban en un instante, por la mente de Maira; rabia contra Margot, tristeza por ver como lo trataba, y preocupación y miedo al pensar como lo trasladaría de allí y cómo se haría cargo ella sola de él ahora; en realidad era una responsabilidad muy grande, pero nuevamente sentía que ya no podía, ni debía, ni quería, dar marcha atrás.-Buscaré quien pueda ayudarme a llevármelo a mí mediagua –dijo en tono más bajo, calmándose.

-Si te lo vas a llevar, primero deberías vestirlo, a no ser que quieras llevarlo desnudo –murmuró con sorna.

-Obvio que no lo vestiste; debí imaginarlo.-respondió esforzándose por contener la rabia.

-Es más fácil así, si siempre se está ensuciando –comentó indiferente.- ahí hay un pantalón de buzo para que se lo pongas –agregó señalando con el dedo una prenda mal doblada que estaba sobre una cómoda.

Maira recogió la bolsa de los pañales, y tomó el buzo, ignoró a Margot que siguió farfullando cosas a media voz y se dedicó a atender a Pablo.

-Voy a vestirte ¿De acuerdo? –él asintió aún asustado, quizás por la discusión de ellas.

Corrió las mantas, y reprimió las lágrimas cuando vio dos moretones más, muy feos, en su bajo vientre; más golpes. Tomando aliento para calmar la rabia y tristeza que sentía, le puso uno de los pañales que le había traído el cuál le quedaba un poco grande, pero se lo acomodó lo mejor que pudo, le puso el pantalón y volvió a taparlo.

-Voy a ir a buscar quien me ayude para llevarte a mi mediagua ¿Está bien? –le dijo a Pablo suavemente en el oído, mientras le acariciaba la mejilla con la mano, él asintió débilmente. –Ya vengo. –habló más fuerte dirigiéndose a Margot- Voy a traer a alguien para llevarlo de aquí, a mi cabaña.

-Como quieras. –respondió indiferente.

Maira salió, pensando a quien le pediría ayuda; debía ser un hombre que tuviera fuerza para cargarlo; alguien que estuviera disponible en ese instante, no quería dejarlo más tiempo en casa de esa horrible mujer. Rose la vio pasar frente a su cabaña y salió a su encuentro.

-Buenos días, Maira. ¿Dónde vas?

-Voy a ver si está Don Wallo o el tío Malloco. – respondió.

-¿Y para qué? ¿Necesitas ayuda en algo? –indagó su curiosa amiga.

-Me voy a llevar a Pablo a mi cabaña.

-¿Bromeas? –dijo incrédula.

-¿Acaso ves que me estoy riendo? –le respondió de mal humor.

-Maira; disculpa que te lo diga, pero ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué te llevas a vivir contigo al chico inválido que conociste hace qué, cinco días? ¿Qué pasa contigo? –preguntó intrigada y asombrada.

-Sí. La loca de su tía lo golpeo, no lo pienso dejar con ella.

-A ver. Para. ¿Te harás cargo tú de él?

-Sí. Margot va a dejar que me lo lleve.

-¿Estás loca, amiga? ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer?

-Sí. –respondió fastidiada.

-¿Te harás cargo de un hombre al que hay que hacerle todo y al que tendrás que mantener?

-Rose. No es un hombre; es un joven como yo, como tú, somos prácticamente adolescentes.

-Maira. Es un hombre, y más encima uno que va a ser una carga para ti. Dios. Entra en razón; imagínate que un bebé ya puede volverse una carga, piensa en mí, yo ya no puedo salir a bailar, ni estar siempre con mis amigas, tuve que dejar de estudiar y al Jerry lo tengo que alimentar, bañar, vestir, hacer dormir, llevarlo al hospital y todo eso; lo amo, pero aun así agota. Ahora imagínate eso todos los días pero con alguien grande; vas a terminar exhausta. Deberías pensar mejor en esto...

-Rose. Ya lo pensé y sin importar lo que tú digas o lo que creas o no, yo me haré cargo de él y punto, así que déjame en paz, no le des más vuelta al asunto.-La interrumpió fastidiada.

-Porque eres mi amiga te lo digo, para que después no lo lamentes.

-No lo lamentaré.

-Mira. Ahí está la señora Estela, porque no le pides su consejo –dijo Rose indicando a la mujer que se acercaba rápidamente en dirección a ellas.

-No necesito consejo. No para esto. –replicó Maira.

-¡Señora Estela! ¡Venga un momento, por favor! –la gritó Rose.

-¿Qué tienen ustedes? –inquirió deteniéndose junto a ellas.

-señora Estela; la Maira quiere llevarse a un hombre enfermo a vivir con ella; dígame que es mala idea. –le informó Rose, mientras Estela miró a ambas intrigada.

-No es así, Estela; no tan así. Llevaré al sobrino de Margot a mi mediagua

para cuidarlo, ya que la loca de ella no lo hace. Eso es todo.

-¿Sobrino? ¿Qué sobrino? La Margot vive solo con la Claire, que va y viene, hasta dónde sé.

-Tiene un sobrino. Lo conocí. Tiene mi edad, lo he estado cuidando; está enfermo, no puede caminar y hoy la desgraciada esa lo golpeó y le dejó la cara marcada. Ha pasado hambre y frío y está asustado; le tiene miedo y no puedo hacerme la indiferente con eso; quiero ayudarlo.

-Ayudarlo está bien, pero... ¿Llévartelo a vivir contigo? Eso es mucho.
-replicó de nuevo Rose.

-Maira; entiendo que quieras ayudarlo y te de lástima; pero tú estás sola, y le doy la razón a Rose, es mucho peso que te vas a tirar encima. Podemos llamar al hospital, para que lo revisen y después lo envíen a alguna institución de beneficencia para que se hagan cargo...

-No. No puedo llamar a un hospital... Margot me hizo una especie de amenaza, nada de hospital, ni policía, no puedo denunciarla... -interrumpió Maira con miedo.

-Te lo dije. Esa bruja es mala. -profirió Rose

-¿Y cómo vas a cuidar de él sola? ¿Lo has pensado? -preguntó Estela haciéndola meditar.

-Lo mismo le dije, pero no me escucha. -dijo Rose exasperada.

-No lo voy a dejar solo. La decisión está tomada, y no me importa lo que ustedes digan, ni lo que nadie diga, él se va conmigo y punto.

-Está bien. Es tu decisión y la respeto, además es tu vida y puedes hacer lo que gustes; sólo dime ¿Por qué lo haces? Es sólo compasión o qué-le dijo Estela.

-Por un lado me da mucha pena verlo; creo que de alguna forma me identifico un poco con él, por otro lado... me gusta estar con él y cuidarlo, a su lado ya no me siento tan sola, ni tan triste. -suspiró. Eso era lo que realmente quería: cuidarlo a cambio de su compañía; él no hablaba, pero era como si pudiera comunicarse con él más allá de las palabras; no había sentido eso con nadie más y sentía que los dos podían apoyarse de alguna forma, mutuamente.

-Bueno. Has como quieras. Yo tengo que seguir con mis cosas. -dijo Estela, despidiéndose y marchándose, mientras movía la cabeza en

desaprobación.

-Bien. Será lo que digas. Te acompañaré a buscar a alguien que te ayude.
-se resignó Rose, frente a la porfía de su amiga.- Pero no esperes que te acompañe donde esa bruja, porque no lo haré ni aunque me paguen.
-agregó sonriendo para mejorar el ambiente.

Capítulo 7

Capítulo 6: Bienvenido a mi vida.

Avanzaron las dos, entre las casitas y cabañitas hasta llegar a un cierre de madera azul. Llamaron y un hombre como de cincuenta años salió a la puerta; era el Tío Malloco. Él era uno de los "personajes" del campamento, vivía allí junto a una hermana y su anciana madre. Era un hombre colaborador, carismático y franco. Maira le explicó al "tío", más o menos brevemente y le pidió si podía ayudarla a cambiarlo de mediagua. El tío aceptó sin hacer muchas preguntas y entrando en su casa un momento, volvió a salir listo para acompañarla. Rose se despidió de Maira en el camino, diciéndole que iría a visitarla a su mediagua más tarde.

Llevar a Pablo a su mediagua, fue más sencillo, de lo que ella misma creía; Margot se vio incluso aliviada de que Maira se lo llevara. El tío Malloco lo tomó en brazos con cuidado, asombrado por lo poco que pesaba, Maira le puso el cobertor que ella le había llevado alrededor para protegerlo cuando salieran, y se llevó los pañales que le había comprado, la crema para las escaras la andaba trayendo en su morral, a escondidas de Margot. Avanzaron por el camino algo barroso, hasta llegar a su cabaña, su hogar por los meses que estuviera allí. Abrió rápidamente el candado, y entró a prisa, para correr las mantas de su cama hacia atrás. El tío entró con el muchacho, Maira le quitó el cobertor que lo cubría, y el hombre depositó a Pablo en la cama con un poco de torpeza. Maira le agradeció y ofreció pagarle por el favor, lo que el tío rechazó, se despidió y se fue. Ahora él estaba allí, con ella, en su pequeña mediagua, en su cama; la única cama que tenía... ¿Cómo se iban a acomodar? Tiró el pensamiento para atrás, no iba a pensar en eso ahora, solo quería acomodar al muchacho lo mejor que pudiera y darle de desayunar, pues aún no había comido. Y así, en esa fría mañana de junio Pablo llegó a vivir a su mediagua.

-Esta es mi casita... por ahora. -Le dijo- Es pequeña y tiene pocas cosas, pero de a poco estará mejor acomodada -se excusó, un poco avergonzada de poder ofrecerle tan poco.- Te acomodaré para darte de desayunar. Debes de tener hambre ¿Verdad? - él asintió, observando con atención todo el lugar; estaba todo muy limpio, y ordenado, sin olores fuertes o desagradables, incluso las sabanas olían muy bien, a limpio, a perfume, a ella.

Maira dobló el cobertor en varias partes para usarlo como almohada, tenía una sola en su cama y no era suficiente para dejar a Pablo semi sentado. Se la acomodó detrás, lo acomodó a él en la cama y lo cubrió con sus mantas, mientras le conversaba del poco tiempo que llevaba en el campamento y de las cosas que estaba comprando de a poco para hacerla más cómoda. Le lavó la cara y las manos y le preparó el

desayuno y se instaló a dárselo. Después de lavarle los dientes, pensó en que tal vez debería darle un baño de esponja otra vez, pero ella no tenía allí ni siquiera ropa apropiada para vestirlo, ni más toallas; iba a tener que comprar más cosas, y lo más importante era ¿Dónde dormiría ella a la noche? Podría comprar otra cama, pero le daba miedo comprar demasiadas cosas tan pronto y que se hiciera más notorio que manejaba mucho más dinero del que aparentaba poseer, podrían asaltarla o robarle. Aun así, igual tendría que comprar lo necesario para atender a su invitado: Pablo.

Rose apareció, mientras Maira preparaba el almuerzo.

-Hola Maira. ¿Puedo conocer a tu amigo Pablo? –le dijo con una sonrisa, entrando sin pedir permiso, con su hijo en el cochecito.

-Sí, Rose. Está en la cama.

-Huele bien. Cada día cocinas mejor –le comentó Rose, dirigiéndose a ver al muchacho.

-¡Guau! Qué lindos ojos. Nunca había visto ojos tan azules –lo miró boquiabierto, observándolo demasiado cerca. –Hola Pablo. –le dijo.

-No habla. Pero puede escucharte bien y si le preguntas algo te responderá sí o no moviendo la cabeza. –dijo Maira, revolviendo el contenido de una olla.

-¿No habla? –Preguntó girándose a ver a su amiga- ... ¿pero entiende lo que le dices...? –preguntó dudosa.

-No es tonto, si a eso te refieres –profirió un poco molesta por la insinuación.

-Lo siento. No fue mi intención. –se disculpó.

-Está bien. –Aceptó la disculpa recuperando su humor.- ¿Crees que puedes quedarte un rato con él, mientras voy a la feria de las pulgas, a comprar unas cosas? –consultó dudosa de probar la voluntad de su amiga.

-¿Con él? No sé nada de cuidar a... gente así. ¿Y si le pasa algo? –objetó.

-No tienes que hacer nada; si tiene sed le das a beber agua en la boca, tratando que no se moje, nada más. Es para que no se quede solo. ¿Por favor? –le pidió.

-¿Qué tienes que comprar tan importante?

-No le tengo ropa, ni nada. Él necesita algunas cosas... para atenderlo.

-Deberías haberlo pensado antes. –Le reprochó- ¿Y sus cosas? ¿Margot no te las dio?

-No me traje nada. Además eran solo trapos viejos.

-Bueno, ya. Me quedaré con Pablo, pero no demores demasiado.

-Gracias amiga, te quiero. –Le dijo tirándole un beso al aire- Voy a ir ahora mismo. ¿Puedes apagarle a la cocina en diez minutos?

-Claro.

-Te quedarás con Rose, ella te hará compañía es una buena amiga. –le dijo a Pablo, acariciándole el rostro- yo vendré lo más rápido posible. –Él asintió temeroso, mirando a la otra adolescente con desconfianza, en tanto que Maira tomaba su morral y se lo colgaba al hombro.

-Háblale. Le gusta que le conversen. – le dijo con una sonrisa de complicidad a Rose.

-Claro. Le contaré los chismes del campamento. –le respondió con una sonrisa.

Maira se marchó a toda prisa, Bajó el par de cuadras y prefirió irse en locomoción para llegar más rápido, pese a que no estaba tan lejos. Buscó en la larga hilera de puestos lo que necesitaba; ropa usada: 3 pantalones de buzo, 3 polerones de polar con cierre, tres poleras de mangas largas, unos pijamas de polar grueso, unos calzoncillos largos de algodón, además de otro cobertor, y un par de almohadas. Le compró también, pero nuevos, ropa interior, calcetines de algodón y otros largos de lana, calzoncillos, un gorro de lana, y unos guantes de polar para hombres. Llevó también más toallas de diferentes tamaños, y toallitas pequeñas de las que se usan en los bebés. Compró un shampo de bebés neutro, acudiendo a su sentido común para saber qué más debería de llevarle; él era como un bebé grande, así que sería más o menos lo mismo que con una guagua, pensó. Pero cómo no podía demorarse demasiado, tomó lo que había adquirido hasta el momento y compró una bolsa matutera para llevarlo, pues hacía bastante bulto, y se regresó al campamento.

-Qué bueno que no te tardaste mucho –le dijo Rose al verla aparecer.

-¿Cómo está Pablo? –preguntó ansiosa, observándolo como él también la

miraba desde la cama.

-Bien. Supongo. -dijo Rose, encogiéndose de hombros- ¿Y esa bolsa? ¿Te trajiste toda la feria de nuevo? -preguntó riéndose.

-No seas exagerada, es sólo lo mínimo necesario.

-Bueno, si tú lo dices, así será. -Comentó observándola.- Yo me voy, tengo que darle de almorzar a Jerry. -dijo como para despedirse.

-Quédate a almorzar, tengo comida suficiente. -La invitó.

-De acuerdo. Pero déjame ir a avisarle a mi mamá para que no se enoje. Te dejo al Jerry en el coche, vengo al tiro.

-Ve. -Rose salió veloz de la mediagua y Maira acarició las manos de Pablo. -¿Estás bien? -Le preguntó y él asintió. -Te serviré el almuerzo.- él asintió de nuevo, saboreándose, seguramente tenía hambre.

Maira Puso el cochecito con el bebé de Rose cerca de la cama para vigilarlo mejor, mientras daba de comer a su amigo. Poco después llegó Rose, y Maira le dijo que ocupara el mixer y lo que necesitara para moler la comida de su hijo.

Después de haberle dado la comida a Pablo y Rose a Jerry, las dos se sentaron a la mesa a almorzar tranquilamente, conversando y riendo. Pablo las escuchaba atentamente y daba la impresión que parecía gustarle el oírlas hablar. Al terminar de almorzar, Rose se marchó y Maira le dio a beber agua a Pablo, le lavó los dientes, lo hizo orinar y lo cambió de posición. Le dijo que le daría un baño de esponja en un rato más, y se dedicó a sacar sus compras de la bolsa matutera; lo usado que no estaba lavado y planchado se iba para lavar y lo que estaba lavado y planchado se quedaba, pero le rociaba un poquito de desinfectante. La ropa interior nueva la acomodó en el closet, y sacudió el cobertor y las almohadas, y les echó lisoform. Luego fue a lavar la loza, afuera de su mediagua, mientras hacía hervir agua para bañar a Pablo. Ahora tendría que nuevamente ingeniárselas para asearlo y no mojar la cama. Lo hizo sentarse en la cama al igual que el día anterior, y otra vez él se sintió muy mareado, pero ya no respiró con dificultad, solo apretó los ojos fuertemente y se apoyó en ella. Maira lo sostuvo con cuidado y a medida que él pareció mejor, lo fue soltando; a ella le daba miedo que él se cayera al suelo. Desvistió su parte superior y pudo apreciar mucho mejor la delgadez de su tronco y sus brazos; sintió mucha pena por él, lo tapó con una toalla para que no sintiera frío y puso un par de bolsas sobre las sabanas y encima de estas puso toallas y sentado le lavó la parte superior de su cuerpo, rápidamente. Lo secó, le echó crema para hidratarlo, y lo hizo recostarse hacia atrás, de modo que quedó atravesado en la cama, lo corrió como pudo, para dejar su cabeza casi colgando en el otro extremo,

lo cubrió con una manta hasta el pecho para que no le diera frío, y puso una bolsa debajo de su cuello y arriba de esta una toalla nuevamente, para no mojar el colchón o las sábanas. Se sentó para estar más cómoda frente a él y le lavó el cabello teniendo una palangana con agua en una silla bajo su cabeza y un balde para echar el agua sucia a un lado. Una vez limpio, lo secó y dejó una toalla enrollada en su pelo, para que se secase bien. Volvió a correrlo, y lo incorporó para que quedara sentado otra vez al borde de la cama, lo vistió cubriendo su parte superior, y luego le arremangó el pantalón y le sacó los calcetines y le lavó las piernas, desde las rodillas a los pies, lo secó, y le echó la crema para las escaras en las rojeces de sus pies y talones. Lo hizo recostarse en la cama en posición normal y Desarremangó el buzo y se lo sacó junto con el pañal que aún estaba seco. Aseó la parte baja de su vientre y sus muslos, para terminar con sus glúteos y genitales. Lo secó bien con cuidado, le echó un poco de crema corporal en sus piernas para hidratar la resequedad de su piel, le echó la crema para las escaras en la herida que tenía en el sacro y en su pubis, le puso un nuevo pañal, calzoncillos y uno de los pijamas de polar para que estuviera abrigado, y por último abrigó sus pies con un par de calcetas de algodón y encima de esas unas de lana para que estuvieran calientes. Retiró la toalla de su cabeza y lo secó suavemente con su secador. Sacó las toallas y bolsas de la cama, con cuidado de no humedecer su ropa y echó todo en la palangana vacía. Lo acomodó, le preguntó en qué posición prefería estar, le acomodó las almohadas que había traído para evitar los roces y las escaras y que él se sintiera más cómodo y le estiró las sábanas y volvió a colocar las mantas en la cama, lo cubrió muy bien, le besó la frente, y aunque se sentía horriblemente cansada, despejó el lugar de todo lo que había ocupado, se puso a lavar de inmediato lo que quedó sucio y después de colgar la ropa quiso descansar un rato ¿Pero dónde? Pablo estaba en su cama. ¿Cómo se acomodaría esta noche? A medida que avanzaban las horas este hecho le preocupaba. Él casi no hacía bulto y ocupaba poco espacio, y con el cansancio que tenía se acomodó a su lado; él estaba durmiendo, probablemente el baño lo había relajado. Prácticamente sin darse cuenta, también se quedó dormida.

La despertó el sentir frío. Abrió los ojos, ya estaba oscureciendo, Pablo la observaba. Maira le hizo cariño, le sonrió y se levantó para prender la luz y conectar el termoventilador. La habitación comenzó a abrigarse de a poco, cerró bien la puerta por dentro, y corrió las pequeñas cortinas de las ventanitas, se abrigó y cambió de posición a Pablo para preparar la once, siempre hablándole de cualquier cosa, era fácil conversar con él, eso la hizo pensar en que Estela hizo lo mismo con ella, el tiempo que estuvo en su casa, le hablaba continuamente, quizás para distraerla, animarla, hacerla sentir cómoda o solo por tener con quien charlar, quién sabe, y ella también habló poco, bueno, no era el mismo contexto; ella si podía hablar, aunque no quería decir muchas cosas de su pasado a Estela, pero fue bueno tener a alguien que distrajera sus pensamientos y la enfocara en otras cosas –meditó- sí, sobretodo que la

mantuviera ocupada; y vaya que le estaba sirviendo eso ahora.

Le dio onces a Pablo y luego se comió ella el suyo. No había ya mucho qué hacer a esa hora encerrada en su mediagua; no tenía televisor, ni computador, ni internet; al menos tenía electricidad; peligrosa sí, robada de un poste de alumbrado público, como la mayoría en el campamento, pero al menos la tenía. Era increíble que ahora viviera sin muchas cosas con las que jamás se hubiera imaginado poder vivir; empezando por un baño adecuado.

Hizo orinar a Pablo, y le acomodó el pañal, ya para dormir, le puso otro polerón grueso encima y el gorro y los guantes que le comprara.

-Estos te quedaran mejor –le dijo sonriendo al ponérselos.- mis guantes eran un poco pequeños para tus dedos, y no te veías muy bien con un gorro de mujer, este que usarás ahora es más bonito. -¿Tienes frío? –le preguntó, para cerciorarse que estuviera lo suficientemente abrigado.- movió la cabeza en forma negativa.

Era verdad; se sentía cómodo, su cuerpo estaba cálido, el aparato que daba calor estaba cerca de la cama y era agradable; quizás está era la primera noche que recordaba, desde que su tío lo había traído, que no sentía frío en ninguna parte de su piel. No sentía Frío, ni hambre, incluso el dolor y la picazón de su cuerpo habían aminorado bastante; incluso ahora podía sentir mejor sus pies, mover sus dedos; no sabía qué era, pero las atenciones de aquella preciosa chica; ese ángel que lo cuidaba, estaban haciendo efecto; se sentía mejor.

-Estoy pensando en que sería bueno que tuvieras una silla de ruedas. Podría sacarte a pasear, o al menos a que respirarás un poco de aire fresco. –Le comentó Maira sentada a su lado acariciándole las manos enguantadas. Pablo abrió sus ojos con grata sorpresa; ¡salir! Hacía años que permanecía encerrado en un lugar u otro. Ya apenas recordaba lo que era salir, ver más cosas que lo que hay dentro de una casa. Su corazón se llenó de pronto de esperanza, tal vez ella lo llevaría a pasear; aunque fuera una vuelta por la calle, no importaba, pero estar afuera, oh sí, anhelaba salir.

-Además, así no tendrías que estar en la cama tanto tiempo; creo que te haría sentir mejor ¿Te gustaría? –le preguntó y él asintió ansioso con sus ojos brillando de esperanza.

Poco más tarde, Maira acomodó una toalla sobre la sabana, por si acaso se pasara el pañal en la noche. Lo acomodó, preguntándole cómo prefería dormir si de costado o de espaldas, y después de dejarlo cómodo con las almohadas y a la vez un poco temerosa de que se fuera a caer al tener que acomodarlo un poco hacia el costado para poder dormir ella también, se lavó los dientes, se puso el pijama con rapidez, un poco

incómoda de tener que desvestirse frente a él, prendió la linternita del velador y apagó la luz. Se acostó con cuidado a su lado, no quería lastimarlo, le dio las buenas noches y apagó la linterna. Se acomodó, pero escuchó que Pablo hacía un quejido suave, reprimido. Le tocó el brazo y parecía tenso bajo la ropa, se sentó en la cama, prendió la linterna y lo observó.

-¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? -le preguntó, pero él no contestó ni sí, ni no; su rostro tenía una expresión temerosa, y parecía que se pondría a llorar en cualquier momento. -¿Qué ocurre? ¿Te duele algo? ¿Quieres hacer caca? -le preguntó sin saber qué le pasaba, él no contestaba. Entonces fue como si de improvviso se diera cuenta: -¿Te da miedo la oscuridad? -Él asintió con timidez.-Lo siento. Debí imaginarlo. -Dijo Maira con culpa.- Dejaré la linterna prendida ¿De acuerdo? -Él asintió- Y yo estoy aquí a tu lado, cuidándote. Aquí estás seguro ¿Me crees? -Él asintió nuevamente y dio un suspiro profundo y su cuerpo se relajó. Odiaba la oscuridad; le temía, el encierro provocaba eso. Pronto ambos se durmieron tranquilamente.

En las mañanas siempre helaba, y ahora que el clima ya estaba cambiando hacía, a veces, incluso más frío. Maira se despertó algo desorientada, en ocasiones le pasaba, más cuando se vio a sí misma apegada al cuerpo de él. Pablo aún dormía. Se levantó con cuidado de no despertarlo, y fue a los baños comunitarios para hacer sus necesidades. Se lavó y se puso a preparar el desayuno. Pablo despertó y la buscó con la mirada, observándola embelesado, mientras ella calentaba el pan y la leche.

-Despertaste. Buenos días. Te lavaré tu carita para darte el desayuno ¿Está bien? -le dijo Maira sonriente cuando se volteó para vaciar la leche en la taza que estaba en la mesa. Pablo asintió.

Lo hizo orinar, lo lavó, y le dio el desayuno. Luego le lavó los dientes y sólo entonces apagó el calefactor, y lo puso en su rincón. Se puso a asear su mediagua y dejar todo muy limpio y ordenado, como eran pocas cosas, no demoraba mucho. Al terminar se preparó para salir.

-Tendrás que quedarte solo por un rato. -Le dijo- Iré a ver lo de la silla de ruedas -le explicó sin querer decirle que se la iba a comprar, claro si encontraba dónde las vendieran. Él asintió, aunque no deseaba quedarse solo, ¿pero qué podía hacer? -Te dejaré la radio puesta para que te haga compañía.

Enchufó la radio y la prendió en una emisora de baladas románticas, y la suave melodía de Luis Fonsi cantando aquí estoy yo llenó toda la habitación, y por instantes pareció envolverlos a ambos en una desconocida y profunda emoción mientras se miraban el uno al otro y se

comunicaban sin palabras. El instante pasó y Maira volvió a la realidad.

-Te traeré algo rico de comer de regreso. -le dijo a modo de recompensa, para calmar su culpa de dejarlo sin nadie que lo cuide.

En la puerta de su mediagua se quedó paralizada ante el pensamiento de si echar o no candado a la puerta con él adentro. Era peligroso dejarlo encerrado solo; podría haber un incendio, o un accidente y sería catastrófico, y por otro lado, al dejarlo con la puerta junta, cualquiera podría entrar, y quizás también hacerle daño, por ejemplo, Margot. No sabía qué hacer. Después de pensarlo un minuto, llamó a la puerta de Teresa su vecina, y le pidió que se diera una vuelta para verlo, pues lo dejaría solo y la puerta sin candado.

Se fue un poco temerosa de cómo lo estaba dejando y pensó en cómo encontrar una tienda de venta de esas cosas de salud. Decidió pasar por un ciber que había unas cuadras más abajo, para averiguar por internet alguna dirección. Esto dio resultado encontró un par de tiendas cerca del hospital, tomó locomoción hacia allá y le fue bien: encontró lo que buscaba, además de que el vendedor, se notaba que sabía sobre el tema, y le explicó muchas cosas y le preguntó algunas otras para que ella supiera cual tipo de silla era la que más le servía para la condición de Pablo. Eligió una que podía llevarse en el momento, pues la tenían en stock, la pagó y además descubrió otras cosas necesarias, incluida una chata plástica, como las que usan en los hospitales, y unas almohadillas de silicona para evitar las rozaduras de los talones y las escaras de esa zona. Había otras cosas más, pero ya no le alcanzaba el dinero. Sería para una próxima vez. Llevarse la silla al campamento, costó un poco; tuvo que esperar pacientemente a que un chofer de colectivo, de la línea que le servía, quisiera llevarla. Finalmente regresó a su mediagua, contenta de poder darle alivio a Pablo con la silla de ruedas.

Pablo estaba exactamente igual como lo había dejado. Lo saludó, le mostró la silla y le pareció ver a ella el asomo de una sonrisa en sus labios. Pero dejando de lado sus compras, le dio de beber agua, y lo tuvo que mudar por que se había defecado. Le preguntó si quería sentarse en la orilla de la cama un rato y él aceptó. Lo incorporó y cada vez parecía sentir menos mareos, y sentirse más seguro de estar sentado, y ella parecía cada día volverse más hábil al movilizarlo. Puso cojines tras de él y aprovechó para masajear su cuerpo e ir moviendo suavemente sus articulaciones, que ya no se sentían rígidas como antes; podía mover mejor los dedos de las manos y los brazos y movía los dedos de los pies y muy débilmente sus piernas, eso le demostró a Maira que él no estaba paralizado, podía sentir su cuerpo, pero seguía sin saber qué era lo que tenía.

Maira le ofreció a comer un chocolate, que le había comprado, y a él le brillaron los ojos con entusiasmo, como si fuera un niño pequeño, y se

empezó a saborear inmediatamente con ansias; ella se lo partió en trozos pequeños y le fue dando en la boca uno por uno. Él los comió rápido, con deleite, y ella lo observó impresionada del deseo con el que comía. Hacía mucho, mucho tiempo que no tenía el agrado de comerse un chocolate, y su sabor le recordaba a su infancia, –pensaba Pablo- a su mamá y a su papá, que ahora eran apenas recuerdos borrosos en su mente; un tiempo de felicidad que parecía mítico, casi inexistente.

Luego del chocolate, Maira volvió a recostarlo en la cama, acomodándole, las sábanas, la toalla que había dejado sobre la sabana inferior a modo de sabanilla, y las mantas de la cama. Puso las almohadas, esta vez levantando un poco sus piernas y otras debajo de sus brazos –era así más o menos lo que recordaba de su tiempo en clases de enfermería. – Lo observó un momento, haciéndole cariño en la cabeza y volvió a sus quehaceres. Fue a cocinar, pero le conversaba de tanto en tanto, acercándose para preguntarle si necesitaba algo, si tenía sed, o ganas de hacer pis.

Mientras se cocinaba la comida, le dio a comer un yogurt; Pablo estaba muy delgado tendría que hacer que subiera de peso.

Rose apareció por la tarde, después de que hubieran almorzado. Conversadora como siempre, estaban las dos acomodadas en la cama sentadas cerca de Pablo, y Jerry, el bebé de ocho meses de Rose, estaba sentado sobre la cama jugando cerca de los pies de Pablo. Ellas hablaban como típicas adolescentes, como si por un momento olvidaran la dura vida que llevaban y todo lo que habían pasado en sus cortos años y fueran solo unas jovencitas más charlando animadamente de la vida y sus esperanzas para el futuro. Pablo las escuchaba con atención, no podía unírseles a la conversación, salvó cuando le preguntaban algo que él solo podía afirmar o negar con su cabeza, pero en sus pensamientos también meditaba sobre lo que ellas hablaban, y por primera vez en años, se vio pensando con un leve sentimiento de esperanza en el futuro; pero su futuro era incierto, lo único que deseaba en ese momento, era que ese futuro siguiera siendo al lado de ella; la hermosa y bondadosa señorita que lo había rescatado del profundo infierno en el que se encontraba hasta hace poco.

Maira fue a comprar al almacén por la tarde, y Rose se quedó un momento con Pablo. Al regresar Maira se encontró con Estela, la que fue con ella para conocer al nuevo amigo que la muchacha hospedaba.

-Cuando venga la enfermera del hospital, voy a hablar con ella para que se dé una vuelta por aquí y lo vea –dijo Estela, después de haber conocido a Pablo y haber conversado un rato sobre las condiciones en las que estaba el muchacho.

-Sería bueno, pero igual me da miedo, que la Margot se entere y se enoje, o que en el hospital se lo lleven y lo dejen en algún lugar de esos que

salen en la tele, donde quedan quienes están enfermos y sin familia.
-replicó con aprehensión.

-No seas tonta. No se lo van a llevar si tú lo estás cuidando bien. Además, acá nunca hay camas en el hospital, ni cupos en los hospicios; así que no te preocupes por eso, pero hay unas enfermeras que se asoman de vez en cuando a visitar a los que están postrados en cama, y eso te podría servir, claro, que parece que es más para los ancianos, pero tal vez te puedan enseñar a cuidarlo mejor, qué se yo. Acá hay una señora que es inválida y la vienen a ver cada tanto. -intentó convencerla.

-Sí. Está bien, si es que logras que vengan a verlo, las recibiré.
-respondió con recelo.

-Bien. Me voy. Nos vemos otro día. -Dijo despidiéndose- Chao Pablo; por lo visto tienes una buena enfermera aquí. Maira es buena persona, estarás bien a su lado. -le dijo acariciando sus manos. -chao niñas. Maira, Rose.

Las muchachas se despidieron de Estela, y pronto también Rose se fue con su bebé a su casa.

-Las visitas se han ido; ahora vamos a tomar onces tú y yo. -Le dijo Maira a Pablo. -Compré roscas en el almacén; mi abuela las hacía y me encantaban.

Maira preparó los alimentos y cuando tenía todo listo en la mesa, se le ocurrió una idea.

-Pablo... ¿Te gustaría intentar tomar la onces sentado en la cama? Tal vez así puedas comer con más comodidad. -Él afirmó con la cabeza, y ella se dispuso a acomodarlo para dejarlo sentado al borde de la cama. Le puso una manta sobre las piernas para que no se helara y otra sobre los hombros y almohadas tras de él. Y luego que lograra permanecer sentado solo, lo dejó un momento, para prender el calefactor cerca de él y para poner una silla cerca, y sobre ésta, la leche caliente, un sándwich y las roscas en un plato, para alimentarlo.

-Espero que la leche no esté demasiado caliente -le dijo, pues aunque no había hervido, humeaba, y era que aún le costaba manejar bien el tema de la cocina, pero se esforzaba. Él bebió y no dio signos de haberse quemado o algo, al parecer la temperatura estaba bien.-¿Roscas o pan, primero? -le preguntó indicando ambas cosas alternadamente, para que él asintiera a lo que quisiera comer primero. Eligió las roscas.

Terminando de darle las onces, le lavó los dientes, rápidamente, mientras él aún estaba sentado y luego lo hizo acostarse, pues lo vio que ya estaba cansado. Volvió a acomodar las mantas en su lugar y las almohadas. Se comió entonces ella lo suyo, y después de lavar la loza y

guardarla, se dedicó a acomodar a Pablo para dormir, lo hizo orinar, le acomodó el pañal, lo abrigó muy bien con el gorro y los guantes, le acomodó las sábanas y la toalla que dejaba abajo como sabanilla, lo acomodó de costado, porque él así quiso, le puso las almohadas entre sus piernas y debajo de su brazo y otra atrás y le acomodó la almohada de debajo de su cabeza, y terminando de arroparlo con las mantas, lo besó tiernamente en la frente, mientras le acariciaba la mejilla con su mano, como si quisiera hacer desaparecer con sus caricias, el moretón que él tenía en su rostro, evidencia de toda la crueldad que había tenido que soportar. Luego también se preparó para dormir, y era la vergüenza de tener que desvestirse frente a él, lo único que le incomodaba. Dejó prendida la linterna colgada de un clavo en el panel de la mediagua al lado de la cama en que estaba durmiendo Pablo, acomodó el termoventilador más cerca de la cama y apagó la luz y se acostó. Y aunque no se pudo dormir durante un buen rato, el ver en la semioscuridad cómo Pablo dormía pacíficamente, le hizo sentir quietud en su propia alma.

Maira se dio un baño corto y austero en el frío cuartucho anexo a la mediagua. Quería ir a dormir a la residencial ese día, pero no quería dejar solo a Pablo toda la noche. Así que tendría que conformarse con ese aseo fugaz, y seguir con el día que tenía por delante. Pablo estaba ya despierto, mientras ella se aseaba, lo cuál sería otro momento incómodo; –pensó Maira.– secarse y vestirse a los pies de su cama donde él estaba acostado; claro ella lo había visto desnudo ya muchas veces, y lo había tocado por todas partes, para asearlo, echarle crema, masajearlo, pero era diferente; ella lo estaba cuidando ¿Verdad? Y por algún motivo sentía vergüenza de que él la viera desnuda o con poca ropa. Podría decirle que cerrara los ojos o mirara a otra parte, pero no quería ofenderlo, lastimarlo o hacerle daño de alguna forma con sus palabras. De todas formas él siempre estaba viéndola, a todas horas, y bueno, acostado allí, sin más entretención, qué más podía hacer. Trató de apaciguar esa extraña sensación, mezcla de vergüenza y timidez, al dejar que él la viera solo con una toalla alrededor de su cuerpo y entró para terminar de vestirse junto a la cama. Se echó crema rápidamente, y se vistió en silencio, sin hablar, consciente de que él la estaba mirando, probablemente inocentemente, pero no le quitaba los ojos de encima. Solo al empezar a secar su cabello con el secador, volvió a entablar conversación con naturalidad; la fase incómoda, había pasado.

Después del baño continuó con su rutina de atenderlo, mudarlo, lavarlo y desayunar. Tuvo que dejarlo solo nuevamente, esta vez para ir al cajero a retirar más dinero; era una lástima que sólo le dejaran retirar doscientos mil pesos por vez, aunque tal vez era mejor así, que cargar peligrosamente con el millón de pesos en efectivo que era su subsidio mensual. Y aunque podría retirar más dinero por caja, no estaba dispuesta a hacer horas de cola para ello.

Aprovechó de pasar por el supermercado por provisiones; no podía comprar muchas cosas, la falta de refrigerador las descomponía, así que debía usar productos enlatados o que no se descompusieran con facilidad. Le compró algunos jugos en cajitas para Pablo, de los que traen vitaminas adicionadas. Pensó que él necesitaría, vitaminas, minerales y esas cosas, pero no podía darle suplementos por cuenta propia sin que lo viera un médico o alguien que supiera; era cierto él necesitaba atención médica, y ella no sabía cómo solucionar eso, siendo menor de edad, y además temiendo a las amenazas de Margot; ella podría llevárselo de vuelta y lastimarlo de nuevo, de sólo pensar en ello se le apretaba el corazón. Lo único que deseaba en ese instante, más que cualquier cosa, era no ver a Pablo sufrir de nuevo, por el hambre, el frío o los maltratos; incluso, en ese momento, lo deseaba más que su continua desesperación porque pasara el tiempo y hacerse cargo de su herencia, y aunque sí, seguía pensando en eso; le encantaría utilizar parte de ella en ayudar a que Pablo se sanara y estuviera bien; increíblemente ese chico, se le había metido bajo la piel.

Regresó al campamento, pero antes se detuvo en el ciber que había un poco más abajo, quería ver algunos videos de enfermería en youtube para cuidarlo mejor. Estuvo apenas media hora y se fue a su mediagua. Luego de darle de beber agua a Pablo y hacer que se sentara en la cama, nuevamente, un rato, lo volvió a recostar cambiándolo de posición. De ahí se puso a cocinar, y mientras la olla hervía, aseó y ordenó un poco el lugar, pero no era que estuviera desaseado. Luego fue a darle un yogurt; él necesitaba calorías.

Por la tarde después del almuerzo, volvió a hacer que se sentara, ahora ya casi no sentía la sensación de mareos y podía estar más firmemente sentado en la cama, como si lentamente estuviera recuperando un poco sus fuerzas. Maira abrió la silla de ruedas, que aún estaba plegada, la acercó a él y le puso el freno. Levantó el apoya pies y retiró uno de los apoya brazos, y respirando profundo le dijo a Pablo que intentaría pasarlo a la silla de ruedas. Intentando seguir las indicaciones que aprendiera en el video que había visto, se acercó a él para intentar movilizarlo. Lo cierto es que Maira tenía mucho miedo de que Pablo se le cayera y se golpeará en el suelo, pero Pablo se veía ansioso, y en realidad, para él era esperanzador poder salir de la cama lo antes posible. Maira se acomodó frente a él poniendo su pie izquierdo entre sus piernas, y girando un poco su otro pie hacia donde lo iba a girar a él, para sentarlo, lo tomó por debajo de las axilas, abrazándolo y le preguntó si él podía poner sus brazos sobre sus hombros, apoyándose en ella, él lo hizo con un poco de esfuerzo y trató de sujetarse por detrás de la espalda de ella, Maira lo levantó, girándolo un poco y aunque sentía que tambaleaba un poco con él, logró depositarlo sentado en la silla. Lo acomodó tomándolo por debajo de los brazos por atrás de la silla y le acomodó los pies en los apoyos, y volvió a colocar el apoya brazos que había retirado, acomodando sus brazos suavemente sobre estos. Pablo la miraba ansioso,

quizás esperando un paseo, pero Maira le hizo un gesto con la mano de que esperara un momento, se sentó en la cama y respiró. Temblaba, aún se sentía nerviosa de temer botarlo al hacer la maniobra; necesitaba recuperarse un poco antes de intentar sacarlo en la silla. Después de un par de minutos, se levantó, le puso una manta de polar sobre sus piernas y le sacó el freno a la silla.

-¿Quieres salir? -le preguntó. Él asintió deseoso. Sus ojos brillaban.- Tendrás que tenerme paciencia si no conduzco muy bien. -le dijo bromeando una sutil advertencia al no saber si podría maniobrar bien la silla de ruedas. "Usa el sentido común", se dijo para sí, intentando mover la silla lentamente.

Abrió la puerta de la mediagua y pensó que a él le daría frío, por lo que antes de sacarlo lo abrigó con otro polerón, y el gorro y los guantes y con torpeza sacó a Pablo de la mediagua, para que estrenara su nueva y flamante silla de ruedas y disfrutara un poco de la calle, aunque no era muy bonito el aspecto del lugar. El esposo de teresa, su vecina, la vio como le costó sacar la silla de la mediagua, por el desnivel que había entre la mediagua y el terreno.

-Vecina. Necesitas poner algo que te sirva de rampa, para que no te cueste tanto entrar y salir con la silla. -le dijo.

-Parece que sí. -Respondió- Aunque no es tanto el desnivel.

-Pero igual te va a costar más, sobre todo cuando el suelo esté barroso. Yo te puedo ayudar; no me cuesta nada hacer una pequeña base de madera para que la pongas delante de la puerta.

-Pero no tengo madera, aquí, ahora. Tendría que comprarla mañana.

-Yo la consigo, y te la dejo instalada.

-Bueno; y de ahí me dices cuanto te debo por el trabajo.

-Dame lo que puedas, no más; si lo hago más por ayudarte.

-Ya. Bueno. Gracias.

-¿Y cómo está tu amigo? -Le preguntó, apuntando a Pablo. Era obvio que la curiosidad se lo comía.

-Está mejorando. -Respondió algo incómoda.

-Aquí nadie tenía idea que la Margot tenía un niño en su casa; nadie sabía, hasta que el Malloco nos dijo que te lo habías traído de su casa, porque la loca le pegó. -Dijo apuntando al moretón aún visible en el

rostro de él.

-Disculpe. Pero Quiero aprovechar la tarde para darle un paseo. –Maira se sentía molesta por saber que tanto ella como Pablo andarían de boca en boca por el campamento; tenían que ser tan chismosos; ya bastaba con el título de puta fina que le habían colgado, ahora quizás qué cosas dirían.

-Ya. Anda no más, al regreso nos vemos. –dijo a modo de despedida. Y ella frunció el ceño sin que él la viera; que patudo era.

Hizo avanzar la silla de ruedas por el camino de tierra, enfocándose en llevar bien la silla y evitar baches, mientras le hablaba de lo que se le ocurría, como la gente que vivía allí. Avanzó entre las mediaguas, y cabañas de material ligero, lo paseó por varias calles del campamento, hasta bajar un par de cuadras por las viviendas sociales hasta una pequeña plazoleta. Ahí se sentó con él un rato, para que mirara alrededor. Pasó una colombiana gritando “papas rellenas y arroz de leche”, con un carrito arrastrando con lo que vendía. Maira le compró arroz de leche, como ellos lo llaman, y se lo dio a Pablo con la cuchara desechable que la mujer le proporcionó. Media hora después empezó a subir con él hacia el campamento; eso costaba más, ya que se hacían empinadas las calles entre más cerca estaban de los faldeos de los cerros. Se metió de nuevo por entre las humildes casitas del campamento y regresó a su cabaña, por el mismo sitio que se fue. Al llegar, el esposo de Teresa ya tenía instalada la pequeña rampa delante de su puerta, estaba terminando de adosarla para dejarla fija.

-¿Ves? Te dije que soy rápido. –le dijo con orgullo.

-Ya veo. Gracias ¿Cuánto te debo?

-No sé. Lo que me des. –respondió rascándose la cabeza, parece que en realidad sólo lo hacía por ayudar.

-Es que no sé cuánto pagarte. –le dijo Maira avergonzada, en realidad no tenía la menor idea de cuánto se pagaba por esos trabajos; podía darle muy poco y que se ofendiera o mucho y que él la mirara como engreída o loca o pituca, o cualquier cosa semejante.

-¿Cinco mil te parece bien?

-Por supuesto –respondió aliviada.

-Cualquier cosa, sólo avísame si me necesitas. –musitó en voz baja, poniendo pose de metrosexual, mientras jugaba con el martillo entre sus dedos. ¿Le estaba coqueteando? Porque eso parecía, se dijo molesta.

-Gracias. Lo tendré en cuenta. –disimuló la incomodidad que aquel hombre le producía y entró en la mediagua y cerró la puerta por dentro. Observó a Pablo y también estaba con el ceño fruncido, por lo visto, ella no era la única a la que le había desagradado aquel tipo.

-Hay hombres que son unos pedantes. Qué bueno que tú no seas de esos.
–le dijo Maira a Pablo en tanto acomodaba la silla frente a la cama y comenzaba a hacer la maniobra para pasarlo de nuevo y acostarlo.

-¿Estás cansado? –Le preguntó y él asintió. Con dificultad y un poco de miedo lo pasó a la cama. Y se la quedó mirando con una expresión indescifrable.

-¿Qué sucede? Pensé que estarías contento de haber salido. ¿No te gustó el paseo? –Pablo asintió sin entusiasmo.- ¿Te gustó? –quiso confirmar su respuesta y él volvió a asentir.- ¿Entonces qué ha pasado? ¿Te sientes mal? ¿Te duele algo? ¿Te he lastimado al moverte en la silla? –él negó a todo, pero sus ojos mostraban profundos pensamientos; algo pasaba por su mente, algo que no podía expresar; que no tenía como dar a conocer, si solo pudiera hablar, tal vez le diría lo que había en su corazón en ese momento.

-¿Estás triste? –Le preguntó Maira sin estar segura de qué tenía. Él asintió. Se sentía mal consigo mismo; sentía rabia, frustración de tener que estar en esa condición, totalmente inútil, siendo una carga para ella; y es que le encantaba que lo cuidara, pero se daba cuenta que todos lo verían simplemente como un estorbo en su vida o un muñeco al que hay que atender, pero que no tiene emociones o sentimientos. Lo notaba en algunas de las expresiones de las amigas de Maira. Lo notó con ese hombre; ¿Por qué sentía tanta rabia hacia ese desconocido? Era como si algo le mordiera las entrañas al ver cómo se comía con los ojos a Maira; cómo se hacía el lindo con ella. ¿Por qué se sentía molesto con las personas que rodeaban a Maira? Especialmente ese hombre... y no podía hacer nada para evitar que él le hablara o la mirara.

Maira lo acomodó en la cama y se recostó un momento a su lado acariciándolo y hablándole tiernas palabras; amorosas palabras; eso lo calmó, cuando ella lo llamó "cariño", sintió que su corazón se agitaba y que un sentimiento dulce lo inundaba, lo llenaba; una emoción fuerte, diferente a cualquiera que hubiera experimentado. Ella era lo que necesitaba para calmar todo lo negativo que había en su interior. Ella era su esperanza.

Más tarde, Maira siguió realizando quehaceres, y se iba a poner a preparar la once cuando un viento salió quizás de donde, muy fuerte, y comenzó a golpear las frágiles estructuras, provocando mucho ruido al golpear las calaminas de los techos y de algunos cierres aldaños, unos minutos después se cortó la electricidad. Maira encendió la linterna al lado

de Pablo y prendió unas velas sobre la mesa. La tierra se metía por todos los resquicios abiertos y junturas que podía. En eso llamaron a la puerta, era Estela que venía a decirle que habían avisado que era un temporal de viento y que probablemente duraría toda la noche, que tuviera cuidado al salir, por las calaminas que se vuelan, que mejor se quedara adentro hasta que pasara, le dio el aviso y se fue de inmediato.

Cómo pudo e intentando calmarse, hizo la once y manteniendo tapados los tazones por el polvo, alimentó a Pablo y comió ella. Tuvo que dejar la loza sucia en una palangana, y solo se dedicó a mudar a Pablo y acomodarlo lo mejor que pudo. Se puso ella su pijama y se acostó al lado de él. Sin el termoventilador ésta iba a ser una noche fría y con el viento ruidosa y tenebrosa. Instintivamente se apegó a él más de la cuenta; sentía miedo y no tenía a nadie para que la contuviera; pero en eso sintió la mano de él moverse, la miró y suavemente le apretó su mano con la de él; era la única forma que él tenía de tranquilizarla y apoyarla, para aminorar su miedo, y sólo eso bastó, ella apoyó su cabeza en el hombro de él y de pronto parecían respirar al unísono, acompasados, fundiéndose una respiración en la otra, en silencio, solo en medio del ruido que producía el viento afuera, azotando todo lo que encontraba a su paso. Se quedaron así mucho rato, despiertos, escuchando sus respiraciones, hasta que ella se reacomodó dándose cuenta que lo lastimaría al estar con su cabeza sobre él, lo miró con dulzura y le sonrió suavemente.

-Gracias. -le dijo.

Las horas pasaron y Maira se durmió. Pablo pudo dormir poco, el ruido no lo dejaba. Casi al amanecer, se calmó algo el viento, pero se puso muy, muy helado, y ella dormida, se acurrucó a su lado abrazándolo y dejando su rostro casi encima del suyo, al punto que podía sentir su aliento. Si solo se estiraba un poco con su cabeza podría besarla -pensó-, pero no quería hacer nada que pudiera despertarla. Además, no sabía si a ella le gustaría que él la besara, y tampoco había besado a nadie, de ninguna forma; solo a su madre, en un lejano recuerdo de su niñez. Esta mujer, esta joven le producía cosas que no entendía que era; algo dulce y a la vez terrible, como estar en el cielo, pero colgando de un precipicio al mismo tiempo. Y su cuerpo también evidenciaba como la cercanía, aroma y aliento de ella lo afectaba; el estrecho contacto hizo que una vez más su miembro se pusiera duro hasta doler. Era la tercera vez que le pasaba; la primera cuando ella se acostó a su lado para darle calor en casa de su tía, la segunda cuando la vio vestirse frente a él luego de su baño y ahora. Internamente entendía que ella no debía enterarse de eso, como si fuera un pecado bochornoso o una grave falta contra quien lo estaba cuidando con tanto esmero. Sentía que ella podía incluso enojarse y dejarlo solo si lo descubría, pero no controlaba esa parte de su anatomía; aunque, una vez más, el miedo a ser descubierto, tenía una función útil, para volver a su miembro a una posición normal. ¿Qué era lo que ella le hacía que hasta su cuerpo le respondía de una manera que no

había antes experimentado? ¿Era sólo sus tiernos cuidados? Pero si hasta su aroma lo embriagaba... Ella se estaba volviendo su mundo, su universo, su todo. No quería nada más.

Pablo se la quedó mirando mucho rato más, pensando, en todo los sucesos de los últimos días; desde que ella había entrado en su vida, como un ángel que vino a rescatarlo de su sufrimiento y aunque sabía y entendía lo que decían de ella... su tía y Rose, le costaba creerlo; él no la había visto en nada de eso; para él ella era una santa sin importar los comentarios de otros.

Capítulo 8

Capítulo 7: un oficio de mentira que en verdad duele.

Cuando Maira se levantó por la mañana, el viento había cesado, pero el polvo estaba cubriéndolo todo y afuera se sentía el bullicioso trajinar de la gente que intentaba evaluar los daños y rescatar de lo que se había dañado lo que se podía, además de volver a asegurar los frágiles cierres de sus viviendas y las débiles paredes que las constituían a muchas de ellas, que estaban hechas de lo que fuera que tuvieran a mano en el momento de ser construidas. Las mediaguas soportaban bien el viento, salvo por las techumbres de calaminas, que se enroscaron algunas y se volaron otras por quedar mal puestas, y el polvo, que al no tener cielo bajo la techumbre, se colaba por doquier.

Ese día fue de mucho movimiento, de aseo, limpieza y volver a dejar todo como antes. Maira dejó a Pablo en la silla de ruedas, después de asearlo y alimentarlo y comenzó a limpiarlo todo. Él la observaba con devota admiración.

Un poco más tarde llegó gente del municipio al sector para ver cómo estaban las personas del campamento. Y por la tarde, llegaron con algo de ayuda en materiales de construcción, para los que habían tenido más pérdidas. Maira no tuvo grandes perjuicios, salvo la capa de polvo sobre todas las cosas dentro de su mediagua y un par de calaminas sueltas en el cuartucho anexo. El viento era común en esa época del año y la gente sabía cómo resolver sus problemas por sí mismos, aunque para Maira, nada era habitual, y tenía que aprender en el día a día de la nueva vida que llevaba.

Estuvieron dos días más sin electricidad, hasta que volvió a aparecer la persona que les ayudaba a “colgarse” del alumbrado público para robar electricidad, y volvió a conectarlos. También llegó más agua, pues a algunos se les había ensuciado y esa semana el camión aljibe vino una vez extra a lo usual.

El día que contaron de nuevo con electricidad, Maira pensó en poder ir a dormir a la residencial; realmente estaba cansada y con la necesidad de un buen baño, el que no podía darse allí, y de usar un inodoro como corresponde. Desde que tenía a Pablo viviendo con ella, hacía casi una semana, que no había ido, y ya estaba desesperada por poder estar aunque fuera una noche durmiendo mejor: Una cama para dos, sobre todo con un chico que dado su estado necesita algo de espacio, era agotador; Maira tenía que dormir prácticamente en una orilla, siempre con cuidado de no moverse demasiado, para no quedar encima de él, aunque

dormida instintivamente se acurrucaba a su lado sin poder evitarlo. Cuidar de él era una tarea dura, pero siempre aceptaba los desafíos a los que se encontraba, y esta no iba a ser la excepción. Además, no podía ni quería abandonarlo; él la necesitaba, dependía de ella y con solo recordar eso, y ver como ahora se veía más tranquilo, cómo sus gestos de dolor desaparecían y como el miedo abandonaba poco a poco su mirada conforme pasaban los días, le daba a ella la fuerza para seguir cuidándolo lo mejor que le era posible en esas precarias condiciones. Pero si quería seguir, necesitaba reponerse, y eso significaba, tener que dejar a Pablo una noche solo en la mediagua. Le producía temor dejarlo, podría pasarle cualquier cosa, pero si no lo hacía no tendría las fuerzas suficientes para seguir ayudándolo. La residencial era su escape, su noche libre, y también la excusa perfecta, que aunque le había colgado un cartel de mujerzuela, al menos, le proporcionaba el poder hacer creer que tenía un "trabajo" para generar ingresos y así usar el dinero de su mensualidad, sin que nadie sospechara demasiado. Pero por otra parte, también le provocaba la inseguridad de que algún hombre quisiera abusar de ella por ese título. Y ahora que estaba Pablo en su vivienda, otro temor se le sumaba... ¿Qué creería él de lo que ella, supuestamente, hacía? ¿Lo entendería? ¿Le importaría? ¿Y por qué a ella le importaba lo que él creyera o pensara de eso? Realmente en su fuero más interno no quería que él la viera cómo a una prostituta, porque no lo era, y porque él era la única persona a la que ella había tocado su cuerpo en toda su vida, y aunque no en un contexto sexual, pero sí le hacía sentir cosas cada vez que lo sentía en sus manos.

Esa noche, mordiéndose la culpa y sintiendo vergüenza de tener que mentirle a él también, le dijo que iría a "trabajar", que estaría toda la noche afuera, y llegaría temprano en la mañana. Se fue más tarde de lo que acostumbraba. Lo dejó acomodado en la cama, con las almohadas, bien abrigado, con el calefactor encendido y la linterna puesta a su lado para que no estuviera en completa oscuridad. Y armándose de valor antes que se arrepintiera de irse, como recordando quien era ella en su individualista vida del pasado que dejó atrás, salió de la mediagua, y con lágrimas en los ojos le echó el candado a la puerta. A cambio de una buena noche de sueño y descanso, lo estaba dejando solo y encerrado; no se sintió mejor que Margot en ese momento; estaba haciendo lo mismo que hacía ella. Pero tenía que ser fuerte para sobrevivir, tenía que enfocarse en su objetivo: mantenerse escondida en esta vida falsa hasta que cumpliera los dieciocho, cobrar su herencia y volver a la comodidad que le proporcionaba una buena situación económica. "Sólo nueve meses más", "sólo nueve meses más" –se repetía, mientras caminaba hacia la calle en donde tenía que tomar la locomoción- "Tengo que pensar en mí, en mis planes, en mis objetivos. Enfócate Maira. Enfócate. Puedes ayudar a Pablo, pero tienes que ayudarte a ti primero..."

Su cuarto en la residencial, estaba abrigado y cálido. Pero lo primero que quiso fue una larga ducha con agua caliente y lavarse muy bien, por todas partes, sacarse el polvo, la falta de buen aseo y la

sensación a campamento. Como acostumbraba, después del baño, se puso a ver tv acostada en la cama, pero sus pensamientos no la dejaban concentrarse en lo que veía, sólo la imagen constante de Pablo venía a su mente y cómo había sido capaz de dejarlo solo. "En la vida hay que hacer sacrificios" Se recordó, citando palabras de su amada Mamá; cómo desearía que ella estuviera aún con vida, la extrañaba demasiado. Maira dejó que sus lágrimas corrieran, una vez más, ya no por el imbécil de Edgar, ni por la traición de su Padre, sino por Pablo, y por lo sola que se sentía; por lo mucho que añoraba a su familia: su verdadera familia; su mamá y su abuela y su carismático abuelo, que tantos momentos graciosos le dejó en su memoria; todos ellos eran gente que la amaban de verdad, que la formaron y le dieron los mejores años de vida que ella recordaba.

Al día siguiente, se levantó muy temprano, se sentía más descansada, repuesta. Se bañó de nuevo. Fue al cajero para hacer un giro y aunque se moría de ganas de comer bien en un restaurante, y pensó en ir a desayunar a alguno; la idea de Pablo sólo en la mediagua la retuvo, por lo que sólo pasó por el supermercado, para comprar algunas cosas y regresó al campamento.

Al meter la llave al candado, en su mente la frase "qué esté bien" venía a ella involuntariamente, trayendo de nuevo culpa a sus emociones.

Pablo estaba despierto. La observó al entrar y su expresión era indescifrable, Pero todo estaba igual como ella lo había dejado al irse, la linterna apenas funcionando, las baterías se agotaban, aunque a esa hora ya no era necesaria. El calefactor daba su suave ruido y mantenía la habitación lo suficientemente abrigada.

Maira saludó a Pablo y le dio un beso en la mejilla, pero le pareció que él se tensó al recibirlo, aunque tal vez fue sólo su idea, o tal vez estaba molesto por haberlo dejado sólo. Lo cierto es que él se sentía confundido; el pensar en ella estando con algunos hombres, durante la noche, haciendo quizás qué; tocándolos, besándolos, lo estremecía; lo hacía sentirse mal. Ella realmente era una prostituta; cómo su tía y su prima, aunque no había llegado con aroma a alcohol y a cigarros, ni de mal humor; pero tal vez ahora solo iba a dormir y también lo dejaría de lado, como a lo que estaba acostumbrado con Margot. Las emociones negativas volvían a su cabeza arrolladoramente; por un lado unos celos, abrazadores e injustificados, y por otra, el temor de volver al abandono y al maltrato.

-Te atenderé, -le dijo con una sonrisa culpable- y luego vamos a desayunar; traje algunas cosas ricas del supermercado; te gustarán.

Más tarde, lo sacó en la silla de ruedas a pasear, quizás para inconscientemente compensar el hecho de haberlo abandonado toda la

noche. Lo llevó por las casitas de la población aledaña al campamento y se sirvieron un vaso de jugo de frutas natural en un local que encontraron. El jugo de Mango que eligieron, estaba delicioso, y Maira se dio cuenta que él bebía mucho mejor con una bombilla. Allí también vendían almuerzos, y Maira tuvo la idea de darle a comer algo más apetitoso que sus comidas de cocinera novata.

-¿Puedes comer de todo, verdad? -le preguntó un poco dudosa, pensando en que si él llegaba a enfermarse más por algo que comiera no sabría qué hacer. Él asintió observándola interrogativamente.

Maira se animó, y pidió dos porciones de pollo con papas fritas y mayonesa, y le fue dando de comer, mientras ella comía también lo suyo. Pablo estaba en la gloria con esa comida ¿A quién no le gusta ese plato? Si es el manjar de los niños y de los adultos. Y poder tener un plato entero de esa deliciosa comida sólo para él fue un deleite. Maira lo miró y le pareció ver el fantasma de una sonrisa en su rostro. "Está disfrutando su almuerzo" -pensó con ironía, a sabiendas de que la cocina no era su mejor talento y de que a él no le quedaba otra que comer lo que ella le daba; quizás si él hablara le diría una o dos cosas acerca de los platos que ella preparaba. Se ríó para sí misma.

Rose apareció por la tarde, a la hora de tomar once, Maira la invitó a tomar el té y se quedó a hacerles compañía un buen rato. Cuando Rose estaba allí, Maira sentía que podía volver a tener su edad: diecisiete. Olvidarse de todo lo que la rodeaba y comportarse como una adolescente más. Eso le hacía bien.

Una tarde, dos días después, apareció Estela con una mujer de Azul y una de blanco; una doctora y una enfermera; eran del hospital y las había convencido para que fueran a echarle un vistazo a Pablo, mientras se las encontró visitando a una paciente del campamento.

Ellas hablaron con Maira, especialmente la doctora; ya Estela les había resumido brevemente la historia. Las mujeres revisaron al muchacho y este estaba un poco asustado, pese a que ellas le iban explicando lo que harían, Maira también estaba nerviosa y pasaban muchas cosas por su mente en un segundo, desde que se lo llevarían y no volvería a verlo, hasta que Margot se enteraría y podría hasta matarla.

-Tiene un fuerte grado de desnutrición. -dijo la doctora, después de revisarlo.- Y cómo no se sabe cuánto tiempo ha estado así, ni cuál es su diagnóstico, es difícil descifrar las causas; pero podría ser perfectamente por el abandono en el cual ustedes dicen que estaba. -continuó, mirando a Estela y Maira.

-No tengo más información de él que lo que le dije. –susurró Maira.

-Sería importante que se le hicieran exámenes y poder darle un diagnóstico. Es necesario para mejorar su calidad de vida. –Prosiguió la doctora.- Porque aunque se nota que, por el momento, tú lo estás cuidando bien, él puede tener necesidades especiales que no se descubren a simple vista, o deficiencias que hay que saber reconocerlas y manejarlas. Porque tampoco habla, entonces no nos puede decir abiertamente como se siente o que necesita.

-Pero él entiende todo. Asiente o niega con la cabeza, así yo me comunico con él, le pregunto cosas y él responde sí o no.

-Para ser tú tan joven, tienes una mente ágil, y sí, es esa una buena forma de comunicarse con él.-La doctora le hizo algunas preguntas a Pablo, pero él no le contestó, sólo miraba a Maira; también tenía miedo que aquellas personas se lo llevaran y lo alejaran de la única persona que lo había protegido y tratado bien desde que sus padres habían muerto.- Parece que nos tiene miedo –observó la médica- ¿Maira, podrías preguntarle tú, a ver si te responde? –le pidió.

Maira se sentó a su lado y le tomó las manos con dulzura, para calmarlo a él y calmarse ella al mismo tiempo, y le fue repitiendo las preguntas que la doctora hacía, diciéndole al mismo tiempo que no temiera de contestar. Pablo fue asintiendo o negando a cada pregunta que se le hizo, pasando la vista de Maira a la doctora y viceversa, continuamente.

-Al parecer, cognitivamente está bien, aunque más adelante habría que hacerle pruebas más exhaustivas para asegurarnos. Lo que hay que priorizar por el momento, es su estado nutricional, y ver si es eso lo que le provoca la anemia. Es importante que puedas alimentarlo bien, necesita una dieta rica en proteínas, y que sea altamente calórica. Además de necesitar suplementos de minerales y vitaminas.

-Come de todo, y come bien y bastante, al menos desde que está conmigo.-dijo Maira- Pero si hay que comprarle algún alimento especial o vitaminas puedo hacerlo.

-Hay una leche que sería buena que la tomara, pero es cara...

-Puedo costearla. –La interrumpió determinante Maira, mientras Estela le puso una expresión de irónica sospecha.-Necesito saber cómo y qué hacer para cuidarlo mejor.

-Las condiciones en las que viven son muy precarias, y eso no es bueno para alguien en su estado; vas a tener que aprender a cuidar muchas cosas, desde la higiene y su aseo personal, hasta su alimentación y

movilización, si pretendes seguir cuidando de él.

-Yo también me estoy acostumbrando apenas a vivir en un campamento, y si lo hago es porque de momento no tengo otra opción, pero me esfuerzo por mantener aquí todo limpio, Estela me enseñó mucho sobre eso cuando llegué aquí, y soy muy cuidadosa con todo lo relacionado con Pablo. –profirió algo molesta Maira, como si la estuvieran acusando de algo.

-No te ofendas. Veo que mantienes la higiene y él está limpio y abrigado, lo cual habla bien de ti, pero tienes que entender que cuidar a personas en estas condiciones requiere de ciertas técnicas.

-Por eso necesitamos de la ayuda de ustedes y que me digan cómo hacerlo mejor.

-Esa es la idea. Por el momento le voy a recetar la leche de la que te estaba hablando, y suplementos de calcio, hierro, y vitaminas. La enfermera te va a señalar como darle cada cosa, además de aconsejarte sobre aspectos prácticos, de su higiene y de la higiene de la escara que tiene en el sacro.

-Yo compré una crema en la farmacia, se la he echado todos los días, y la herida se ha ido mejorando. –respondió mostrándole la crema.

-Esta crema es muy buena, y muy cara. –replicó con un gesto de extrañeza la enfermera al ver el tubo de la pomada.

-Ya les dije, que puedo comprar lo que sea... ehm, es decir, tengo conocidos que me ayuda... -mintió de pronto, al observar cómo parecían analizarla las mujeres; Maira no quería que nadie supiera que era adinerada. Pero Estela, siempre molesta por el "oficio" de ella le puso una expresión que decía: "¿Conocidos o clientes?", sólo con verla Maira se daba cuenta que ella estaba pensando en su supuesto trabajo de prostituta, pero disimuló y cambió de tema. –...Pude conseguirle una silla de ruedas, nueva –se las indicó- pero aún me cuesta saber pasarlo de la cama a la silla y de vuelta, sería bueno si me ayudaran con eso.

-Lo de la silla te lo podemos explicar. Y sigue usando la crema que tienes si puedes seguir comprándola, tienes que ponérsela tres veces al día, para que tenga más posibilidades de sanar, además, esas escaras son úlceras por presión, las provoca el roce de estar tanto tiempo en una misma posición, por eso es importante que lo muevas y lo cambies de posición cada dos a tres horas, excepto cuando duerme, obviamente. –Explicó la doctora.

-Lo he estado haciendo, pero no tan seguido. Estudie un año de enfermería en un liceo, y tengo algunas mínimas nociones, y he tratado

de hacer lo que he recordado y he revisado algunos videos en la red.

-Sí se nota, en la posición de las almohadas, aunque no están perfectas, pero se ve el esfuerzo. –dijo la enfermera.

-Como te decía más antes, hay mucho que tener en consideración cuando se cuida a alguien que está postrado. –Comentó seriamente la médica- estos pacientes pueden tener muchas complicaciones y situaciones provocadas por el mismo hecho de estar encamados la mayor parte del tiempo; hay que tener cuidados con su piel, con su hidratación y muchas cosas más. A él todavía se le ve algo deshidratado y eso significa que necesita beber más líquido. Ahora, también se le podría poner suero, o llevarlo al hospital para que le se le pueda hacer un chequeo más completo, algunos exámenes, radiografías e incluso hospitalizarlo si es necesario para establecer un diagnóstico y mejorar en algo, si es posible, su estado actual.

-¿Se lo van a llevar? –susurró con temor Maira, sintiendo que de pronto el pánico se apoderaría de ella.

“¡No!” Gritó él en su mente, negando con la cabeza frenéticamente, al escuchar las últimas palabras de la doctora y la frase de Maira. Y de improviso se puso lívido; no deseaba que lo separaran de ella; y de pronto la idea de estar en un hospital, y del suero, empezaron a retumbar en su mente...; y desde un profundo lugar de su subconsciente, recuerdos como flashes; retazos de cosas que no tenía clara consciencia de haber vivido, asomaron a su memoria: recordaba el estar en una cama, él era un niño, y colgados de algo, por sobre su cabeza unos envases, uno con un líquido blanco; eso era el suero y otro de color rojo. Los líquidos fluían por unas manguerillas, hasta sus brazos, en donde había una gran aguja, enterrada en cada uno de ellos; lo sabía porque quiso doblar los brazos y las agujas dentro de él dolieron y vino alguien y ató sus muñecas al borde de la cama, ya no podía moverlos. Recordó luego, el olor penetrante del lugar, un olor fuerte, que se le metía por las fosas nasales y le causaba una sensación de náuseas. Y las voces de personas hablando, a veces cerca, a veces lejos, personas de batas blancas que lo miraban y alguien que decía: “Sus padres no sobrevivieron...”. Recordó finalmente unos pasos cerca de su cama, la silueta de un hombre, y luego, oscuridad, algo blando adherido a su cara, presionada contra su rostro, no podía respirar, se ahogaba, se sofocaba, quería gritar y lo blando estaba en su boca, no podía... la desesperación... se moría.

El recuerdo fue tan vivido, tan real, que Pablo sintió que se asfixiaba, sus pulmones no conseguían recibir aire, y entonces la voz de ella llamándolo por su nombre diciendo: “Pablo, Pablo”, lo trajo de nuevo al presente y pudo respirar otra vez.

- Pablo, Pablo. Nadie te llevará a un hospital si no quieres. –La voz de Maira, sentada a su lado en la cama lo hizo reaccionar. Instintivamente él intento moverse y acurrucarse aún más cerca de ella. Maira lo acarició con ternura, mientras la doctora decía que por el momento, no lo obligarían a ir si no quería.

Él se tranquilizó de a poco, pero miraba con desconfianza a las otras mujeres. Finalmente, La doctora y la enfermera le dieron variadas recomendaciones a Maira, la receta de la leche y los suplementos y le explicaron fugazmente el manejo de la silla, el tema de los pañales, las escaras, las almohadas, la higiene, la hidratación, las comidas y la importancia de tenerlo inscrito en el programa de pacientes postrados del hospital, para que pudieran venir a verlo y hacerle un seguimiento a su estado de salud, además de conseguir más adelante, poder evaluarlo, hacerle exámenes, diagnosticarlo y prevenir cualquier enfermedad anexa que pudiera aparecer.

-Necesitas ir al hospital y llevar su carnet de identidad, se necesita el nombre completo, edad y numero de rut, para que puedan hacerle una ficha si no la tiene... -le explicaba la enfermera.

-Yo no tengo su carnet... ni siquiera sé su rut –murmuró algo avergonzada.

-¿Y puedes hablar con la tía de él para saber si tiene? –inquirió la doctora.

-No sé si quiera ayudarme... me dijo que no la molestara.

-¿Te sabes por lo menos su nombre completo? –preguntó la enfermera.

-Sólo le conozco el nombre... -dijo exhalando con un suspiro y negando con la cabeza, sintiéndose mal por no conocer la identificación de él. La doctora y la enfermera se miraron desconcertadas.

-Intenta averiguar su nombre completo; dos nombres, dos apellidos; y con eso sacas un certificado de nacimiento y en el registro civil explicas la condición de él, y pides una hora para que, cuando puedan, vengan para acá a tomarle la huella digital y hacer el trámite de renovación o de sacar por primera vez, su cédula de identidad, según sea el caso. –Le explicó la enfermera.

-Tienes que pensar que él necesita atención médica y ahora tú tomaste esa responsabilidad y si quieres ayudarlo, tienes que conocer quién es. –dijo la doctora mirándola seriamente.

-Trataré de averiguar. -respondió Maira con cautela.

Las dos mujeres se despidieron y se marcharon y Estela que había estado observando todo desde un rincón, sin decir nada, luego de despedirse de ellas comentó:

-Parece que te está yendo bien. Te afirmaste en el oficio, por lo que veo. ¿Te quedó gustando? ¿Así que tus "conocidos" te ayudarán? ¿O te dedicabas a eso antes de llegar aquí? Debes cobrar bastante y tus clientes deben ser de buena situación para creer que puedes costear todo lo que este niño necesita. -dijo con mordaz franqueza.

-Tenía que encontrar cómo sobrevivir aquí. Y sí, me está yendo bien. ¿Por qué te molesta lo que hago?- respondió Maira, tragando saliva y desviando la vista, a sabiendas que a Estela le incomodaba que ella fuera "prostituta", ¿O tal vez sospechaba que era mentira? No lo sabía. No quería mentir, pero no tenía de otra por el momento; era demasiado riesgoso decir: "soy millonaria, pero como no puedo usar toda mi herencia hasta la mayoría de edad, dependo de una mensualidad de un millón de pesos de la que dispongo libremente". Eso sería poner un cuchillo más filoso en su garganta, que el que se echaba al cuello, al dejar que pensaran erróneamente, según sus propias conclusiones, que ella era una cualquiera. Consciente de que Pablo las oía, se mordió la angustia que asaltó su pecho y evitó voltear a verlo, aunque sabía que él la observaba.

-Eres muy joven y cuando llegaste acá, no imaginé que acabarías haciendo lo que haces. Tienes porte, clase, eres elegante, no te pareces a la gente que vive aquí. Pero supongo que tienes que vivir de algo y no soy yo la que puede opinar sobre lo que hagas con tu cuerpo o con tu vida. Solo trata de no terminar como Margot.

-No será así. Gracias por preocuparte por mí; has sido muy amable y me has brindado mucho apoyo en este lugar. Tal vez, algún día, te contaré el porqué de todo. -le dijo a Estela con tristeza.

-Maira. Te estimo mucho, si fueras mi hija no te dejaría que te prostituyeras, pero no soy nadie para evitarlo, y claro, tienes que tener de qué vivir. -Ahí dijo la palabra que no se atrevía a pronunciar y que Maira no quería escuchar que usaran al referirse a ella.

-También te estimo Estela; me has enseñado lo que no aprendí en mi casa. -le dijo honestamente.

-Muchacha, te entiendo; logras mantener este lugar muy bien, limpio y aseado como te enseñé, pero creo que las dos sabemos que hacer tareas domésticas no es lo tuyo. -contestó sonriéndose, para mejorar el

ambiente de tensión que ella misma había provocado.

-Pero hago lo que más puedo, con mis pocas habilidades domésticas.
-Sonríó también y su humor mejoró- Además, ahora tengo que cuidar de Pablo.

-Me impresionas. Te trajiste a ese muchacho a vivir aquí, sin siquiera saber quién es y cuál es la historia que carga detrás, y realmente te esmeras en cuidarlo y atenderlo.

-Con él no me siento sola. Es como si su sola presencia me hiciera sentir que puedo ser importante para alguien... para él; quiero que esté a mi lado. -Sin pensarlo soltó las palabras, su corazón hablando sin tapujos, y solo después de escucharse a sí misma, se dio cuenta que debería haber sido más prudente. Pablo al oírla sintió como una electricidad recorriendo su interior, ella quería ser importante para él; y lo era, aunque se conocían hace poco y no era mucho lo que sabían el uno del otro, para él, ella era su todo. ¡Y ella quería que él estuviera a su lado! Una emoción desconocida lo embargó; un atisbo de felicidad en solo una frase: "quiero que este a mi lado".

- Maira. Él se ha apegado mucho a ti; se le ve. Pero si sólo quieres cuidarlo porque sientes que quieres sentirte importante para alguien, no sé si es un buen motivo ¿Qué pasará cuando ya no sientas lo mismo? ¿O cuando seas importante para alguien más, alguien que pueda ofrecerte más que solo la compañía de su presencia? ¿Qué va a pasar con él? ¿Lo has pensado? Muchacha, él es una persona, no es juguete, tienes que tener en cuenta eso.-La reprendió Estela hablando muy, muy bajo, para que él no pudiera escucharla

-Sé que es una persona y por eso me esmero por darle lo mejor que puedo ofrecerle. Nunca lo voy a desamparar; personalmente me voy a encargar que eso no ocurra. -dijo en el mismo tono extremadamente bajo, fastidiándose nuevamente.

-Eres joven, en algún momento te vas a enamorar y él se va a volver una carga para ti. -siguió hablando en un apenas audible susurro.

-Eso no va a pasar. -le aseguró con determinación.

-Eres muy testaruda.

-Sé lo que quiero en mi vida.

-Que así sea. -musitó rindiéndose a la discusión.-Mejor me voy.

-Te acompaño a la puerta. -ambas salieron de la mediagua, pero

siguieron charlando fuera.

-Ahora lo que necesito es conseguir los datos de Pablo. –cambió de tema Maira, volviendo a hablar en tono normal.

-El apellido de Margot es Valdés, si es su tía, puede que sea uno de los apellidos de él ¿no? –le informó Estela.

-Puede ser. Claire me dijo que la mamá de Pablo era hermana de Margot.

-Pero él mismo debe saber su nombre completo.

-¿Y cómo nos lo dice?

-Tal vez escriba.

-No sé si sepa. Y no creo que su mano logre sostener un lápiz.

-pregúntale a Claire.

-¿Y si la Margot me desuella por preguntar?

-Invéntate algo. –le dijo con perspicacia y Maira la miró con sospecha- Si averiguo algo, te aviso. –concluyó.

-Está bien. Gracias. –musitó.

Estela se fue y Maira volvió a entrar a su mediagua, se sentó al lado de Pablo y suspiró profundamente, le tomó las manos diciéndole: -“no creas todo lo que oyes de mí.” –y luego de un momento de silencio, agregó: -“Algún día te contaré muchas cosas que ahora no puedo.” Las lágrimas corrieron por sus ojos y Pablo la miraba con igual tristeza. Maira se secó las mejillas al instante, reprimiendo la necesidad que sentía de seguir llorando y mirándolo a él le preguntó si sabía escribir, a lo que él asintió.

-Pablo, necesito saber tu nombre completo; si pudieras escribirlo sería muy bueno. –Pablo asintió otra vez y Maira buscó un papel y una lapicera para que él escribiera, le acomodó el papel poniéndolo encima de un cuaderno sobre el pecho de él y le puso la lapicera en la mano; él intento retenerla entre los dedos, pero no podía sostenerla, se le caía sin que sus dedos lograran tomarla. Él la miró con angustia y una lágrima intentaba asomarse por el rabillo de su ojo, entonces negó con la cabeza; no podía hacerlo.

-No importa, Pablo. Lo intentaste. –Retiró el cuaderno con el papel y la lapicera dejándolos en el velador y haciéndole cariño en la frente le sonrió

forzadamente- Encontraremos otra forma de que yo pueda saber quién eres.

Maira siguió con su rutina de las tardes para preparar las onces, y poner el calefactor para abrigar el lugar, arroparlo a él y abrigarse también ella. Y solo en la noche cuando ya no había nada por hacer, más que acostarse a dormir, se le ocurrió una idea para que él pudiera darle su nombre completo.

-Se me ocurrió que si te deletreo las letras del abecedario, tú puedes asentir en una letra y así ir formando las palabras de tu nombre... ¿Quieres intentarlo? –le dijo a Pablo sentándose a su lado en la cama. Pablo asintió esperanzado. –Empezaremos por tu segundo nombre ¿Te sabes tu segundo nombre, verdad? –él asintió y a Maira le pareció que tenía una expresión de diversión en su rostro.

-A... b... c...d...e...f... -comenzó ella a deletrear y él asintió en la F, Maira anotó la letra y volvió a repetir el proceso.

-¿Ferdinard? –Preguntó cuando la palabra del segundo nombre parecía estar completada. Él asintió y una pequeña y fugaz sonrisa apareció en sus labios. Maira volvió a deletrear, esta vez para descubrir su primer apellido, y cuando ella decía el abecedario completo de la A hasta la Z sin que él asintiera en ninguna, era porque no había más letras en la palabra.

-¿Andrade? –él movió la cabeza positivamente y esta vez la sonrisa en sus labios se hizo más notoria. Luego siguió para saber el segundo apellido.

-¿Bolados? –él dio un si con la cabeza, y se sentía emocionado, hacía mucho tiempo que no escuchaba su nombre completo, de hecho se había acostumbrado a que cuando mucho era solo Pablo, aunque generalmente eran más los apodos denigrantes los que usaban con él.

-Pablo Ferdinard Andrade Bolados. Es un lindo nombre el que tienes. –le dijo Maira sonriendo y él por primera vez desde que lo conocía sonrió levemente mostrando tímidamente los dientes. – ¿Te sabes tu número de rut? –preguntó luego, pero él negó.

-¿Has sacado alguna vez carnet de identidad? Como éste. –sacó su cedula de identidad de su bolsillo, donde siempre la llevaba y se la mostró, pero él volvió a negar.

-Hay que buscar la forma de sacarte un carnet de identidad y de que te vea un médico para saber qué es lo que tienes. ¿O tú sabes que es lo que tienes? ¿Por qué estás así? –Pablo movió la cabeza negativamente y su estado de ánimo decayó al instante, porque no sabía qué le había pasado,

pero tampoco quería ir a un hospital; eso lo asustaba.

-¿Caminabas antes? -le preguntó y él asintió. -¿Hablabas? -él volvió a asentir.

-¿Dejaste de caminar hace mucho tiempo? -él negó.- ¿años? -negó de nuevo. -¿Meses? -él asintió.

-¿Pocos meses? -volvió a asentir

-¿Puedes sentir tu cuerpo? -él asintió- ¿Hay partes de tu cuerpo que no puedas sentir? -él negó.- pero no puedes moverlo ¿verdad? -él asintió con tristeza.

¿Por qué? ¿Te duele al mover tu cuerpo? -él asintió y negó. Maira lo observó intentando interpretar su respuesta. - ¿Sí y no? ¿Quieres decir que a veces te duele? -él asintió. - ¿o es que te duelen solo algunas partes de tu cuerpo al moverlas? -él asintió también

¿Te han dado remedios para el dolor? ¿Analgésicos? -él levantó los hombros, no sabía, pero no recordaba que le hubieran dado a tomar alguna pastilla o algo; sólo su tía Margot lo hacía beber de vez en cuando algo de licor del que ella estuviera tomando, y eso le calmaba el dolor y le había dado sensación de abrigo.

¿Tu familia, tu tía o tu tío te llevaron al médico cuando te enfermaste? -preguntó Maira con miedo de conocer la respuesta, pues ya intuía cual iba a ser, y lo que ella creía era; él negó con una profunda expresión de dolor en el rostro, como recordando terribles momentos.

-¿ellos... ellos te lastimaron? -se atrevió a preguntarle con cautela, al observar el dolor y desamparo que inundaba la expresión de su rostro. Él bajó la vista y dio un profundo gemido, sus ojos en una expresión de temor y vergüenza; suspiró entrecortadamente y asintió con timidez.

A Maira se le inundaron los ojos de lágrimas, quizás que horrores le habían hecho pasar, pensó. Instintivamente, lo estrechó en un abrazo y lo acarició besándole su frente, su rostro, sus manos, se mantuvo así un buen rato mojando su rostro con sus lágrimas. De pronto le besó los labios muy sutilmente y se retiró de sobre él, le tomó las manos entre las suyas y con determinación le dijo:

-Cuidaré de ti; te protegeré hasta que te pongas bien de nuevo. Voy a ayudarte y no te dejaré solo. -Pablo la miró sorprendido y fascinado a la vez, las palabras de ella llegaron a lo más hondo de su corazón como un bálsamo de alivio y reconfortante esperanza; ya no estaría solo... ya no le

harían más daño.

Esa noche ambos durmieron sintiéndose más unidos él uno al otro que nunca; por algún motivo inexplicable se sentían uno parte del otro, como si estuvieran enlazados por un hilo mágico, que les había hecho encontrarse y refugiarse el uno en el otro, se necesitaban, y juntos se sentían más fuertes para soportar la carga del pasado y caminar hacia el futuro.

Los días pasaban, y Maira siguió yendo a dormir afuera un par de veces por semana. Poco a poco Pablo se resignó al nocturno "trabajo" de ella, aunque para Maira cada vez le era más difícil, separarse de él, pero no quería que la descubrieran, y realmente era el baño, la ducha y la comida en restaurantes, la que la hacían seguir saliendo de vez en cuando, a pesar de que eso le estaba cobrando un precio; las insinuaciones de los hombres del campamento. Ya había sufrido hasta un par de agarrones y el que le preguntaran cuanto cobraba, que de no ser por Rose y sus hábiles salidas de lengua, espetándoles que ellos no tendrían cómo pagar el valor de sus servicios, no hubiera sabido como evadir, a Maira esos hombres le eran repulsivos y sentía que cada vez se estaba exponiendo más al peligro. Y esto se confirmó cuando cierta noche que fue a cenar a un moderno restaurante, se le acercó un hombre joven y bien vestido, y se sentó en su mesa, fue amable y la invitó a divertirse con él en una discoteca, ella con astucia lo rechazó, sin decirle que era menor de edad; sabía que no podía darse el gusto de relacionarse sentimentalmente con nadie, mientras no recuperara su vida. Él le insistió aún a la salida del local y no quería dejarla ir, ella estaba incómoda. En eso pasó frente a ellos un hombre del campamento y sin más hizo un comentario mordaz al insistente galán: "No vale la pena, cobra demasiado, te dejará sin nada; búscate una puta más barata, que esta yo la conozco." El Joven observó a Maira con desprecio, y le preguntó cuánto le cobraba por estar con él. Maira sólo quería salir huyendo de allí, las lágrimas corrieron por sus ojos y escapó a toda prisa, hasta llegar a la residencial en donde dormiría. Se sentía humillada. Al día siguiente, Rose le trajo la noticia de que todos hablaban de ella, pues aquel hombre que la vio, comentó por todo el campamento como ella discutía con un cliente, agregando y exagerando todos los hechos. Maira deseó decirles la verdad, especialmente a Rose y a Pablo que escuchaba lo que Rose hablaba, pero sabía que no debía hacerlo, por lo que con tristeza dejó que pensarán mal de ella, debido a todas las mentiras que agregó el hombre a lo que vio entre ella y el joven fuera del local.

Capítulo 9

Capítulo 8: el tiempo avanza, los problemas llegan y el peligro acecha.

El mes de junio pasó y el frío mes de julio se hizo sentir con toda su fuerza. Maira decidió gastar algo de dinero en forrar la mediagua por dentro, poniendo como aislante plumavit y forrándola con cholguan, que era lo más económico que había. De este modo logró hacerla más confortable y abrigada para soportar el invierno en el campamento, el trabajo se lo hizo su vecino que insistía en mostrarse coqueto con ella, para desagrado de Maira y celos de Pablo, pero trabajaba bien y le cobraba barato. Además, pagó para que le hicieran un pozo séptico con una taza de baño, en el cuartucho anexo a la mediagua, para poder estar algo más cómoda. Y compró una tv de modelo antiguo en la que veía novelas junto a Pablo por las tardes, para entretenerse un poco en algo.

Pablo se veía cada día mejor y poco a poco iba reponiéndose. La leche especial que tomaba temprano por la mañana y luego en la noche lo estaba fortaleciendo por todos los minerales y vitaminas que contenía, a él le gustaba, aunque tenía que tolerar el tener que beberla en una mamadera que Maira le había comprado, por consejo de la enfermera, para que pudiera tomarla más fácilmente y sin derramarla, aunque estuviera semi acostado. Pero los suplementos alimenticios en pastillas que le habían recetado le costaba mucho tragárselos y Maira los partía en pequeños trocitos algunos de ellos, o los molía y se los agregaba al yogurt, para que pudiera consumirlos. Ella además se preocupaba de masajear a diario sus extremidades y hacerle suaves ejercicios, para que fuera recuperando en algo la movilidad de su cuerpo, lo que parecía surtir efecto y al mismo tiempo evitaba que el cuerpo le doliera por falta de actividad. Lo bañaba dos veces a la semana, y lubricaba su piel todos los días. Curaba la escara que tenía en el sacro frecuentemente y cada vez estaba sanando más y ya casi no le dolía y gracias a los cuidados no se le habían hecho otras. Hasta las expresiones del rostro de él habían cambiado; el miedo, el dolor y la angustia que había frecuentemente en su cara habían prácticamente desaparecido y ahora Maira lo veía tranquilo, sereno, con una expresión dulce en la mirada; su rostro era el de un muchacho tierno aunque vulnerable. Lo único que empañaba la paz que sentían el uno junto al otro, era el hecho de que Maira seguía yendo a dormir a la residencial una o dos veces por semana. Maira se sentía culpable cada vez que se iba, pero no deseaba que nadie supiera la verdad, ni siquiera Pablo; prefería que la tomaran como una prostituta a que se enteraran que era una niña rica que huía de su padre. Por su parte Pablo tenía una confusión de emociones cada vez que ella se marchaba por la noche a su supuesto trabajo; sentía rabia contra si mismo por no poder ser él quien trabajara y la mantuviera, para que ella no tuviera que

hacer lo que hacía; sentía tristeza de quedarse solo y no sentirla a su lado por la noche; sentía profundos celos al pensar que había otros hombres con ella; y sentía una oscura impotencia y frustración por la condición en la que se encontraba, sin poder hacer nada para cambiar las cosas, sintiéndose inútil y desvalido, teniendo que depender por entero de los cuidados de Maira. A medida que pasaba el tiempo Pablo deseaba más que nunca poder retribuirle a ella de alguna forma todos los cuidados, abnegación y cariño que ponía en él; sentía que era ella la que merecía que la cuidaran, pero por el momento, mientras no lograra hablar y caminar de nuevo, no había mucho que pudiese hacer, Por lo que al final, antes de dormirse lleno de los pensamientos que atiborraban su mente, lo último que siempre venía a su cabeza después de pensar en tantas cosas, era esperar que Maira llegara al día siguiente, bien y sin que le hubiera sucedido nada malo.

Los dos se habían habituado a su normal rutina en el campamento, y a los paseos por los alrededores, a las visitas constantes de Rose y a las a veces incómodas intromisiones de Estela, que aunque eran de buena intención, tenía el efecto de hacerles recordar a ambos, en sus pensamientos, que no podían aspirar a tener nada más con el otro. Aunque ambos sentían una creciente atracción, cada vez más difícil de ocultar.

Pasó pronto agosto y a mediados de septiembre Maira debió tomar otra importante decisión que trajo nuevos cambios su vida. Fue como a mediodía de un lunes que Rose llegó con su bebé en brazos, llorando copiosamente a la mediagua de su amiga. Pablo la observó desde su silla de ruedas y Maira abrazándola quiso saber qué ocurría.

-El Kay se fue de la ciudad con otra chica; me abandonó con mi hijo...

-¿estás segura de eso?

-Claro. Me lo dijo su mamá y su hermana. Pero eso no es todo; mi mamá me acaba de decir que tengo que irme de su mediagua, porque no me va a mantener; que cómo ya no voy a recibir el dinero que él me daba, ya no tengo cómo aportar a la casa, y que ella no me va a ayudar. ¿Qué voy a hacer ahora, Maira? No tengo donde ir.

-Tal vez tu mamá solo lo dijo por enojo y luego se le pasará. –intentó calmarla.

-No, Maira. Yo fui a la casa del Kay a pedirle el dinero que me da todos los meses por el Jerry, y ahí me dijeron que se había ido y que él dijo que ya no me ayudaría más, que no lo buscase más, y cuando se lo conté a mi mamá, me dijo que yo era la culpable y que ella no podía mantenerme a

mí y a mi hijo, y me echó.

-Tal vez puedas poner al Jerry en una salacuna y trabajar en algo.

-No sabes las veces que he intentado ponerlo en una salacuna, pero nunca hay cupos en los jardines gratuitos y en los otros, jamás podría pagarlos. ¿Dónde podría trabajar con mi hijo? -Rose se sentía desesperada.

-Tranquila, amiga; encontraremos una solución.

-¡Todos me han dado la espalda y no les importa ni siquiera como esté mi bebé!

-Rose. Yo estoy contigo, no te voy a dejar sola. ¿De acuerdo? Pero tienes que calmarte.

-¡No puedo calmarme! ¿Dónde voy a vivir? ¿Cómo voy a alimentar a mi niño?

-Por ahora te puedes quedar aquí, conmigo. Nos acomodaremos y ya; no te puedes quedar en la calle con tu bebé.

-¿Me recibirías?

-Por supuesto; eres mi mejor amiga aquí.

-Pero por ahora no tengo dinero ni nada para ayudarte con los gastos... ni siquiera sé qué haré para conseguir dinero.

-No te preocupes por eso. Una vez que estés instalada aquí veremos qué puedes hacer para trabajar en algo.

-¿Estás segura que quieres que me venga contigo? ¿No te estorbaremos? Tú ya tienes la responsabilidad del Pablo y más encima yo y el bebé...- preguntó al ver por las expresiones de Maira que esta se estaba sintiendo obligada a ayudarla.

-No pienses en eso. Por el momento necesitas donde quedarte y al parecer no tienes otro sitio al que ir...- le respondió forzando una sonrisa.

-Es verdad.

-Entonces. Ve por tus cosas y las del Jerry y aquí nos acomodaremos. ¿De acuerdo? Pero quédate tranquila y verás que las cosas se van a solucionar; eres joven y fuerte, vas a ver que podrás salir adelante con tu hijo sin importar lo que ocurra. -La animó esperando en lo profundo de su

corazón que pronto hiciera las paces con su madre.

-Gracias amiga; me gustaría ser como tú. Estás sola y sin embargo te las arreglas tan bien, que hasta ayudas a otros; a Pablo, ahora a mí. Gracias.

-Rose la abrazó fuertemente en un impulso.

-Rose. Muchas veces nos van a traicionar quien menos uno se lo espera, pero no podemos echarnos a morir por ello, porque entonces, los que quieren lastimarnos ganan; estamos obligadas a ser fuertes y luchar y demostrar que podemos vencer pese a todo lo que esté en nuestra contra y solo así reconocerán nuestra propia valía. -le dijo Maira pensando en todo lo que le había tocado vivir en los últimos meses, y en todos los momentos que necesitó de toda su determinación, coraje y valentía para no desfallecer.

-Trataré de ser fuerte por mi hijito.

-así se habla. Amiga, sabes que te quiero, no estás sola; ahora está será también tu casa y la del Jerry; estaremos bien, nos apoyaremos las dos juntas ¿Te parece?

-Si, Maira. Tengo mucha pena, pero sé que puedo apoyarme en ti.

- Vas a ver que poco a poco se resolverán las cosas para mejor. Además, la pasaremos bien estando juntas ya verás. -quiso animarla Maira y Rose esbozo una débil sonrisa.

Rose se quedó allí, siguieron conversando mientras Maira preparaba el almuerzo y luego almorzaron los cuatro.

Después del almuerzo Rose trajo su ropa y la del bebé de la casa de su madre y más tarde fueron a comprar una cama usada, para que Rose tuviera donde dormir con su bebé. Maira le compró una cama de plaza y media por la cual el flete era gratis, y tuvieron la suerte que se la llevaran ese mismo día. La acomodaron al frente de la otra cama y le pusieron la ropa de cama que Rose trajera de casa de su mamá.

Con todo el trajín, apenas terminaron de acomodarse, se pusieron a hacer las onces, porque ya era tarde y Maira observó el rostro algo molesto de Pablo y pensó que tendría hambre. Pero Pablo estaba incómodo de que Rose se instalara allí, y de que lo hubieran dejado solo varias horas mientras fueron por la cama. Sentía que Rose se robaba la atención de Maira cada vez que venía y pensaba que ahora que estaría de continuo allí, tal vez Maira dejaría de preocuparse continuamente por él.

-la once ya está, Pablo. Te sentaré en la silla de ruedas para llevarte a la mesa. -le dijo Maira corriendo las tapas de la cama para incorporarlo.

-¿Es mi idea o Pablo tiene más expresiones ahora? -Preguntó Rose a Maira estando los tres en la mesa.- Antes solo se veía asustado.

-Creo que sí. Y ahora mismo está muy serio, como enfadado; no sé qué le pasará. -dijo Maira sonriéndole a Pablo.-¿Qué te pasa Pablo? ¿Estás enojado por algo? -le preguntó y Pablo negó con la cabeza aunque en verdad se sentía enfadado; no quería compartir a Maira con nadie.

-Se ve mejor, y hasta ha ganado peso, pero por lo que veo aún no puede siquiera comer solo... ¿Tienes que alimentarlo tú todo el tiempo? -quiso saber Rose, mientras pablo se sentía más enfadado aún con la pregunta.

-Sí, aún no tiene suficiente fuerza en las manos como para tomar algo por si solo... pero a mí me gusta cuidarlo y alimentarlo; ya me acostumbré a hacerlo.-respondió Maira sonriente y eso aplacó lo que sentía Pablo en su interior.

-Pobrecito -dijo Rose observándolo con compasión- Si no fuera por ti, todavía estaría en casa de la loca esa.

-No me recuerdes a esa mujer. Pero de quien no he sabido nada es de Claire.

-¿No te conté? Claire se fue, la andaba buscando la policía, por una cuestión de drogas.

-¿De verdad?

-Si. Eso fue hace semanas. No ha vuelto. Pensé que te lo había comentado.

-no.

Pablo las escuchaba y de pronto algunos recuerdos llegaron a su mente; la casa de su tío y los paquetes de droga que llegaban; su tío lo obligaba a trabajar reembolsando aquel polvo, a veces convirtiéndolo en capsulas o huevos, a veces en paquetes más pequeños, en el frío sótano que allí había, era un trabajo minucioso, que hacía con miedo, bajo las constantes amenazas de él. "no lo pruebes o te molere a golpes" "no desperdicies nada, esto vale más que tu miserable vida" "hazlo bien o te cortaré las manos, inútil" Cuántas veces había tenido que hacer ese trabajo, mientras los otros que ayudaban lo veían y se burlaban diciéndole a su tío: "¿Por qué lo mantienes con vida? Deshazte de él de una vez" y a él le decían: "Tu tío te quiere matar de a poco y lo va a conseguir" y luego se reían. Solo era un niño, con una historia miserable que solo ahora

había comenzado a cambiar, gracias a Maira y rogaba por no estar en aquel mismo infierno otra vez.

Ya al acomodarse para dormir, ese primer día de Rose allí fue un poco incómodo para todos; para Rose tener que ponerse el pijama delante de Pablo, para Pablo tener que aceptar que Rose viera como Maira le mudaba el pañal y lo aseaba y para Maira tener que desvertirse ahora no solo delante de Pablo si no también frente a Rose; para todos era un poco incómodo, pero tendría que acostumbrarse una vez más como se había acostumbrado a todo lo demás.

Pasado el momento incómodo Maira preparó la mamadera de leche para Pablo y se la fue a dar, Rose que había terminado de acomodar a Jerry que ya se había dormido fue a sentarse al lado de Maira en la cama para seguir conversando. Pablo bebía su leche casi acostado, en tanto veía una película en la tv.

-Mi bebe ya se durmió, ahora falta el tuyo Maira... Es gracioso verlo; no sabía que Pablo tomaba leche en mamadera. -comento riéndose Rose.

-Es que a esta hora ya hace frío, y así él no se tiene que levantar o destaparse mucho y no se derrama nada; me lo recomendó la enfermera.

-Tienes una guagua gigante de ojos azules. Te admiro Maira. -A Pablo no le hacía gracia los comentarios de Rose, no necesitaba que le recordaran que era una carga para Maira y un estorbo en cualquier parte; se sintió triste y miró feo a Rose. -Vaya Maira. Pablo está haciendo pucheros. Se ve muy tierno. -exclamó con sorpresa.

-Es verdad; primera vez que lo veo hacer pucheros. -Respondió a su amiga- ¿Pablo estás molesto por algo?- Pablo no se atrevía a asentir y reconocer que estaba enojado o más bien sentido por las palabras de Rose; tenía miedo que Maira se enojara con él, aunque nunca lo había hecho o peor aún que lo castigara de alguna forma, la experiencia le había enseñado que era mejor ser sumiso y aguantar a despertar el enojo de quien lo tenía a su cargo, sus ojos se llenaron de temor, y entonces Maira se dio cuenta; era como si pudiera leerle de pronto el pensamiento. - ¿Pablo, Estás molesto por los comentarios de Rose? ¿Es eso? Estoy segura que no son con mala intención; no te sientas mal. Sé que no es tu culpa que estés en esta condición y sé que desearías estar bien y hacer las cosas por ti mismo, y espero que en algún momento puedas hacerlo, pero mientras tanto alguien tiene que cuidarte y esa soy yo y me gusta hacerlo; sabes que lo hago con cariño todos los días, porque quiero que estés bien ¿Verdad? -Pablo asintió, mientras Maira le acariciaba el rostro.

-Lo siento si te ofendí -le dijo Rose- no lo dije para hacerte daño o molestarte; lo dije sin pensar, era una broma. -Pablo la miró y luego miró

a Maira y con un suspiro se le quitó el enojo y se sintió mejor.

-¿Entonces, en verdad estabas molesto con Rose? -le preguntó Maira y Pablo asintió con vergüenza- No tienes que temer a decir lo que sientes, tienes tanto derecho como todos a estar enojado, o enfadado por algo ¿De acuerdo? -Pablo asintió otra vez, aunque le costaba todavía asimilar las cosas a la manera de ser de Maira; le encantaba como era ella, pero estaba tan acostumbrado a ser prácticamente un objeto algo con lo que podían hacer lo que quisieran, que aunque había aprendido muchas cosas en estos últimos meses, aun le costaba dejar de reaccionar con miedo frente a algunas situaciones.

Un rato más tarde Pablo se quedó dormido, mientras Maira recostada a su lado le hacía cariño en la cabeza. Solo entonces fue con Rose a sentarse a la mesa para charlar más tranquilamente junto a una taza de café y unas galletas. Conversaron de los sucesos del día y Rose también se sentía más tranquila; no sabía qué sería de su vida, pero sabía que tenía que ser fuerte como su amiga. Extrañamente le había dolido más que su mamá la echara de su mediagua a que su pololo se hubiera marchado con otra, eso era algo quizá predecible, desde que se había embarazado que su relación no era como al principio y para ambos su relación era más bien a causa del pequeño, pero ninguno sentía ya lo mismo por el otro. Lo único que sentía era que él al marcharse, los había dejado desprotegidos, especialmente al bebé, y no le había importado. Ni siquiera quería saber con quién se había ido, no valía la pena... ahora solo tenía que pensar en qué haría para salir adelante. Quiso convencer a Maira que la llevara a su "trabajo" para ser prostituta, pero Maira la convenció de que no era lo mejor, menos teniendo a su hijo, porque no tendría con quien dejarlo. Bastante de madrugada se fueron a dormir ya cansadas por aquel largo día que habían tenido.

Los primeros días de Rose en casa de Maira, fueron de adaptación para todos, incluso para el bebé, pero pronto se habituaron al cambio, para Maira y Rose no fue tan difícil, después de todo, se apoyaban mutuamente y el poder estar continuamente compartiendo sus sueños, esperanzas, necesidades y deseos las ayudaba a seguir adelante día a día y las unía cada día más, no así para Pablo, que sentía que había perdido exclusividad con Maira y sentía que ella ya no le prestaba la misma atención, aunque sin lugar a dudas, Maira lo cuidaba y lo atendía con la misma devoción cada día, pero a Pablo seguía sin agradarle de todo Rose, más aún cuando ella logró conseguir un trabajo en la feria, en un puesto de verduras, tres veces a la semana, días en que Maira se quedaba toda la mañana con Jerry y el bebé consumía mucho del tiempo que antes ella le dedicaba a él, o al menos así a él le parecía.

En muy poco tiempo Rose volvió a ser la chica alegre y conversadora que era, pero el hablar tanto y su exceso de franqueza, trajo más de un problema, pues Pablo se sentía continuamente molesto u

ofendido por los comentarios de ella.

-Vives dándole de comer a cada rato, Maira. –comentó Rose, mientras su amiga le cuchareaba un pote de leche asada en la boca de Pablo.

-Le doy algo de comer cada dos horas, más o menos, tiene que seguir subiendo de peso y ponerse más fuerte.

-Es agotador lo que haces. –Respondió sin pensar- Pero y si sube mucho de peso no vas a poder manejarlo tu sola ¿Qué harás cuando ya no puedas moverlo por toda la comida que le metes? –Pablo observó a Rose con disgusto.

-Qué dices, Rose. El estar más fuerte lo ayudará a tener más movilidad, eso pienso.

-¿Y si no es así? Además con tanta comida tienes que asearlo más veces ¿No? –dijo Rose poniendo gesto de asco- ¿No te cansas de tener que limpiarlo todo el tiempo?

-iRose, para! –contestó ya mosqueada Maira, sabiendo que Pablo las oía.

-Maira, mírate. Eres una joven haciendo el trabajo de una vieja, cuando podrías salir, divertirte, no sé, hacer otras cosas, que pasar todo el tiempo aquí atendiéndolo; él no se va a morir porque lo dejes solo un rato... - siguió hablando sin notar la rabia contenida de Maira y el rostro apesadumbrado de él.

-iRose, cállate por favor! Vas a herir a Pablo, de nuevo. –le espeto con dureza- nadie me obliga a hacer lo que hago, y sé la edad que tengo.

-Lo siento. –se disculpó Rose, como ya lo había hecho otras veces- Es que pensé que viviendo juntas, podíamos hacer cosas de adolescentes, divertirnos, salir. Perdón amiga. –dijo en un suspiro.

-Rose, no quise gritarte. Pero por ahora no puedo hacer lo que quieres, pero te prometo que en un tiempo más todo va a ser diferente y haremos muchas cosas divertidas e increíbles y seremos todos muy felices.

-¿Otra vez hablando en enigmas? ¿El regreso de la señorita misterio profetizando un mañana mejor? –le respondió en son de broma, con una sonrisa de diversión en el rostro. Maira río y la tensión pasó.

Pero Pablo quedó meditativo con las palabras de Rose, lo habían afectado demasiado. A la hora del almuerzo no quiso comer, y Maira se preocupó mucho, sobretodo porque la tristeza volvió a aparecer en su semblante, le preguntó si se sentía enfermo, pero él negó. Y no comió nada ni a la hora de las once, ni siquiera quiso beber la leche en la noche.

Había decidido dejarse morir de hambre y ya no ser un estorbo en la vida de ella. Y aunque sentía mucho miedo, pues ya sentía el dolor de tener el estomago vacío, se decía que debía sacrificarse por ella. Por su parte Maira estaba terriblemente angustiada, estaba segura que él se había enfermado y no sabía qué hacer. Consiguió gotas para el dolor de estomago, pero él no quiso tomarlas, no recibía nada, ni el agua.

-Está encaprichado. -le dijo Rose cuando ya Pablo dormía- Es como un bebe.

-Se va a debilitar. Yo me muero si a él le pasa algo. -sollozó Maira.

-¿Te gusta, verdad? -preguntó Rose de pronto, observándola con detenimiento.

-Qué dices. Es solo mi amigo y mi responsabilidad es cuidarlo, me comprometí a ello.-respondió evadiendo la pregunta.

-Te apuesto que es solo una niñería de él, que quiere llamar tu atención; mañana se le quitará. Es muy bueno para comer, no aguantará mucho sin alimentarse.

-Ojalá tú tengas razón. De lo contrario no me quedará más que llamar la ambulancia con todo lo que eso implica.

-Vamos a dormir, amiga. Este ha sido un día muy largo para ti.

Maira se acostó al lado de Pablo y le acarició sutilmente su cabello antes de quedarse dormida.

Por la mañana, Pablo nuevamente no quiso desayunar y Maira colapsó, se sentía totalmente superada, todo el muro de fortaleza que había hecho para no caer abatida durante estos meses se desmoronó, y cayó al suelo de rodillas llorando a gritos. Ya no quería estar en ese lugar, lo odiaba, odiaba esa pobreza, la incomodidad, el tener que estar siempre vigilante de que alguien apareciera para hacerle daño, el tener que ocultar la verdad para que su padre no la hallara, el tener que esforzarse demasiado por todo, el tener que fingir ser prostituta, para descansar de ese horroroso campamento y dormir más tranquila y sacarse la peste a tierra y suciedad que sentía se le adhería al cuerpo. Y ahora esto: él, el único que le estaba dando sentido a su vida en ese lugar, en ese momento, él, que al cuidarlo hacía que sus horas pasaran rápido, distrayéndola de los problemas, él que era su compañía, su apoyo emocional, el que la mantenía en pie, ahora estaba así, y no sabía que le pasaba, y no quería perderlo... no quería que se enfermase más aún... no quería que muriera.

Rose la abrazó intentando contenerla y consolarla, mientras Pablo lloraba en silencio, no quería ser el causante del sufrimiento de su bondadoso ángel.

Logrando Rose que Maira se incorporara, la hizo sentarse a los pies de la cama. Temblorosa aún observó a Pablo, se acercó más a él y volvió a preguntarle una vez más de tantas que ya lo había hecho.

-¿Qué tienes? ¿Por qué estás así? ¿Por qué no comes? Te va a hacer daño no alimentarte. No quiero que mueras.

Esta última frase tuvo en efecto impactante en él, era la primera vez que oía que alguien deseaba que él viviera. Las lágrimas corrieron por sus ojos una vez más; como poder explicarle a ella que no quería ser un estorbo en su vida. Intentó que las palabras salieran de su boca, pero solo eran ruidos, entonces solo la miró deseando que ella pudiera leer su alma. Maira lo observó también, detenidamente, buscando en su mirada la respuesta, hasta que de pronto lo vio.

-Es por la conversación de ayer con Rose ¿Verdad? –Pablo asintió- ¡Dios! Pablo tú no eres un estorbo para mí; por el contrario, eres lo que necesito para seguir adelante –exclamó Maira en un suspiro de alivio. – Tú le has dado un propósito a mi vida aquí... -reconoció con algo de vergüenza- desde que te conocí... me aferré a ti para soportar todo lo que me ha pasado... te has vuelto mi confidente, sabes más de mí que nadie en este lugar... yo te cuido, pero eres tú el que me vuelve fuerte... Ahora que sabes lo que siento ¿Volverás a comer? –lo miró suplicante, y él con los ojos inundados de lágrimas asintió.

-¡No me vuelvas a hacer esto jamás! Me moriría si te pasara algo –lo regañó dulcemente, recuperando su compostura. –y ya arreglaré las cosas con esa señorita boquisuelta. –dijo volteándose y mirando a Rose que se había quedado callada e inmóvil en un rincón observando la escena.

-Siento mucha culpa, –atinó a decir- te prometo que no voy a cagarla de nuevo; desde ahora mediré siempre mis palabras y no hablaré más tonteras. Ya... ya aprendí la lección. ¿Estás furiosa conmigo?

-No Rose no estoy furiosa. Pero si vuelves a lastimar a Pablo de nuevo con lo que dices, te juro que no te perdonaré y nuestra amistad se habrá acabado. –le dijo Maira lentamente y con calma para no estallar sobre ella.

-Nunca más, nunca más, amiga, lo prometo.

-Bien. Ahora que todo está arreglado vamos a desayunar. –concluyó Maira ya con el control recuperado y sus nervios más calmados, volviendo a

tomar la habitual actitud siempre digna que su abuela le enseñara llevar.

Pablo comió con ansias, tenía demasiada hambre y para Maira fue un gran alivio verlo alimentarse nuevamente de buena gana. Al menos este temporal ya había pasado.

Pocos días después, para animar a todos, Maira organizó el ir al circo los cuatro; era muy difícil poder trasladar a Pablo en la silla de ruedas a grandes distancias, ya que los colectivos no les paraban, y los radiotaxi no entraban al campamento, por lo que Maira habló con don Wallo para ver si podía llevarlos y traerlos en su auto y que les cobrara el servicio, sobretodo porque a la hora que terminaba la función era muy difícil conseguir locomoción si no se disponía de una propia. Abrió muy bien a Pablo, pese a que ya el clima estaba más cálido, y don Wallo lo subió y lo acomodó en el auto y luego allá lo bajó y lo sentó en la silla de ruedas. Se acomodaron en platea, en la primera corrida de asientos, en donde la ayudaron a acomodar a Pablo con la silla de ruedas y esperaron a que empezara el espectáculo, Rose y Pablo estaban de lo más ansiosos; Rose hacía por lo menos un par de años que no iba a un circo y nunca había estado sentada en platea y para Pablo prácticamente era la primera vez que venía a un circo, pues no recordaba haber estado en uno antes. Por su parte Maira estaba más bien nerviosa y temerosa por haber sacado a Pablo de noche, pensaba que se podía enfermar o pasarle algo, por lo que a cada rato lo observaba, antes de que se apagaran las luces le tomó la mano y le dijo que si se sentía mal o necesitaba algo le apretaría la mano para que ella se diera cuenta, para Pablo fue agradable estar tomado de la mano con Maira todo el tiempo. Ya en el intermedio compraron golosinas y Rose que se dio cuenta que Maira no estaba disfrutando el espectáculo por estar pendiente de si le pasaba o no algo a Pablo, le pidió que se calmara y que disfrutara del show, le dijo que Pablo estaba bien y que él también estaba disfrutando del circo. Maira volvió a preguntarle por enésima vez a Pablo si estaba bien, él asintió y ella se relajó; Rose que cargaba en sus brazos a Jerry que dormía plácidamente, le dio una sonrisa de complicidad en tanto las luces volvían a apagarse para iniciar la segunda parte del espectáculo. A la salida, estaban los tres adolescentes felices. Maira llevaba a Pablo en la silla de ruedas y Rose cargaba en sus brazos a su bebé dormido. Se alejaron un poco del gentío y Maira llamó a don Wallo para que viniera a recogerlos. Tuvieron que esperar unos veinte minutos o más, hasta que llegó el vehículo; Rose comentaba el show con la alegría de una niña pequeña y Maira observó que hasta Pablo tenía en su rostro una pequeña sonrisa dibujada en sus labios. Llevaron la foto de recuerdo que pegaron en la puerta del closet donde todos los días pudieran volver a recordar ese grato momento.

Una tarde a principios de octubre Margot se asomó por la cabaña

de Maira indagando cosas.

-¿Qué quieres aquí, Margot? –preguntó Maira con cautela.

-Solo pasaba por aquí y me entró la curiosidad... ¿Qué es de Pablo? ¿Está todavía vivo?

-El Pablo está bien. Está mucho mejor, si es lo que quieres saber.

-¿Y está aquí? –preguntó dudosa, intentando husmear hacia dentro de la mediagua.

-Por supuesto, pero no creo que sea buena idea que lo veas.

-Ah, claro... sé que él no querrá verme, pero solo quería saber, no es que esté interesada, no. –disimuló- Pero me imagino que no ha vuelto a hablar o a andar ¿Verdad?

-No. –respondió con pesar Maira.

-Bueno, yo solo pasaba, y ya me voy, lo lamento por ti que sigues cuidando a ese... chico; pero tú te lo buscaste –dijo de pronto como queriendo ser intencionalmente odiosa y se marchó. Dejando a Maira con una sensación de extrañeza y suspicacia; sin saber qué cosa Margot se traía entre manos.

Dos días después, estando Maira comprando en la feria, se pegó un gran susto al sentir que alguien la jalaba fuertemente, y tapándole la boca la metió a una de las casitas que estaban tras los puestos, en los pequeños pasajes que estaban alrededor del sector principal de la feria, cuyas ramificaciones, se extendían cual ramas de un árbol por todas las calles aledañas. El corazón de Maira comenzó a brincar desbocado, pensando que era Edgar o su padre que la habían encontrado y la obligarían a retornar a Santiago. Ya adentro de la casa quien la sujetaba la soltó y Claire apareció frente a ella.

-Te vi en la feria y le pedí al Rober que te trajera.

-¡Pero así! Casi me mataste del susto. ¿Qué quieres? –le reprochó.

-El ogro está furioso, sobretodo con mi mamá porque se enteró que ya no tiene al Pablo. –le advirtió

-¿El ogro?

- Shhh –dijo haciendo un ademán de que hablara más bajo- el ogro; el viejo Cano... los escuché hablar; quiere al Pablo de vuelta. Le sacó la

cresta a la bruja por que se deshizo del pablo...

-¡Dios! ¿Golpeo a tu mamá?-susurró.

-Sí, y dijo que era un riesgo si el pablo no estaba con ellos, que podía perder todo; dijo también que no puede enterarse de la verdad...

-¿Verdad? ¿Cuál verdad? –preguntó con interés, pero Claire levantó los hombros en señal de no saber.

-Cuídate del ogro y de la bruja. Esos dos algo se traen con Pablo, yo sé que es así. –Dijo perdiéndose en sus pensamientos de pronto. – Vete, vete ya, tu no me has visto. –concluyó sacándola de pronto a empujones del lugar.

Volvió a encontrarse frente al puesto en el que pensaba comprar, mientras la puerta por la que acababa de salir se cerraba rápidamente. Afuera todo parecía normal. Compró solo algunas cosas, mientras la conversación con Claire le daba vueltas; tal vez solo eran alucinaciones de ella, aunque de hecho Margot si había estado merodeando; otro motivo del que estar vigilantes ¡¿Es que acaso los problemas nunca se iban a acabar?!

La advertencia de Claire se hizo realidad una semana después, cuando durante la mañana golpearon a la puerta y era Margot acompañada por un alto y robusto hombre de cara adusta y ojos penetrantes que se plantó frente a ella con voz intimidante y empujándola a un lado se metió dentro de la cabaña diciéndo que era el tío de Pablo y que venía a llevárselo. Margot entró tras él y Maira en un impulso de protección corrió a ponerse delante del muchacho.

-¡No puede llevárselo! Él está bien aquí –Maira estaba de pronto aterrada ante la idea de que se lo llevaran, el corazón le latía con fuerza, desbocado, y la respiración se le hacía dificultosa, los ojos querían anegársele por completo y su cuerpo completo comenzaba a estremecerse de pavor

-¡Córrete, niña! Me vengo a llevar a este mocoso. La Margot nunca debió dejar que te lo trajeras, pero ahora yo voy a arreglar las cosas.

-Ella lo maltrataba... él necesita que lo cuiden... -empezó a decir llorando

-yo sé que necesita este –dijo observando a Pablo que lo miraba horrorizado, sabiendo que si se lo llevaban volvería al infierno en el que

había estado durante tantos años.

-Por favor; se lo ruego; a mí no me importa cuidarlo, además nunca les voy a pedir nada a ustedes, por favor, solo deje que se quede conmigo.- Las lágrimas corrían por los ojos de Maira, se sentía de pronto desesperada, ella también intuía que si ellos se lo llevaban lo volverían a hundir en el terrible sufrimiento en el que lo había conocido, y si se lo llevaban, la posibilidad de volver a verlo o a recuperarlo podrían ser quizás nulas.

-Sale de encima, Maira. Deja que el Cano lo saque, no estorbes, ni hagas las cosas difíciles, si sabes lo que te conviene; no querrás terminar por ahí como una prostituta muerta más ¿No? –espetó amenazante Margot, apuntándola con una cuchilla.

-No pueden llevárselo... -repitió Maira, haciendo acopio de todo su coraje y valentía, estirando los brazos en señal de barrera, aún sabiendo que probablemente no habría nada que pudiera hacer para evitar que ellos lo tomaran.

En eso la puerta de la mediagua se abrió y entró Rose que venía con su hijo de un control del niño en el hospital. Le bastó un segundo para darse cuenta de lo que pasaba y sin pensar en las consecuencias avanzó hacia ellos.

-¿Qué hacen aquí? ¿Qué quieren con el Pablo? ¿Acaso están pensando siquiera en que se lo pueden llevar? Ni lo sueñen, si no fuera por la Maira el Pablo estaría quizás muerto. ¿Ustedes creen que nosotras no sabemos lo que ustedes le hicieron? El Pablo no puede hablar, pero si puede comunicarse y él nos ha dicho todo lo que ustedes le han hecho, todo lo que lo han hecho sufrir y todo lo que lo han maltratado, y si creen que vamos a dejar que se lo lleven para que vuelvan a lastimarlo, ni lo piensen, porque nosotras lo vamos a defender y no vamos a dejar que ustedes le vuelvan a hacer daño nunca más; así que vayan yéndose de inmediato de aquí, ustedes no tienen nada que venir a hacer para acá...

-¿Qué te crees estúpida mocosa malcriada? ¿A quién te crees que le estás hablando, mugrosa? –el hombre avanzó unos pasos hacia Rose y ella retrocedió unos pasos intimidada, pero apenas logró mantener la distancia volvió al ataque.

-No se me acerque. –dijo levantando el celular en la mano- Estoy llamando a la policía, si usted me hace algo o cualquiera de nosotros lo van a saber.- en eso se sintió en el altavoz del celular al carabinero que respondía : “133, emergencias ¿En qué puedo ayudarle?”- Se metió un hombre y una mujer a nuestra casa y quieren hacernos daño... -respondió Rose y Margot se puso lívida. Rose retrocedió un par de pasos más hasta chocar con la pared, al ver que el hombre la miraba fijamente con furia

asesina en los ojos. Rose quitó el altavoz y se puso el celular al oído para seguir dando información. El hombre la observó un momento más y observó a Maira, que sentía que las piernas no la resistirían más.

-Yo me largo. –exclamó Margot a su hermano y aún no llegaba a la puerta cuando el hombre repasando con la mirada a las dos chicas y a su sobrino dio media vuelta, dispuesto a irse también, esbozó una maldición antes de cruzar la puerta y se marcharon ambos a toda prisa.

Un silencio sepulcral invadió la mediagua por unos segundos, Rose dejó el teléfono a un lado y avanzó hacia Maira.

-Este truco no falla. ¿Estás bien? –le preguntó y entonces Maira se puso a llorar descontroladamente. Rose la abrazó y Maira no lograba contenerse ni que su cuerpo dejara de temblar. Luego de un momento se repuso y volteo a ver a Pablo a quien le corrían silenciosas lágrimas por sus ojos y en su rostro había tanto temor como en el de ella. Maira tomó las manos de él entre las suyas, sin saber qué decir, el miedo aún la paralizaba.

-Gracias Rose –Atinó a decir, girándose hacia ella, después de varios minutos- si no fuera por lo que hiciste ellos se hubieran llevado al Pablo, yo no sabía qué hacer.

-Amiga, no iba a dejar que esa gente se saliera con la suya. Además, No sé para qué quieren llevarse al Pablo, ¿Qué querrán con él?

-No lo sé. –respondió con tristeza Maira, sentada en el borde de la cama mientras seguía observando el rostro de Pablo y le secaba las lágrimas de sus mejillas

-Él no puede volver con esa gente –dijo Rose- sólo lo harían sufrir.-

Pablo se sorprendió al escuchar hablar a Rose y ver como lo defendió a él y a Maira, pues él creía que Rose lo veía como un estorbo, una carga inútil en la vida de su amiga, por lo que dejó de sentir rechazo hacia ella.

Pablo haciendo con su mano un gesto de dibujar una espiral en el aire, se esforzó por hacerle entender a Maira que deseaba intentar escribir algo; Pero ninguna le entendía lo que quería, hasta que al fin después de preguntarle varias cosas que pensaban que él quería decir y a las que él negaba con la cabeza, atinaron con lo que quería. La vez anterior no había logrado hacerlo, pero ahora tenía mucha más movilidad en sus manos y brazos, tal vez ahora podría... Maira lo acomodó en la cama semi sentado, y puso una hoja de papel frente a él sobre una bandeja, para que le sirviera de apoyo, le puso la lapicera en la mano y Pablo la tomó torpemente, logrando sostenerla con un poco de esfuerzo y logró escribir una frase, y miró a Maira detenidamente para ver su reacción mientras ella leía: "Por favor, no dejes que me lleven". Los ojos de Maira volvieron

a inundarse de lagrimas una vez más; la suplica de Pablo escrita en aquel papel, era para ella la evidencia de lo mal que él lo había pasado con esas personas.

-No dejaré que te alejen de mí, Pablo –le respondió entre lagrimas- Haré lo que sea para que ellos no te quiten de mi lado. Ni yo, ni Rose dejaremos que esa gente te lastimen de nuevo. ¿Verdad, Rose? –dijo Maira observando a su amiga que estaba frente a ellos, mientras Maira sentada al lado de Pablo le acariciaba las manos suavemente.

-Si Pablito; La loca de tu tía tendrá que vérselas conmigo si intenta algo; y yo puedo ser tan chora como ella; ustedes son mi familia ahora y yo voy a defenderlos a ambos.

-Fue muy valiente lo que hiciste Rose, aún no te he dado las gracias; estamos en deuda contigo. Pero ahora tendremos que decidir qué hacer; ellos pueden volver a intentar algo. –comentó preocupada Maira mirando a ambos.- Además, ahora la policía sabe donde vivimos, tal vez vengan...

-No les di información, después de quitar el altavoz, corté la llamada, pero fingí hablar con ellos, así que no te preocupes. ¿Pero ahora...qué quieres hacer Maira? ¿Denunciarlos de verdad?

-No puedo denunciarlos... No puedo ir a la policía... -respondió titubeante

-¿También te ocultas de alguien, verdad? –intuyó asertivamente Rose, mirándola con suspicacia al igual que Pablo.

-Algún día les contaré muchas cosas que por el momento no puedo.

-¡Vuelve a aparecer la señorita misterio! –le dice Rose en broma y con una sonrisa en los labios.

-Mi vida por el momento es compleja, pero eso ya no viene al caso; hay que ver que precauciones vamos a tomar en caso de que ellos intenten venir de nuevo.

-¿En qué piensas? No puedes ocultar a Pablo, y tampoco podemos dejar de trabajar, de lo contrario no tendremos de qué vivir.

-No estoy pensando en eso. Pero creo que preferiría que los próximos días pudieras estar aquí Rose y no vayas a la feria... ¿Puedes hacerlo por mí, por favor? Y no pienses en el dinero, yo tengo suficiente por el momento para todos...

-Está bien Maira; lo haré por ti, además no puedo dejarte sola ahora que más me necesitas; y el Pablo no puede quedarse solo en ningún

momento, por si acaso quieren venir cuando no estemos.

-¡Dios! ¡Ellos van a querer entrar cuando él esté solo y no haya quien los detenga! ¡Amiga, tengo que llevarme al Pablo de aquí; es la única forma de que él esté seguro! – pronunció de pronto, espantada, al tomar en cuenta esa posibilidad.

-¿Maira qué dices? ¿A dónde lo llevarás? ¿Con quién lo dejarás?

-Con nadie. Nos iremos todos de aquí. –dijo con determinación- Tenemos que irnos del campamento a donde ellos no sepan que estamos; es la única forma de que estemos tranquilos.

-¿Pero a donde? ¿Cómo? –preguntó Rose alarmada, ante la repentina decisión de su amiga.

-No sé. Buscaremos arrendar algo, en algún lugar, o por último nos iremos a otra ciudad.

-¿Estás loca? ¿Lo dices en serio? ¿Sabes lo caro que son los arriendos aquí? ¿Cómo lo pagaremos? Y eso, si es que lográramos arrendar algo. ¿Y irnos? ¿Con Pablo en las condiciones que está? No podríamos viajar con él así.

-Tengo que intentarlo, No voy a dejar a Pablo en manos de esa gente, además oíste a Margot, me amenazó, aquí ya no es seguro para nosotros.

-¿Y dejarás botada la mediagua y todo lo que tanto esfuerzo te ha costado tener?

-Rose... Escúchame: La vida de Pablo es más importante que esta mediagua y todo lo que tiene y además no sé qué tan peligrosos son, yo aquí estoy sola y tampoco quiero que me den una paliza o me hallen muerta por allí, por culpa de esa gente; no voy a quedarme aquí. Eso ya está decidido. –Pablo la observaba, con asombro por oírla decir que él valía más que sus posesiones, luego con preocupación ante el pensamiento que su tío Cano o su tía Margot quisieran dañar a Maira por su culpa y por último la miró impresionado por esa determinación tan característica de ella, y que a él le encantaba.

El resto de ese día no salieron de la mediagua a ningún sitio, los tres se veían preocupados, cada uno en sus propias cavilaciones.

Ya entrada la tarde, Maira se recostó al lado de Pablo, en la cama y se

acurrucó junto a él, mientras Rose veía tv en la mesa del comedor.

-Pablo, he estado tan preocupada por todo lo que ha pasado que recién ahora tomo consciencia que lograste escribir. –le dijo dulcemente cerca de su oído- Ahora podrás comunicarte mejor, decirme lo que sientes o piensas; lo que te pasa. Creo que te estás recuperando un poco, o eso quiero, y sé que necesitas atención médica, para saber qué es lo que tienes y ayudarte mejor... pero te prometo que en unos meses más todo va ser mejor y te pondrás bien y entonces haremos muchas cosas juntos que ahora no podemos... solo quiero que estés bien y que estés conmigo...

Pablo la observaba embelesado, él deseaba lo mismo estar bien y estar con ella; trabajar y darle todo lo que ella merecía; poder ser él quien la cuidara y protegiera... tal vez algún día. Se quedaron ambos mirándose el uno al otro, él movió su mano lentamente para tomar la de ella con timidez, ella tomó su mano y le sonrió y ninguno de los dos quería que pasara ese momento.

Los días siguientes fueron arduos y agotadores, Maira se dispuso a encontrar otro sitio para vivir cuanto antes. Salían por la mañana los cuatro; Rose con su hijo Jerry y Maira llevando a Pablo, al que no quería dejar solo ni un momento, para buscar arriendo, con todo el cansancio y frustración que implicaba el no hallar quien los aceptara y con el agotamiento que significaba para Pablo estar varias horas por la mañana y por la tarde en la silla de ruedas, pero Maira temía dejarlo en la mediagua y prefería que anduvieran todos juntos, aunque ella siempre estaba vigilante, mirando hacia todos lados, por si alguno aparecía, pero de los tíos de él, no habían vuelto a saber.

Capítulo 10

CAPITULO 9: LOS MEJORES AMIGOS DEL MUNDO.

Por fin a la mañana del quinto día y luego de haber indagado por muchas partes posibles arriendos, y de llamar a muchísimos anuncios, encontraron una pieza, que estaba bastante descuidada, pero era lo suficientemente amplia para todos. El dueño de la casa era un hombre que vivía solo y trabajaba por turnos, fuera de la ciudad, por lo que la casa pasaba sola constantemente. Les cobró barato, pero ellas tenían que pintarla y asearla, aunque él se comprometió a repararles el baño que estaba al lado de la habitación, y junto al patio, para que tuvieran ese baño para ellos. Esa misma tarde, fueron a mejorar el aspecto del lugar, con un oleo barato que compraron, y Maira y Rose se sentían muy alegres de haber conseguido arrendar allí, al notar lo lindo y tranquilo de la población, y más aún, al saber que tendrían salida independiente por el patio, por lo que no iban a tener que transitar por la casa de su arrendador. El hombre les entregó la llave de la pieza y la llave del baño, que estaba al lado de la habitación, y la llave del antejardín, previo pago del mes de garantía y del primer mes por adelantado.

Esa tarde se divirtieron mucho pintando y limpiando el lugar, jugueteando con la pintura y los útiles de aseo, mientras cantaban al son de los Vásquez y las bachatas de Prince Royce. Pablo les sonreía desde la silla de ruedas, mientras las veía trabajar, desde que conocía a Maira nunca la había visto tan contenta, ni tan sonriente.

Se mudaron un par de día después; embalaron sus pocas cosas y contrataron un flete, y no le contaron a nadie más que se iban, excepto a Estela, a la que le pidieron que no dijera nada al respecto. Aunque igual fue evidente la mudanza, al ver sacar sus cosas del campamento.

Su nuevo hogar había quedado bastante acogedor, luego del aseo y la pintura, y luego que acomodaran sus pocos muebles se hizo aun más agradable. Pusieron las camas a cierta distancia una de la otra y usaron el pequeño closet como división de una de ellas para tener más privacidad, y cerca de la puerta, acomodaron el pequeño comedor, la despensa y el mueblecito de cocina, y la cocina con el gas, teniendo que dejar todo lo más arrimado a la pared, para que pudiera transitar la silla de ruedas allí.

Maira se sentía mucho más tranquila en ese lugar, lejos del campamento y de la tía de Pablo. Además ahora estarían más cómodos, pues tenían agua potable, luz eléctrica no robada peligrosamente, y por sobretodo, un baño, que incluso tenía un viejo calefont, que aun funcionaba, por lo cual

sintió que ya no necesitaba ir a dormir a una residencial para asearse y dormir mejor; y claro, desde que estaba con Pablo le costaba mucho irse y dejarlo por la noche, además de haberse habituado a dormir a su lado.

Luego de haberse instalado completamente, Maira decidió llevar a Pablo al Registro civil para que tuviera su cedula de identidad, ya que el registro movil, nunca apareció. Allá se enteró que solo tenía que renovarla, pues ya había sacado una antes que estaba vencida a la fecha, pero Pablo no recordaba haber hecho ese tramite.

Maira comenzó a llevarlo a pasear por los alrededores; a Pablo le gustaba salir, observarlo todo; las casas, los arboles, los perros, los pájaros, mirar todo lo que le rodeaba, aunque era la gente la que le causaba un poco de miedo y ansiedad sin entender porqué; quizá por el hecho de haber estado encerrado tanto tiempo y que la mayoría de las personas de su pasado le habían hecho daño o simplemente no lo habían ayudado. Aún así Maira lo sacaba todas las tardes a pasear, la población era hermosa; casas grandes, con mucha vegetación en los antejardines y copas de arboles asomándose por los muros de los patios, el sector era tranquilo, a pesar de haber mucho universitario arrendando piezas por ahí. A unas cuantas cuadras el paseo Brasil con sus bandejones llenos de pasto verde, los juegos infantiles, los kioscos de completos, y frente a él las hileras de enormes y hermosos edificios frente a la playa. Sin duda Maira estaba más a gusto allí, a bastante distancia del campamento. Rose también estaba fascinada, especialmente después de hacer amistad con unos grupos de universitarios de la zona, amigos que se interesaron inmediatamente en Maira al conocerla y a la vez fueron amables e integradores con Pablo.

Llevaban dos semanas allí y Rose notó que Maira no había ido a trabajar ni una sola vez. Maira la evadió restándole importancia, diciendo que tenía algunos ahorros, pero Rose que tenía ciertas sospechas no la dejó en paz.

-Ya no voy a ir a trabajar. -dijo finalmente Maira.

-¿Es por Pablo? ¿Para no dejarlo solo?

-Sí, y también porque no lo necesito. Tengo algún dinero reunido para un tiempo. -le informó.

-Pero yo si tengo que trabajar, no puedo seguir viviendo a tus expensas...

-Yo no te estoy reclamando nada, Rose, y prefiero que estemos todos juntos, créeme, con lo que tengo alcanza para todos. Me siento más segura si estamos los cuatro, si nos separamos podría pasarnos algo.

- Acá no nos encontrarán, la ciudad es muy grande. Pero se me ocurrió que tal vez podríamos hacer algo para conseguir dinero. -dijo Rose

poniendo cara de diversión.

-¿Qué cosa? –preguntó Maira cruzando los brazos, seriamente, creyendo que Rose saldría con alguna tontería.

-No es nada malo... no me veas así. Pensé que podríamos vender dulces en la calle. –Se lo dijo de una vez.

-¿Dulces? ¿Tú dices golosinas, como los que se suben a las micros o los niños o discapacitados que se ponen a ofreces pastillas a cien? –respondió un poco espantada de tener que hacer eso.

-¡No! Dulces. Se hacer dulces; queques, roscas, alfajores, esas cosas; podríamos hacerlas y ofrecerlas en el paseo por las tardes.

-Ahh... tal vez podríamos probar. –respondió no muy convencida, le daba vergüenza tener que vender cosas en la calle, para Maira sería denigrarse aún más.

-Créeme, va resultar; a mi prima le iba bien en eso. –Rose saltaba entusiasmada de tener este emprendimiento.

Al día siguiente, ya con los materiales comprados para preparar los dulces, Rose se dispuso a hacerlos. En verdad era hábil en ello y Pablo la observaba curioso de ver como se hacían todas esas exquisiteces.

-Se te está haciendo agua la boca, prueba. –Le dijo Rose a Pablo tomando con el dedo un poco de crema chantilly y metiéndosela en la boca. A él le brillaron los ojos de delicia.

-¿Qué le estás dando Rose? –preguntó de pronto Maira, intrigada, mientras entraba de haber ido al patio a colgar ropa.

-Nada, solo una probadita. –Se excusó de haber sido pillada in fraganti.

-¿Una probadita de qué? ¡No le estés dando algo crudo que se puede enfermar!...

-¡Es solo crema, Maira! ¡Cálmate! No le va a pasar nada, lo sobreproteges demasiado. –comentó sentida.

-Es solo que me asusta que le vaya a pasar algo. –contestó más tranquila observando a ambos.

-Amiga, no lo puedes tener en una burbuja, para protegerlo del mundo y de cada cosa que creas que lo lastimará. Él tiene que aprender a disfrutar la vida y tú también. –le dijo Rose seriamente y con calma.- Mejor prueba un poco tú también y cambia ese caracho.-Le metió un poco de crema con

el dedo en la boca riéndose y Maira por esquivarla termino con crema en la nariz y una mejilla

-Lo sé. –Respondió sacando la crema de su cara con su dedo, para llevársela a la boca. En su mente sabía que era cierto. Lo sobreprotegía y no podía evitarlo.

Maira, en un instinto de venganza, tomó un poco de crema con la mano y se la esparció a Rose por el rostro, cayéndole incluso en la ropa y el piso. Pablo sonreía con diversión.

-iMaira! Ahora tendré que hacer más crema, y cambiarme la blusa.

-iEso fue divertido! –exclamó Maira sonriente.

-Si, y Pablo se está riendo de nosotras.

Lo observaron, y por primera vez él reía haciendo suaves carcajadas. Las dos lo miraron impresionadas, se veía hermoso riendo, su cara se iluminaba con su sonrisa.

-No te rías de mí. –Le dijo con dulzura Maira, tomando más crema con los dedos y dándole en la boca a Pablo, para luego chupar el resto que había en su índice, en un gesto sensual y espontaneo, mirándose, mientras saboreaban la crema como si fuera la boca del otro la que disfrutaran.

-iYa, dejen de pololear delante de mí! –Bromeó Rose, sacándolos del momento.

-Qué cosas dices, Rose. –Evadió Maira el comentario.

Maira limpió las comisuras de él con una servilleta, y ambas fueron a lavarse al baño.

Por la tarde llevaron todos los dulces listos para la venta a su paseo diario. Maira se sentía tímida y avergonzada, en cambio Rose estaba eufórica, y ella los ofrecía con mucha gracia, los fue vendiendo en el trayecto y luego estando en el paseo se instalaron en un sector cerca de los juegos infantiles a ofrecerlos. Incluso los automovilistas que pasaban compraron algunos. Efectivamente fue un éxito.

Así la venta de dulces se volvió una rutina diaria, y para Pablo era agradable ver preparar los dulces a Rose, sobretodo porque era el primero en probar cada uno de ellos, incluso tuvo el valor de intentar ayudarla a acomodarlos en el recipiente plástico que los transportaban y pudo hacerlo, lo cual fue para él como un triunfo, poder hacer que sus manos

fueran útil para algo nuevamente.

El cochecito de Jerry y la silla de ruedas servían además, para transportar los dulces, junto con sus ocupantes, y poco a poco la gente se acostumbró a verlos y comprarles lo que hacían. No sabían si era por el hecho de ser dos chicas adolescentes, con un bebe y un joven invalido, pero lo que fuera, servía.

Con los días la gente además de comprar, les preguntaban por sus vidas, por lo que tuvieron que tomar la decisión de responder que eran parientes todos ellos. Fue así como Maira conoció una enfermera que se interesó por ayudar a Pablo. Maira la invitó una noche a su casa, allí charlaron, y Maira le contó lo difícil que fue sacar la cédula de identidad de él, porque nunca fue el registro móvil que iría a su casa, y que ahora que tenía hace poco el carnet, había ido al hospital y le habían dicho que tenía que ser en el consultorio de su sector, allí hacerle la ficha, sacar consulta para el médico y él debía ingresarlo en los programas que necesitara. Le contó que había ido al consultorio y le hicieron la ficha, pero no consiguió consulta sino para un mes más, y además, le habían dicho que el programa de postrados de allí se había cancelado por falta de recursos.

La enfermera la escuchó, mientras se fumaba un cigarro en el antejardín de la casa, allí hablaban a solas, Le prometió ayudarla y Maira tuvo la confianza de contarle que Pablo no era familiar suyo, y le explicó brevemente la situación, y le pidió que no avisara a la policía.

-No lo haré –le aseguró- la salud pública no es muy buena, y él quedaría solo si lo internan; aquí tú lo cuidas y te preocupas constantemente de sus necesidades. Pero es importante que entiendas que él necesita un diagnostico y seguramente terapia de rehabilitación. Hay que buscar la forma de hacerle algunos exámenes, para poder saber mejor cual es su estado actual. Yo voy a ayudarte con todo eso, lo moveré por dentro, y será más rápido; tengo una amiga que es doctora, veré si puede ayudarme con el papeleo.

-Gracias. Es usted muy amable. –dijo sinceramente, algo emocionada.

-Me alegraré si consigo ayudarles. –respondió con honestidad.

Días después, mientras vendían, vieron pasar un vehículo promocionando un parque de diversiones que se había instalado en un sector del estadio. Rose se entusiasmó con la idea de ir para allá después de la venta. Maira estaba dudosa, si bien no quedaba muy lejos de allí, no sabía si sería demasiado agotador para Pablo.

-Vamos Maira, él también se divertirá, podrías hacer que se subiera a algunos juegos. –la miró haciendo cara de suplica con las manos juntas.

-No sé, le puede hacer mal, o caerse y lastimarse, marearse y enfermarse, que se yo... me asusta.

-Pregúntale a él si quiere ir, si dice que sí entonces vamos ¿Ya? –pidió Rose dando saltitos como una niña.

-¿Qué Piensas Pablo? ¿Quieres ir a un parque de diversiones? ¿Crees que estarás bien si vas? –Pablo asintió divertido, viendo como Rose le hacía gestos de complicidad por detrás para que la apoyara.

-De acuerdo. –Dijo Maira con una sonrisa- Entonces iremos.

Se fueron caminando hasta el estadio, mientras conversaban animadamente.

El parque era grande, con muchos juegos; lástima que Jerry fuera demasiado pequeño para los juegos infantiles, pero todos se subieron a la rueda de la fortuna y a las tazas locas e incluso a los autos chocones; La gente del parque fue muy amable en ayudar a subir y bajar a Pablo de los juegos, la pasaron muy bien y Pablo se veía radiante, con una hermosa sonrisa de felicidad en su rostro. De regreso a casa, Maira llamó al radiotaxi y llegaron muy alegres todos, excepto Jerry, que ya tenía sueño y quería su leche.

El mes de noviembre acababa y ya todo el comercio y las casas empezaban a ser decoradas para navidad. El tiempo estaba pasando: "Solo tres meses más" pensaba Maira al observar el calendario, mientras sacaba la hoja del mes que se iba.

-Todos están ya decorando. ¿Celebras navidad, Maira? –preguntó Rose.

-Si. Supongo que tendremos que comprar algunas cosas para adornar. –dijo sin mucho ánimo festivo, arrojando la hoja a la basura.

-Empezando por un árbol, aunque sea pequeño. –agregó Rose.

- Tienes razón hay que decorar esto, a Jerry le gustará y tal vez a Pablo también. –intentó con más animo.

-¿Has pensado que tal vez Pablo nunca ha pasado una navidad feliz? –meditó de pronto Rose, y a Maira se le apretó el corazón al pensar en ello.

-No lo sé, pero si es así, hay que hacer que este sea un mes inolvidable y fabuloso para él. –decidió, observándolo desde la puerta, mientras él

tomaba el fresco bajo el árbol del patio, junto a las macetas de flores.

-Le preguntaré si le gusta la navidad –Dijo en un impulso Rose.

-Por favor, ten tacto, no vayas a hacer que se sienta mal.

-Como órdenes. –le respondió con una sonrisa cómplice, poniendo su mano en la frente como un saludo militar, en son de broma.

Fue hacia Pablo y se sentó a su lado, en una banca y le habló.

A medida que Rose le hablaba, Pablo no sabía que responderle, no existía ni un si ni un no. Tenía un muy borroso recuerdo de su infancia, junto a sus padres y un gran árbol de navidad, en una casa junto a la playa, muchas luces, y todos felices, pero no recordaba casi nada de su infancia; nada de antes del accidente. Después de eso, sus recuerdos eran sombríos; sus tíos celebraban navidad con sus hijos; su primo Michael y sus dos primas, comían y bebían hasta hartarse, y él ayudaba a servirles, sin que le ofrecieran nada sino lo que caía al piso o lo que le arrojaban como si fuera un perro callejero hambriento; a su prima le encantaba hacer eso; tirarle comida al piso, para que él la comiera de allí, mientras lo miraba burlona. Luego habrían regalos con los cuales nunca estaban conformes. A veces, simplemente se iban a celebrar a otro sitio, entonces quedaba solo en casa, encerrado en su cuarto, en medio de la oscuridad y el silencio. ¿Si le gustaba la navidad? Ni siquiera tenía claro qué era, o porque la celebraban, si lo supo alguna vez ya no lo recordaba.

Maira se les acercó con un cuaderno y un lápiz, preguntándole si quería escribir algo para decirles lo que sentía o pensaba. Pablo tomó el lápiz y con un poco de esfuerzo escribió: “No sé que es la navidad”.

Las miró a ambas, las que se observaron brevemente entre ellas, asombradas, y Hablaron las dos al mismo tiempo Atropellando las palabras una con la otra. Para ofrecerse a explicarle el significado de esa fiesta.

-¿Puedo ir a comprar adornos? –preguntó Rose traviesa a Maira, mientras tomaba a Jerry que otra vez se estaba encaramando sobre Pablo, como ya se le estaba haciendo costumbre, desde que ya no solo gateaba sino que había aprendido a caminar solo.

-Ve, a Jerry le gustará elegir pelotas brillantes para arrojarlas y que tú las recojas –dijo con diversión.

-Ja, ja. –dijo remarcando las sílabas, en una ironía, porque Maira tenía razón, Jerry estaba en la edad de arrojar todo lo que pillaba al piso, para

pedirlo una y otra vez.

Rose salió y Maira se sentó al lado de Pablo y le explicó la navidad, tal como se la enseñara su abuela y su madre cuando era pequeña; que hermosos recuerdos tenía de ello; fueron tiempos maravillosos; ellas siempre hacían que todo fuera fantástico.

Pablo la escuchó absorto, sonriendo, como si Maira le contara un cuento, o una leyenda, aderezada del amor y las historias de la familia de ella.

Por la tarde Rose le mostró a Pablo todo lo que había comprado, emocionada como una niñita y le hablaba de adornos y regalos, de las luces y los viejos pascueros, los renos, los muñecos de nieve, los arboles de pascua, las botas navideñas llenas de golosinas y las guirnaldas, las coronas para la puerta y el pan de pascua con el chocolate caliente. Pablo la escuchaba y se reía, más bien de ella, que actuaba como una loca, fascinada por la celebración.

Al día siguiente, se pusieron a decorar y armar el arbolito que comprara Rose. Jerry, estaba entusiasmado con los adornos, los cuales probó llevándoselos a la boca, cuando se los quitaron no encontró mejor lugar que treparse sobre Pablo, nuevamente, y acomodarse sobre sus piernas, las chicas los observaron y se echaron a reír, Pablo también reía de buena gana.

Diciembre fue un mes especial para todos, probablemente ninguno de los tres adolescentes, había disfrutado tanto de una celebración desde hacía mucho tiempo. Y aunque tuvieron mucho trabajo con los dulces, pues hasta les hicieron pedidos, más aún de las galletas navideñas que Rose habilidosamente decoraba, siempre se dieron el tiempo para aprovechar todas las actividades que realizó el municipio para esas fechas, fueron a conciertos, obras de teatro, se sacaron fotos con papá Noel en el mall, y entraron a un juego de nieve falsa, pasearon por las ferias navideñas y decoraron su pieza con muchas cosas de navidad, hasta unos pijamas, al punto que hasta ellas mismas les daba gracia por esa locura, le pusieron adornos hasta al árbol del patio y persiguieron a la gata de la vecina para ponerle una campana en el collar, solo por divertirse. Compraron constantemente comida alusiva a navidad; chocolates de viejo pascuero, pan de pascua, caramelos de bastón y todo lo que hacían era para hacer feliz a Pablo y la una con la otra. Ese mes fue de mucha diversión y poco stress, incluso Maira logró relajarse y dejar de estar constantemente vigilante de si aparecían los tíos de Pablo o Edgar y su padre.

Los únicos momentos de tensión, se vivieron cuando Maira tuvo que decirle a Pablo que la enfermera le había conseguido hora para los exámenes y tendría que ir a tomarse las muestras. Pablo no quería ir al

hospital, y fue la primera vez, que a ambas le pareció que él tenía un berrinche, como el de un niño pequeño. Estaba muy disgustado, pero finalmente no tuvo opción y Maira lo llevó a hacerse las pruebas, que al final no eran en el hospital, sino en una tranquila clínica, donde los recibieron muy bien, los atendieron con prontitud y les dijeron que los exámenes llegarían a manos de la doctora que los había requerido. Ella debía ser la amiga de la enfermera.

Días más tarde, volvió a llamarles la enfermera para avisarles que la doctora lo vería después de navidad, con los resultados y que allí ella les daría una orden para que Pablo pudiera tomarse unas radiografías.

Navidad llegó y las chicas prepararon la cena lo mejor que pudieron, pusieron velas y villancicos, que habían estado oyendo todo el mes con un cd que comprara Rose. Durante la cena, Pablo quiso intentar comer por si solo, y aunque las manos le temblaban un poco al sujetar la cuchara y llevársela a la boca, con algo de dificultad logró hacerlo, aunque el vaso no consiguió poder tomarlo, aún no tenía suficiente fuerza para ello. Pero ya era un nuevo avance.

A la medianoche, abrieron los regalos, Ambas habían comprado variadas cosas que envolvieron una por una, para poder tener más paquetes que entregar, muchos fueron para Jerry como el bebe de la casa, y varios otros para Pablo, además de los de ellas.

-Para Pablo de Maira, Para Pablo de Rose, para Pablo de Jerry, Para Pablo de Maira... y otro más de parte de Maira –Reía Rose entregándole los regalos a Pablo.

-No se los des todos juntos, déjalo que los intente abrir de a uno. –le replicó Maira sonriente. - ¿Te ayudo, cariño?- preguntó a Pablo.

Pablo asintió y Maira le ayudó con sus paquetes, abrió el primero y era un perfume; Azzaro pour homme y una polera Lacoste , el segundo traía un jockey y muchos calcetines, el tercero era desodorante, y unas pantuflas y el cuarto era una caja de bombones Ferrero, y el quinto era una gruesa pulsera de plata con oro con su nombre tallado en ella; Maira la sacó de su estuche, se la colocó en la muñeca a Pablo y le dio un beso en la mejilla, mientras Rose veía con grandes ojos la pieza de joyería.

Cada uno abrió sus regalos, y un poco más tarde fueron a dormir. Ya en la cama, Maira se acomodó al lado de Pablo le tomó la mano y acarició su muñeca justo al lado de la pulsera, le llevó la mano frente a su cara y volteo la pulsera; tenía una dedicatoria:

-¿Puedes leerla? -Le dijo bajito mostrándosela. Él asintió con emoción. La

dedicatoria decía: "Al que le da un propósito a mi vida".

El 27 de diciembre tuvieron la cita con la doctora; Pablo no quería ir, y llegó allí haciendo pucheros, y no quería dejar que la medico lo revisara. Los resultados de los exámenes fueron más auspiciosos de lo que esperaban, la anemia había desaparecido casi por completo, y fueron descartadas varias patologías, su sistema inmune estaba bien, al igual que sus riñones y pulmones, y su corazón funcionaba con normalidad. La doctora les explicó que ahora tendría que tomarse unas radiografías y más adelante iba a necesitar de unos exámenes neurológicos, para encontrar la causa de su invalidez. Le recetó nuevas vitaminas y suplementos de minerales, junto con un sedante, pues notó que él era muy nervioso y asustadizo.

Pronto llegó el año nuevo y Maira y Rose lo celebraron con una cena que compraron y luego de las doce y los abrazos, la champaña, el confeti y los fuegos artificiales, cantaron y bailaron cumbias y bachatas entre ellas, en la habitación, Jerry se durmió sin que la bulla le importara, y Pablo las observaba, sonriente, en medio de ellas que bailaban a su alrededor, moviéndole su silla de ruedas, como para que él bailara con ellas. Y tal como se lo propusieron ambas, hicieron que ese mes fuera el más feliz de todos los que recordaba para Pablo. Maira sintió que había valido la pena todo el esfuerzo para disfrutar esa temporada, más allá de todas las cosas que habían acontecido en su vida y que empañaban su alegría cada vez que venían a su memoria.



Av. Brasil, Antofagasta.

Capítulo 11

Capítulo 10: Un Cumpleaños sorpresa y el gran escape.

Ahora que hacía calor, Maira lo bañaba más seguido, sentado en la silla de ruedas, en la comodidad del baño, así era más mejor y a él le encantaba, sobretodo porque le fascinaba sentir las manos de ella en su cuerpo, tocándolo por todas partes. Su piel se había vuelto suave y el tono muscular había regresado cubriendo su antes esquelético ser. Había subido bastante de peso, en comparación con su desnutrido estado anterior, en especial durante el mes de diciembre, comiendo constantemente todo tipo de dulces y golosinas.

-Te cortaré el cabello un poco. –Sentenció Maira luego de haberlo bañado esa tarde- Tienes el cabello ya muy largo y hace mucho calor, solo lo recortaré un poco, pero no esperes a que quede muy parejo no soy peluquera –le dijo juguetona, con una sonrisa en los labios- de lo contrario te llevaré a una peluquería, aunque tal vez eso sea lo mejor.

Pablo negó y con una sonrisa le tocó el pecho con sus dedos, para que entendiera que quería que ella le cortara el pelo. Maira entendió de inmediato y con la tijera le recortó un poco el pelo que ya le llegaba a los hombros, y aunque no le quedó derecho, como él tenía el cabello ondulado y se le tendía a rizar un poco, no se le notó.

Después de hidratar su cuerpo con crema, Maira quiso ponerle shorts a Pablo, pero este se negó rotundamente, se sentía muy cómodo en sus ya habituales pantalones de buzo, y como cada día tenía más movilidad, ya no era fácil vestirlo con algo que no deseaba. Maira jugueteaba con él, haciéndole cosquillas en la cama para que la dejara vestirlo a su pinta, pero a Pablo con una gran sonrisa de diversión, no le interesaba la moda, para él, el ancho y muy poco atractivo buzo, estaba bien.

-¡Ustedes no se cansan de pololear todo el día! –los regañó Rose, en son de broma, entrando en la habitación para acostar a Jerry que se había dormido sobre el césped, junto al árbol del patio.

Los dos la miraron y rieron, ya no les importaba que Rose siempre estuviera diciendo esas cosas, aunque en el fondo de sus corazones deseaban que fuera así, mientras su mente les recordaba que no era posible.

Los tres adolescentes, continuaron con su rutina de ir a vender dulces al paseo Brasil, y eso les servía para sociabilizar un poco y distraerse. Aunque a veces provocaba algunos celos en Pablo, porque Maira siempre atraía miradas, por su porte y forma de hablar, la habían invitado a salir varias veces, pero ella no aceptaba, y eso le hacía preguntarse

nuevamente a Rose si Maira era o no prostituta.

La segunda semana de enero, tenían la hora para las radiografías, y una vez más Pablo no quería ir, Maira lo llevó prácticamente a la fuerza, el sedante que recetara la doctora ayudó a calmarlo, aunque cada vez le costaba más hacer que lo tomara.

Regresaron a casa con los rayos en la mano, y Pablo se relajó totalmente una vez estuvieron en ella. Odiaba los hospitales, y les tenía miedo, pero no tenía como explicárselo bien a Maira.

Por la tarde, después de almuerzo, la doctora llamó a Maira para decirle que tenía un tiempo para revisar las radiografías, y que no era necesario que llevara a Pablo, por lo que lo dejó durmiendo una siesta, pues la tensión lo había cansado. Rose lo cuidaría en tanto volvía.

La doctora le mostró las radiografías y le fue explicando algunas cosas; lo más impactantes eran las múltiples marquitas que se veían; microfracturas, le dijo la doctora que se llamaban, le explicó que eran antiguas, pero que evidenciaban golpes; ahí estaba la evidencia de todo el maltrato que había sufrido. Maira intentó reprimir las lágrimas, delante de la doctora, pero no pudo, ver esas marcas en el cráneo, y en los huesos de los brazos y las piernas, era mortificante. Cuánto dolor él había tenido que soportar. Por lo demás, aparte de una leve descalcificación, sus huesos estaban bien; tampoco estaba allí la causa de su invalidez. Tendrían que hacerle más exámenes, pero eso iba a tardar porque eran más complejos y caros.

Por esos mismos días Maira sintió que alguien la vigilaba y la seguía, pensó primero que era idea suya, pero un par de veces le pareció ver un hombre que disimuladamente la observaba furtivo, pero no estaba segura, por lo que no quiso decirle nada ni a Rose ni a Pablo para que no se preocuparan, pero si volvió a estar altamente vigilante y ser aún más precavida con las salidas.

La tercera semana de enero, Maira le pidió a Rose que le ayudara a organizar un pequeño cumpleaños para Pablo. Rose no sabía que él estaría de cumpleaños. Maira quería que fuera una sorpresa, por lo que compraron lo necesario y lo guardaron en el refrigerador que su arrendador les vendiera a buen precio hacia a principios del verano, y fondearon un par de obsequios dentro del closet.

La tarde del festejo, se regresaron mucho antes de la venta de dulces, con la excusa de que a Rose le dolía mucho la cabeza. Maira se quedó en el antejardín tomando el fresco con Pablo y Rose que supuestamente iba a descansar, se puso a decorar la habitación.

Cuando Maira recibió una llamada por teléfono, decidió entrar y Pablo vio globos en el pasillo del patio, y en la puerta y al entrar a la habitación estaba decorada con guirnaldas y globos, y un enorme feliz cumpleaños colgaba de la pared, Pablo miró a Maira, pensando que era el cumpleaños de ella, Pero de pronto vio que Rose traía una torta con muchas velas de llamas titilantes y la puso frente a él, mientras las dos gritaban feliz cumpleaños y Maira hacía sonar una corneta que estaba sobre la mesa. Le empezaron a cantar feliz cumpleaños y Pablo las miró confuso, sin apagar las velas.

Rose dejó la torta en la mesa, y Maira se inclinó al lado de él.
-Pablo, hoy es tu cumpleaños. -Le dijo- ¿Lo sabes, verdad?

Pablo negó, no recordaba que ese día fuera su cumpleaños, lo había olvidado como tantas otras cosas. Rose miró a Maira, haciendo un gesto con la boca de "metimos la pata".

-En tu carnet de identidad, dice que hoy es tu cumpleaños. -le aclaró Maira con cautela.-¿No sabías?

Pablo negó de nuevo y los ojos se le inundaron de lágrimas, angustiado, porque no podía recordar cuando era su cumpleaños, en casa de su tío jamás nadie le dijo cuando cumplía años, ni menos le celebraron alguno, ni siquiera tenía certeza de su edad en ese tiempo.

-yo... lo siento pablo... lo siento mucho -se disculpó Maira- pensé que sabías. Habías visto el carnet cuando nos lo entregaron y te lo mostré. ¿Recuerdas que te dije que salías lindo en la foto?

Él recordaba ver el carnet, se fijó en la foto y en su nombre, pero pronto ella lo guardó y no se dio cuenta de ningún dato más. Así que estaba de cumpleaños; su fecha de nacimiento había dejado de tener importancia hacía mucho, cuando dejó de ser una persona para convertirse en un objeto en casa de su tío.

Maira fue por el carnet y volvió a mostrárselo. Pablo lo observó con detenimiento. Su foto, su nombre, y ahí estaba; su fecha de nacimiento: 21 de Enero de 1996. Pablo miró a Maira algo triste, no sabía cómo reaccionar, entendía ahora que estaba de cumpleaños, pero no recordaba que alguna vez se lo celebraran.

-Ese día es hoy. -le dijo Maira apuntando la fecha de nacimiento en el carnet- Hoy es 21 de Enero, y vas a cumplir dieciocho años, vas a ser mayor de edad. ¿Te gustaría que te cantemos de nuevo feliz cumpleaños y que puedas soplar las velas?

Pablo asintió, y se sintió mejor al pensar en que ahora todo era distinto a su amargo pasado; su hermosa Maira le había organizado un cumpleaños para él; ella lo veía como a una persona y no como una pertenencia.

Las chicas volvieron a cantar el cumpleaños feliz y la torta estuvo nuevamente frente a él, con las velas derretidas hasta la mitad, de tanto esperar a ser apagadas. Pablo sopló con fuerza al terminar ellas de cantar y las velas se apagaron, y Maira aplaudió mientras Rose dejaba la torta en la mesa, Pablo se animó y volvió a estar alegre, al ver el alboroto que hacían ellas con las cornetas y unas pelucas con sombrero que se pusieron sobre la cabeza. A él le pusieron una corona de cartón muy linda, y comenzaron a comer lo que tenían preparado. La torta estaba exquisita, y pablo terminó comiendo otro trozo que se echó a la boca con la mano, dejándose los labios llenos de crema. Todos reían.

Más tarde le entregaron dos obsequios uno de Maira y otro de Rose y Maira se contentó al ver que él los pudo abrir por si mismo, Rose le regaló una toalla con un set de ducha para hombres, y Maira le dio un elegante reloj digital, que mostraba la hora y la fecha, además de otras cosas.

Por la noche Maira jugueteó con él, mientras le ponía la pijama, sabía que eso a él le encantaba y a ella también, y ahora que él podía mover

mucho más su cuerpo era gracioso verlo retorcerse por las cosquillas, con su cara llena de risa y sus dulces ojos azules mirándola divertido. Era tal el encanto que emanaba, que Maira no pudo evitar ponerse sobre él y besarlo en la boca, primero suavemente y luego con más anhelo, él le respondió del mismo modo y los dos parecían que se transportaban a las nubes, de fondo la suave melodía de Franco de vita, cantando Tu de que vas, creaba el ambiente perfecto para ambos. La canción terminó y se oyó a Montaner cantando Bésame la boca, Maira intento en su mente, volver a ser racional y frenarse, pero ya no había nada que hacer, la música la invitaba y la envolvía directo a los labios de él.

Estaban perdidos en ese beso, cuando se abrió la puerta y entró Rose, que había salido a charlar un rato con las amistades que había hecho en el barrio.

-Ups. Lo siento. -dijo rose desviando la vista de ellos, incómoda y asombrada al mismo tiempo, al ver que los había interrumpido.- No he visto nada, solo voy a acostar al Jerry que se durmió. -agachó la vista y pasó rápidamente hacia su cama.

Maira salió de sobre él, avergonzada de que su amiga la pillara in fraganti, en cambio Pablo se veía a gusto, contento y muy divertido.

- Será mejor que te arrope, Pablo. -dijo Maira intentando disimular el bochorno que sentía.

Después de terminar de arroparlo, Pablo se durmió plácidamente. Ya no necesitaba las almohadas para evitar las escaras y para mantener los cambios de posición, ahora él podía acomodarse bastante bien, sólo.

Solo entonces, Rose se acercó a Maira.

-¿Al fin te decidiste? -preguntó con curiosidad.

-No. Yo no debí hacerlo...él es solo un amigo al que cuido...; me siento muy avergonzada. -respondió reflexiva.

-Maira, no te engañes, ustedes se gustan. Pero ¿Qué es vergonzoso para ti? ¿La situación? ¿O reconocer que te gusta un chico inválido? -Ahí Rose dio en el blanco y Maira se puso lívida.

-Yo no podría tener una relación con él... más que amistad -le confidenció a su amiga, Maira se sentía culpable.

-Entonces, será mejor que no lo ilusiones, si no quieres estar con él más que como su cuidadora, o protectora o amiga, como sea que quieras llamar a lo que haces por él. -Le dijo Rose muy seriamente.

Maira nunca la había escuchado hablar así, notó que Rose también le había tomado cariño a Pablo y tenía razón no debía crearle a él falsas expectativas.

-No quiero herirlo, Rose.

- Te complicas demasiado por todo, creo que tú le gustas y él te gusta, y qué si te decidieras a estar con él como pareja. No harías nada distinto de lo que haces ahora, si hasta duermen juntos, -dijo seria, pero luego, más livianamente y medio en broma medio en serio agregó:- pero entiendo que obviamente él nunca va a poder darte lo que quiere una mujer de un hombre: protección, ayuda, sexo, y por supuesto, que trabaje y tenga plata en el bolsillo.

-Tú siempre con tus cosas. -le dijo sonriendo- Mejor iré a dormir.

-Relajate, tonta. Después de todo para él fue un buen cumpleaños, y nadie haría todo lo que estás haciendo por él.
-Hasta mañana, boba. –le dijo Maira en son de broma, lanzándole un cojín, mientras se iba a su cama.

Cada día que pasaba, Maira sentía que la observaban al salir de casa y por las calles, y era el mismo hombre que se le había cruzado un par de veces por su camino. Sabía que se acercaba la fecha de cobrar su herencia, su padre y Edgar deberían estar desesperados buscándola. O tal vez quien la seguía venía de parte del hombre aquel que quiso llevarse a Pablo; su tío. No lo sabía, pero el miedo empezó a cundir en ella.

Una mañana, saliendo al antejardín para ir a comprar pan para el desayuno, notó un hombre frente a la casa, parecía hacer guardia, pero al notar que ella lo vio, se marchó de inmediato. Con temor salió a la calle y fue rápidamente al almacén con el corazón saltando en su boca. Regresó de inmediato y en la reja del antejardín alguien la retuvo del brazo, Maira levantó la vista; era Edgar.

-¡Tienes que venir conmigo! –exigió el hombre.
-¡Suéltame! ¡O voy a gritar! –espetó.
-¡Tu padre está muy preocupado, no sabes lo difícil que ha sido hallarte!
-¡No voy a volver!
-¡Eres menor de edad! ¡Tu padre aún tiene tu custodia!
-¡No por mucho tiempo! ¡Déjame! ¡Me lastimas!
-¡Rayos, Maira! ¡Mírate! ¡Tienes que volver a tu vida!
-¡No con ustedes! Edgar, vete. Dile a mi padre que me deje en paz, que no quiero saber nada con él.
-Tengo órdenes de llevarte conmigo. –confesó Edgar.
-¡No Ire! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Me quieren hacer daño! –comenzó a gritar Maira a todo pulmón, y Edgar la tomó con más fuerza ahora por la cintura.

-¡Callate! –ordenó.
-¡Auxilio! ¡Rose! ¡Señor Petronni! ¡Por favor, ayúdenme! –Gritó aferrándose con las manos a la reja para que Edgar no se la llevara.

Rose apareció en el antejardín corriendo, al mismo tiempo que su arrendador, el señor Petronni abrió la puerta de su casa, e incluso su vecina salió a la puerta. Rose se abalanzó contra el hombre golpeándolo con los puños y el señor Petronni con su voz aguda, preguntó que era ese escándalo. Amedrentó a Edgar y este soltó a Maira y huyó al ver que ya varios vecinos se asomaban desde sus casas.

Rose abrazó a Maira que lloraba copiosamente y el señor Petronni las hizo entrar un momento a su sala para darle agua a Maira y que se tranquilizara.

-Gracias a Dios que usted estaba aquí. –le dijo Maira agradecida de él.
-¿Quién es el tipo? –preguntó el arrendador.
-Es mi ex novio. –declaró finalmente Maira.
-Maira, que susto me diste ¿y ese hombre qué quería? –dijo Rose.
-Me quiere a mí. –concluyó.
-Tienes que tener cuidado con tipos así. –le recomendó Petronni.

Pasado el susto, volvieron a su pieza, Pablo estaba angustiado, sin saber qué sucedía. Pero al ver entrar a Maira un suspiro de alivio brotó por su boca. Maira aún temblorosa, se sentó en una silla junto a la mesa y poniendo el pan sobre la mesa, pidió que tomaran desayuno, porque después quería hablar con ellos. Rose y Pablo se miraron preocupados y luego miraron a Maira expectantes, pero ella no dijo nada más.

-¿Ese es Edgar, tu ex? –rompió Rose el silencio.

-Sí. Pero no quiero hablar más del tema.

Tomaron el desayuno en silencio, y después de lavar la loza, Maira dejó a Pablo junto a la sombra del árbol del patio, para que tomara el fresco. Y fue a hablar con Rose.

-Amiga. –le dijo- Prométeme que cuidarás de Pablo si me tengo que ir por un tiempo, o... si a mí me pasa algo.

-¿Qué dices, Maira? Me asustas. ¿Qué está pasando? –inquirió Rose.

-¿Lo cuidarás?

-Haré lo que pueda, pero yo no tengo los medios, ni la habilidad para ello, yo no soy como tú. Además, él te necesita a ti. –respondió dudosa- Pero dime ¿Nos harán daño? ¿En qué líos estás metida?

-No le harán daño a ustedes, me quieren a mí. No te puedo contar lo que pasa aún, pero te prometo que te contaré todo más adelante. Pero escúchame: Yo creo que tendré que irme de aquí por un tiempo...

-¿No es peor si estás sola? Aquí estás con nosotros, puedes esconderte.

-la interrumpió Rose.

-Tengo que huir... no puedo quedarme. –contestó con tristeza.

-¿Qué haremos sin ti el Pablo y yo, Maira? Te necesitamos, ninguno de los dos tiene más a donde ir... no nos dejes... –suplicó Rose.

-No quedarán desprotegidos, están en esta casa, y mira lo que te mostraré. –le dijo tomando un tarro metálico ornamental de la repisa que estaba sobre la cama.-Acá hay dinero es más de quinientos mil pesos... Y también esto... -Fue hacia el closet y sacó una zapatilla y metió la mano dentro de ella, tomando una bolsita y desparramando su contenido sobre la cama- Si llegas a necesitar más dinero las puedes vender.

-¿Joyas? ¿De dónde sacaste esto? ¿Las robaste? –preguntó intrigada Rose al observar la fina joyería.

-Son mías... regalos –explicó evasiva- ¿Te gustan? ¿Son lindas, verdad?

-Rose asintió, apreciando unos delicados pendientes- Quédate el que te guste. Estas joyas tienen bastante valor, no dejes que te den muy poco por ellas si tienes que venderlas. Con esto podrán estar bien un par de meses, hasta que regrese.

-¿Meses? ¿Y si no vuelves nunca más? ¿Y si te encuentran y te lastiman?

-la miró horrorizada Rose.

-No puedo llevarlos a todos ahora, no puedo huir rápido con ustedes... perdóname.

-¿Te irás hoy? ¿Ahora? Ni siquiera sé como cambiarle la ropa a Pablo.

-Rose se veía tan desesperada como Maira.

-No sé qué hacer, Rose. –Dijo de pronto Maira rompiendo en llanto nuevamente.- Tal vez pueda llegar a un acuerdo con ellos si me agarran... no me van a lastimar... no creo, sé lo que quieren.

Las amigas se abrazaron un largo rato y lloraron juntas.

-Rose, eres la única persona de confianza que tengo, no puedo dejar a Pablo con nadie más.

-¡Me dices que soy de confianza, pero no me cuentas tus secretos! Pero está bien amiga, haré lo mejor que pueda.

-Gracias.

Un poco después ya más recuperada del llanto y armándose de valor fue a hablar con Pablo... eso iba a ser lo más terrible.

Pablo estaba ansioso entendía que algo malo sucedía, sabía que ese nombre "Edgar" era de un ex pololo de Maira, pero no sabía nada más, y no le agradaba la idea de que le estuvieran ocultando las cosas.

Maira se acercó a él, con dulzura, como siempre, pero intentando mantener su fortaleza y su postura, le sonrió forzosamente, y se sentó a su lado y le tomó las manos. Pablo la miró a los ojos, esperando a que dijera algo, Maira lo observó también y ahí se dio cuenta que no podía decirle que se iría ni lo que pasaba, no podía anticiparle ese dolor. Pero en un instinto espontáneo se quitó la medalla que llevaba al cuello, la cual tenía una llave colgando de ella, siempre la llevaba oculta bajo la ropa, se la había dado su abuela antes de morir, y la hizo jurar que jamás se la quitaría sino hasta que fuera el momento. Maira observó la medalla en sus manos y en un suspiro se la colocó a él.

-Quiero que cuides esto por mí... es muy importante, y sin importar lo que pase, esta medalla significa que aunque en algún momento nos separemos, yo voy a volver. ¿De acuerdo?

Pablo la observó sin asentir o negar. Intuía que era una especie de despedida; algo estaba muy mal y Maira no le estaban diciendo qué. Intentó hablar nuevamente, formular preguntas, pero solo salían ruidos de su boca, la miró angustiada y ella lo abrazó por un largo rato, ocultando sus lágrimas.

El ambiente ese día fue de mucha tristeza, se sentía en el aire. Pablo observaba el comportamiento extraño de ellas, Las dos alerta a los ruidos, sus cuchicheos, el hecho que Rose no hiciera dulces para vender, Y Maira enseñándole a Rose algunas cosas sobre su cuidado.

Por la tarde, las dos salieron al antejardín; Maira iba a marcharse, no llevaba nada con ella, solo un morral con algunos efectos personales. Pero al acercarse a la reja, Maira divisó nuevamente al hombre que creía seguirla, esta vez él no se fue y siguió mirando fijo la casa desde cierta distancia. Maira recorrió la calle con la vista, asustada, y vio a Edgar fumándose un cigarrillo tranquilamente, apostado sobre un auto, Edgar la vio y le hizo una seña con la mano en ademán burlón, que le daba el mensaje de "aquí estoy, esperándote".

-No puedo irme Rose. Ellos están aquí. -Dijo dando la espalda al portón.

-Llamemos a la policía. -Sugirió.

-No. No puedo; Rose el que me busca es mi padre, si llamamos a la policía, me entregarían directo a sus manos.

-¿Huyes de tu padre? ¿Por qué?

-Rose, Yo tuve que escapar de ellos, Mi padre quería que me casara con Edgar, es una historia muy larga.

-Vamos. Volvamos adentro. –dijo Rose.

Las chicas volvieron a la habitación y Pablo sintió alivio de ver a Maira aún allí.

Durante los próximos dos días, Maira no asomó la cabeza fuera de la casa, tampoco Pablo. Fue Rose la que salió a comprar al almacén de cerca, solo una vez, y le informó que ya no se veían los hombres.

-Deben estar ocultos por ahí.

-¿Y si se fueron? ¿Si tu padre ahora que sabes dónde estás desistió?

-Ojalá fuera así. –rogó, aunque dudaba que fuera posible.

Pasaron tres días más y no hubo noticias de ellos. Entonces Maira sintió que no podía seguir encerrada; ese día salieron a vender dulces como lo hacían antes, pensando que estando los cuatro juntos, y en el paseo, donde transitaba tanta gente, estarían seguros.

Las dos estuvieron vigilantes toda la tarde, pero no hubo nada raro, todo estaba tranquilo, vendieron los dulces y se regresaron más temprano de lo usual. Para Maira fue un alivio poder salir a la calle de nuevo. Venían charlando animadamente, rose siempre bromista y bulliciosa le sacaba sonrisas a Maira para levantar su ánimo.

Llegaron al portón del antejardín y Maira estaba abriendo la puerta de la reja, cuando Edgar apareció de nuevo, como de la nada, no lo vieron venir.

-iMaira! itenemos que hablar!

-iDe nuevo tú! iya te dije que no quiero ir con mi padre!

-iNo sabes los problemas que has ocasionado! Además, ¿Qué haces viviendo aquí, con esta gentuza, vendiendo cosas en la calle como una mugrosa?... -replicó el hombre con desprecio.

-Edgar Para, no ofendas a mis amigos, no tienes porqué meterlos en esto.

-¿Tus amigos? ¿Un invalido bueno para nada? ¿Y una mocosa suelta de cascós con un hijo a cuestras? ¿Desde cuándo te juntas con gente de esa calaña?

-iNo nos ofenda! –le gritó Rose pateándole una canilla.

-iPara, mugrienta! –la detuvo Edgar.

iVete de aquí! Estas bloqueando la puerta, dejame entrar. –le dijo Maira intentando mantenerse fuerte e impasible, mientras lo hacía a un lado para entrar en la casa con Pablo.

-iEsta vez no te escaparás! –Espetó Edgar, metiéndose dentro del antejardín junto con ella.

-¿Aquí vives? –comentó burlón, metiéndose por el pasillo del patio, hasta el fondo en donde estaba la habitación de ellas.

Maira avanzó por el pasillo, llevando a Pablo en la silla, sin denotar temor o angustia, aunque por dentro la sentía. Rose callaba, ahora que sabía que era la familia de ella quien la buscaba, no sabía que esperar, pero suponía que no les harían daño a ninguno.

Entraron a la pieza y Edgar detrás, y allí se pusieron a discutir.

-¿Vives en este miserable cuartucho? iPor Dios, Maira! ¿Qué has hecho todos estos meses? –dijo con repulsión al observar la humildad del lugar.

-iHe sobrevivido! Eso mismo. –le espetó con altanería.

-Y por lo que sé, cuidas de ese miserable. –dijo mordaz, apuntando despectivamente a Pablo.

-Se llama Pablo. ¡No te atrevas a decir algo de él! –le gritó.

-¿Prefieres estar con ese idiota paralítico a estar conmigo? –vociferó él también.

-¡Yo te quería! ¡Me engañaste imbécil! ¡Todos me engañaron! Y por eso no les voy a dar lo que quieren. No obtendrán nada inada! ¡Todos ustedes se quedarán con las manos vacías! –le gritó Maira a Edgar, algo descontrolada.

Rose observaba la escena asombrada y en silencio, por primera vez, no tenía palabras, pero se daba cuenta que Maira no era quien decía ser o quien demostraba, y ya no sabía que pensar de ella. Por su parte Pablo estaba angustiado, no entendía su discusión, pero se sentía muy mal de que le volvieran a recordar, una vez más, que no valía nada, y por sobre todo, sentía mucha rabia y frustración, de no poder defender a Maira delante de ese sujeto.

-Eso no va a depender de ti. Tu padre tiene todo listo, solo necesita tu firma.

-¡Pues que venga aquí a intentar que se la dé! ¡Todos ustedes pueden irse al carajo!

-¡La que se viene conmigo eres tú! Es hora de regresar a la realidad, querida. –diciendo esto la sostuvo del brazo para arrastrarla a la puerta.

-¡Déjame, imbécil! –Gritó Maira, dándole una cachetada, en el mismo instante que reaccionando Rose se le tiró encima como una gata y le arañó el rostro.

-¡Mocosa Estúpida! –Profirió Edgar lanzando a Rose contra la mesa de un empujón, mientras volvía a tomar a Maira ahora de la cintura, en tanto esta pateaba y le golpeaba con los nudillos el pecho, para soltarse.

-¡Te irás conmigo! Quieras o no.

-¡Suéltame! – gritaba en tanto que Rose volvía al ataque.

-¡Déjala! ¡Déjala! ¡No puedes llevártela! ¡Ella no quiere ir! –repetía Rose, intentando patearlo y defender a su amiga para que este la soltara. Pero un nuevo empujó y Rose se golpeó la cabeza con la orilla del mueble de cocina.

Entonces Pablo sacando fuerzas de la necesidad, se arrojó sobre Edgar, derribándolo al suelo.

-¡Suéltala! – Se escuchó una voz potente, que salía de la boca de Pablo, en el mismo instante que un feroz puñetazo caía sobre la cara de Edgar partiéndole el labio, era Pablo, que con los ojos inyectados en ira, iba en defensa de sus amigas.

- ¡Esté imbécil me pegó! –vociferó sin poder creerlo aún, Edgar. Y reaccionando de inmediato quiso devolver el golpe.

Cuando estaba listo para arrojar su puño sobre la cara de Pablo, Maira gritó:

-¡NO! ¡A Pablo no! ¡No le pegues! – Le rogó, en tanto sujetaba las muñecas de Edgar torpemente con sus manos, para frenar el golpe.

-Vaya, vaya. Así que él es tu debilidad. –dedujo Edgar, poniéndose en pie, mientras tocaba su labio herido. –Puedo hacerle daño ¿Sabías? –le dijo a

Maira colocando uno de sus pies sobre las piernas de Pablo que yacía en el suelo sin lograr reacomodarse.

-¡No, Por favor! –suplicó nuevamente, con los ojos llorosos, llenos de miedo.

-Entonces vendrás conmigo, y no lastimaré a tu AMIGUITO –la chantajeó.

-Sí, si. Lo hare. Pero no le hagas daño a ellos, ellos no tienen nada que ver con todo esto, ni siquiera saben quién soy.

-¡Me lo imaginaba! –Río burlón- No te preocupes, esta peste no me interesa.

Edgar agarró a Maira firmemente del brazo, mientras ella echaba una última mirada a sus amigos, Rose sentada en el piso aún sobándose la cabeza y mirándola angustiada y Pablo tirado en el piso, con la rabia y angustia en el semblante, intentando levantarse inútilmente, sin quitar la vista de ella.

-Chicos, volveré. –Les dijo en una última angustiosa frase de despedida, al cruzar la puerta de la habitación.

-¡No es cierto!–Agregó Edgar con una sonrisa triunfal, mientras se llevaba a Maira de allí.

Edgar la condujo hasta un vehículo estacionado más allá, la hizo subir a su lado, subió él y puso el bloqueo eléctrico de las puertas del automóvil para que no huyera.

La llevó hasta un hotel. Le dijo que allí su padre la estaba esperando. Había venido de Santiago, solamente para buscarla.

Subieron por el ascensor hasta llegar a un elegante cuarto, en dónde Roberto su padre, la observó muy serio, al verla cruzar la puerta; con su traje formal y su corbata favorita, se pasó la mano por el cabello con exasperación; allí estaba la causal de todos sus disgustos.

-Padre –Dijo Maira sin verlo a los ojos.

El hombre avanzó hacia ella y sin mediar palabras le cruzó el rostro de una cachetada que la arrojó al suelo.

-Hasta que por fin la señorita da la cara. –espetó con rabia, soltándose un poco la corbata.

-Yo... tuve que hacerlo. –musitó poniéndose en pie nuevamente, mientras sobaba su mejilla lastimada e intentaba reprimir las lagrimas y el dolor.

-¡Mírate! Estás hecha un asco, con ese pelo y esa ropa... ¡Qué pareces; una vagabunda! ¡Y todas las cosas que me han contado de ti! –dijo con enfado.

-¿Mandaste seguirme? ¿Me investigaste? –preguntó.

-¿Qué otra cosa podía hacer? Tuve que contratar un detective privado. ¡Ni te imaginas lo que me salió la gracia; tuve que pagar mucho por ello!

-Entonces... ¿Para qué lo hiciste? –se atrevió a decir.

-¿Para qué? ¿Qué para qué? ¡Tú sabes para qué! ¡No te hagas la inocente! –gritó alterado, subiendo cada vez más el tono de voz.

-Todavía falta un mes para mi cumpleaños. ¿Qué harás hasta entonces?

-Menos de un mes. –aclaró- Nos regresaremos a Santiago, volverás a la casa y esperaremos tus dieciocho años como una feliz familia.

-No quiero volver, papá. Tengo mis amigos aquí.

-¿Amigos? ¿Esos muertos de hambre? Esto no está a discusión Maira, nos

regresaremos hoy mismo si es posible, acatarás mis órdenes y harás todo lo que yo te diga o volveré tu vida un infierno, ya lo verás.

-¿Y qué si no quiero volver? – le espetó, tragando saliva, altanera, esforzándose por recuperar su compostura siempre digna.

-Si te gusta tanto esta vida de pobretona que estas llevando, lo haremos más fácil. Podemos llegar a un acuerdo. Tengo los documentos listos, con el abogado en Santiago, solo tienes que darme la firma y traspasaras toda tu herencia a mi nombre. Entonces te quedas aquí, tranquilamente llevando tu nueva vida de miseria; si tanto te gusta, no necesitarás ese montón de dinero ¿Verdad?

-Está bien. Tú ganas. Firmaré los documentos. –aceptó, tragando saliva, aunque dentro de ella solo quería hacer tiempo, para buscar la manera de huir de allí.

-Eres Lista. –Le dijo su padre riendo, sabiendo que algo se traía entre manos.-No pienses que no sé, que sin la llavecita esa, no serviría tu firma de mucho. Tienes que darme la llave que te dejó la vieja. Venir conmigo a Santiago, esperar que cumplas los dieciocho, y solo Entonces iremos a la casilla de esa llavecita, a recoger lo que debería haber sido mío desde hace mucho, mucho tiempo. ¡Entrégame la llave! –le ordenó extendiendo su mano para que Maira se la diera.

-No la ando trayendo conmigo.

-¿Cómo rayos no la tienes? ¡Es mentira! ¡Siempre la cargas! –espetó furioso, revisando su cuello para hallar la cadena.

- No la tengo. –repitió.

-Edgar revísala, debe tenerla oculta en alguna parte de su ropa.

-Edgar se acercó y empezó a registrarla con los ojos lascivos, quitándole el carnet, el monedero, el celular, y las llaves que traía encima, mientras Maira le hacía el quite, molesta.

-Ya les dije que no la ando trayendo.

-¿Dónde está? –preguntó Roberto, luego que Edgar no la encontrara.

-Está enterrada. –Mintió.

-¡No! ¡Eso es mentira; nunca harías algo así!

-Es verdad. La enterré en un campamento. Estuve viviendo unos meses allá y tengo una mediagua en ese sitio. Hay un cuartucho de cierre de calaminas al lado, donde está el baño, allí hay un tambor para echar el agua que consumíamos, debajo de ese tambor, hay que excavar un poquito, y dentro de una lata de galletas vacía está la llave. –Mintió abiertamente, mirando a ambos a los ojos, haciendo su mejor esfuerzo porque le creyeran.- No podía andarla trayendo en ese sitio, me hubieran asaltado. Tuve que esconderla –agregó encogiéndose de hombros.

-¿Y por qué no te la llevaste cuando te fuiste? –preguntó Edgar.

-Es más seguro en ese sitio. Nadie va ir a buscar algo valioso en un cuartucho asqueroso. –comentó con fingida indiferencia.

-De acuerdo. Te creeré. –dijo su padre mirándola fijamente, luego se dirigió a Edgar:- Ve a buscar la llave a ese sitio.

-¿A un Campamento? –replicó con evidente desagrado, pero al ver el rostro furibundo de Roberto agregó:- ¿Cómo doy?

Maira le explicó dónde era, y algo enredosamente le dijo como llegar, y

cómo reconocer la mediagua de ella, sabía que no le iba a ser fácil ni dar con el lugar ni encontrar su cabaña que estaba abandonada. Le pidió el llavero y sacó una llave de allí y le dijo que era la del candado de la puerta. Ella intentaba ganar tiempo con todo esto.

Edgar se marchó, y Maira se quedó sola con su padre en el cuarto.

-Viviendo en un campamento. Es repugnante.

-Lo sé. Fui yo la que tuve que soportar todo eso. ¿Te alegra verme en la miseria? En realidad no me gusta esta vida que he llevado, quise proteger mi patrimonio, pero me hallaste y ganaste.

-¡He luchado mucho por ese dinero! Pero podrías llevar igual una vida de reina si vienes conmigo; te conseguiré un buen esposo, con suficiente dinero y poder para que no te falte nada el resto de tu vida.

-Claro, no me faltará nada, solo la libertad ¿Verdad? –respondió con ironía.

-Aún así, puede ser mejor que vivir en campamentos, y vendiendo como pordiosera en la calle ¿No te parece? –dijo mordaz.

-Si es cierto. A propósito de pordiosera; no me invitarás algo de comer. Sabes, tengo hambre, he comido comida barata y repugnante todo este tiempo.

Roberto se largo a reír.

-Eres igual a mí, solo que no lo has notado. Yo tampoco he cenado. Pediré que nos traigan servicio a la habitación.

-Gracias, me gustaría tomar un té en hebras y unos croissants.

-Como gustes, cariño. –respondió con una elegante y falsa sonrisa.

Los dos hablaban de pronto con fría formalidad, la típica hipocresía de aparentar llevarse bien con quienes se desea estrangular. Maira había encontrado la estrategia para su escape.

Roberto llamó para pedir que trajeran los alimentos al cuarto. Y quince minutos después llegó una camarera con un carrito con el pedido. Lo puso sobre la mesa y se marchó raudamente, luego que Roberto le diera una propina.

Maira se sentó a la mesa y revisó la orden con fingido entusiasmo.

-¿No te lavarás las manos? –preguntó su padre, que no soportaba sentarse a comer sin lavarse primero.

-Las tengo limpias ¿Y tú? –respondió ella en un mordaz doble sentido.

-Tan ingeniosa como siempre. –comentó él, mientras entraba al baño para lavarse.

Apenas Maira lo vio desaparecer tras la puerta del baño, sacó de entre su sostén el sedante que la doctora le recetara a Pablo, y que este no quería tomar porque le provocaba somnolencia. Él mismo había colocado el pequeño frasquito allí esa tarde, después que se negara rotundamente a consumirlos. Agradecía al cielo, porque estuviera allí ahora.

Echó varias gotas en el café de su padre, y por si acaso, echó un chorro más, y volvió a mantenerse elegantemente sentada en la silla, como si nada hubiera pasado.

-No soporto comer con las manos sucias, tú deberías hacer lo mismo.

-Ay, papá tengo mucha hambre, ya no te esperaba. –argumentó mordisqueando un crujiente croissant. Este té está delicioso. –fingió, comiendo la comida como si no hubiera comido en años.
-No comas con vulgaridad, o ya se te olvidaron los buenos hábitos. –la regañó.

-Lo siento. Pero la comida de aquí está muy buena.

-Si. Comparado con quizá qué barbaridad que consumías. –comentó Roberto bebiendo su café, mientras Maira lo miraba disimuladamente, contenta de que lo estuviera probando.

Aún no alcanzaba a terminar de tomar toda la taza, cuando su padre dijo sentirse algo cansado. Se levantó del asiento y se sentó en la cama, intentando observarla, mientras sentía que las cosas daban vueltas a su alrededor.

-Maira... ¿Qué hiciste? –Alcanzó a decir, y cayó de espaldas sobre la cama, quedando estirado en ella.

Maira se levantó y lo remeció un poco para ver si reaccionaba, pero en vez de eso, su padre se puso a roncar.

A toda prisa revisó los bolsillos de su padre y tomó su billetera, las llaves del auto, y las llaves del cuarto, y el celular, el cual rompió pisándolo muy fuerte y luego lo tiró al lavamanos del baño, poniendo el tapón y dejando que el agua lo cubriera un poco. Recuperó sus cosas que estaban sobre el velador de la cama, y revisando la billetera de su padre sacó todo el dinero en efectivo que cargaba y se lo guardó en el sostén y salió de la habitación, cerrando el cuarto por fuera. Avanzó por el pasillo, intentando verse calmada, pero caminando lo suficientemente de prisa. Bajó el ascensor y salió del hotel lo más tranquila y normal que podía disimular.

Estando afuera, caminó rápidamente para coger locomoción, tirando las llaves del auto y del cuarto, y la billetera a un cesto de basura que encontró a su paso. Se subió a un taxi, y le ofreció pagarle la carrera completa si la llevaba a prisa. Desde allí llamó a Rose.

-Rose... ¿Están bien? Voy para allá. Echa en una mochila lo más necesario para Jerry, y dejame a los pies de la cama una muda de ropa para Pablo.

-¿Maira? ¿De verdad eres tú? ¿Vienes? –preguntó incrédula.

-Rose, no hay tiempo, tenemos que irnos.

-¡El Pablo está inconsolable, no ha parado de llorar desde que ese monstruo te llevó! –le informó con angustia.

-Dile que estoy bien, que voy a buscarlos. –Dijo suavizando el tono de voz, y colgó.

El taxi llegó sólo diez minutos después, a la casa y Maira le pidió al taxista que la esperara, le prometió pagarle muy bien.

Entró en la casa, y caminó hacia la pieza, entrando aceleradamente en ella como una tromba, ante el asombro y alivió de sus amigos.

-¡Rose, tenemos que irnos ya! –le dijo al mismo tiempo que revisaba a Pablo con las manos, después de haberlo visto en el suelo la última vez que estuvo allí. –Estoy aquí, estoy bien. –se dirigió a él en un suave susurro, obligándose a tranquilizar su voz, mientras observaba sus ojos llorosos.

-¿A dónde? –preguntó Rose, terminando de echar algunas cosas en su mochila.

-¡A cualquier otra parte! Ya veremos. –Respondió sacando su bolso y echando las cosas que Rose le dejara sobre la cama.

-¿Dejaremos todo esto aquí?

-Si. Esto no importa. –Le decía, en tanto agregaba otras cosas a su bolso, incluyendo el dinero del tarro sobre la repisa, y las joyas que habían quedado en el mismo sitio de antes.- ¿Estás lista? –le preguntó con urgencia.

-No sé. Creo que sí. –Rose se sentía perpleja y le costaba reaccionar.

-Entonces, vámonos. –La apuró, garabateando una nota para el señor Petronni, para luego sacar a Pablo de la habitación, el que sentado en su silla de ruedas, aún tenía el cuerpo tembloroso y los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto.

Rose salió tras de ella llevando a Jerry en el cochecito, cerraron la pieza con llave. Y saliendo a la calle, Maira observó el entorno buscando si alguien los esperaba, pero no vio a nadie.

El taxista esperaba y las ayudó a subir a Pablo y guardar la silla de ruedas y el cochecito en el portamaletas. Se subieron todos y Maira le pidió los llevara al terminal de buses.

Una vez allá le pagó muy generosamente, y entraron los cuatro, avanzando rápidamente al interior de este.

Buscaron pasajes, necesitaban un bus que saliera pronto, el primero al que le quedaban suficientes asientos para ellos cuatro, salía en 40 minutos más, hacia Tocopilla.

-¿A dónde iremos? –quiso saber Rose.

-A Tocopilla; la ciudad de Alexis Sánchez. –Le respondió con mejor humor, y una sonrisa.

-Okey. Entonces que así sea. –Dijo Rose, poniendo cara de divertida resignación. Definitivamente Maira estaba loca o era una maldita aventurera arriesgada, con miles de secretos; pero quien sabía. Pensaba la muchacha.

Subieron en el pequeño ascensor, hasta la planta alta del terminal, y se sentaron en la sala de espera. Maira vio una cafetería, bastante agradable y terminó por llevarlos allá, pensando en que llegarían tarde a Tocopilla y todos tendrían hambre.

Tomaron unas breves onces allí, aunque ninguno tenía mucho apetito.

Mientras tanto Maira les contó por primera vez y con honestidad, como había huido de su padre la primera vez y lo que había hecho ahora.

Los recuerdos aún estaban patentes en su cabeza; la casa de su padre en Santiago, en la dehesa, lo enamorada que creyó estar de Edgar, el brazo derecho de su padre, a pesar de ser él bastante mayor que ella, y de lo contento que estaba su padre de que ellos se comprometieran en matrimonio. Terminaría la educación media y apenas un mes después se casarían, sólo un mes antes de que ella cumpliera los dieciocho. De esta forma ella y su flamante esposo podrían continuar el legado de su padre con la empresa que este tenía. Al menos eso era lo que ella pensaba. Sin embargo, todo se desmoronó cuando esa noche salió de su habitación

para beber agua en la cocina y vio a Edgar cuchicheando con Estefanie, su hermana.

-Júrame que no te enamorarás de ella –le decía a él.

-Sabes que te quiero solo a ti. –le respondió Edgar.

-No entiendo porqué te tienes que casar con esa engreída; prométeme que apenas tengan su dinero la abandonarás.

-Si, si. Así será. Esto es necesario querida. Además, me volveré el socio de tu padre y podremos llevar una vida de reyes después de todo esto.

-Pero aún falta tanto... no sé si logre fingir más tiempo; no me gusta que estés con ella.

-Debes tener calma...

Maira quedó helada al oírlos y ya se disponía a enfrentarlos, cuando escuchó la voz de su padre que se acercaba a ellos.

-¿Edgar, aún no te has ido? Mañana te necesito temprano en la oficina.

-Si, lo sé, Roberto.

-iPapá, deja que Edgar se quede aquí! –le pidió Estefanie con voz melosa

- Hija, no acoses a Edgar, ya te he dicho que no quiero verlos juntos en la casa.

-iPero, papá...!

-Edgar vamos al estudio un momento. – dijo Roberto.

Los dos hombres caminaron hacia el estudio y Estefanie fue tras ellos. Maira alcanzó a ocultarse tras una cortina del ventanal, logrando no ser vista en la penumbra.

Maira los siguió ocultamente, y ya en el estudio escuchó con horror como su padre le decía a Edgar lo que debía de hacer para seguir con su plan, y que por ello, debía a toda costa no levantar sospechas, si querían conseguir tener en sus manos la herencia de Maira. Ella furibunda los confrontó, sin importarle nada, les gritó a su padre y a Edgar y a Estefanie, creando un escándalo de proporciones; no podía creer que todos estuvieran de acuerdo para quitarle la herencia de su abuela.

Su padre la tomó con fuerza de un brazo haciéndole saber que era ese dinero lo que había buscado conseguir durante años.

-iNo voy a dejar que esa herencia se me escape de las manos, no ahora que está tan cerca! ¿Por qué crees que te recibí y te he dado el gusto en todo, todo este tiempo? La vieja de tu abuela siempre ha frustrado mis planes, pero no esta vez, y por las buenas o por las malas me darás todo lo que tienes, y me volveré uno de los empresarios más ricos e importante de la zona y mi empresa se volverá una de las más importantes multinacionales, ya verás; no echarás abajo mis sueños. Ese dinero debió ser mío cuando estaba con tu madre, pero la vieja se dio cuenta y logró sacarme de su vida, y con lo poco que me dio logré crear esta empresa, imagina lo que haré cuando lo tenga todo; seré muy poderoso.

-iEstás loco! ¡Suéltame! ¡Me estás lastimando! –le espetó Maira a su padre.

-Si. Y voy a ser capaz de lastimarte más si no haces lo que quiero. Ahora que ya sabes todo, te quedarás encerrada en tu cuarto hasta que decida qué hacer, aún faltan varios meses para tu cumpleaños dieciocho.

-¿Me dejarás encerrada? ¡No puedes hacer eso! –forcejeaba intentando

zafarse, mientras su padre prácticamente la arrastraba hasta su dormitorio, seguido por Edgar, mientras que su hermana se había quedado en el estudio riendo por el acontecimiento.

-¡Te tendré encerrada los próximos diez meses, sea como sea, ya verás! Así que olvídate de la escuela y las amistades. –Roberto parecía enloquecido.- ¡Tú te lo buscaste, niña tonta!

-¡Eso sería un secuestro! ¡Yo soy tu hija!

-¡Sí! ¡Y tu dinero es mío, solo mío!

-¡Por favor, no me hagan esto! –Miró suplicante a su padre y a Edgar.

Edgar entró en la habitación de ella, por orden de Roberto y recogió el Iphone, el Ipod, y el I Mac de Maira, mientras que su padre la sostenía fuertemente para luego arrojarla dentro del cuarto y cerrar la puerta por fuera.

Maira tenía muchas ganas de llorar y gritar, pero recordó las palabras de su abuela que decía que había que tener la cabeza fría para estar en control, en los momentos más duros, para encontrar una solución a los problemas y no ahogarse en ellos. Dio vueltas por la habitación y luego se sentó en la cama no se le ocurría nada, la noche avanzaba lenta; era como si no fuera a amanecer más; era el segundo más largo y oscuro de la noche. En medio de la soledad y la desesperación, sólo optó por romper todo a su paso para arrancar de esta forma el dolor que sentía por dentro; cuanto extrañaba a su familia; a su madre y a su abuela... ¿por qué tenían que estar muertas?

Cuando termino de voltear el cuarto y arrojar a las paredes todo lo que se le cruzaba, golpeó con los puños el cristal del ventanal, este sonó vibrando un poco; esto le dio una idea. Abrió la ventana y se asomó al pequeño balconcito al que daba, miró hacia abajo, la altura era bastante, lo suficiente como para matarse o quedar fracturada en más de una parte si caía mal, pero no veía otra salida. Miró alrededor, pensando como bajar hasta la entrada de la casa, y sin más opciones, echó en su mochila unas cuantas cosas y se dispuso a bajar por el balcón ayudándose de las trepadoras, que cubrían parte del muro y de la tubería de decantamiento de aguas lluvias, logró llegar abajo, y evadió la cámara de vigilancia, agazapada junto a las plantas, avanzó hasta la reja y se subió al contenedor de basura para saltar el muro, se tiró al otro lado, lastimándose levemente el pie y corrió y corrió, alejándose del lugar. Amanecía.

Unas cuadras más allá tomó un taxi, aún no tenía claro qué hacer, si se quedaba en Santiago, su padre la encontraría, debía irse. Pensó en ir al aeropuerto, pero era improbable que lograra viajar de manera inmediata y menos siendo menor de edad, por lo que optó por ir a Estación Central, al terminal de buses. Allí buscó un bus que saliera de inmediato hacia cualquier parte y encontró el último pasaje hacia Antofagasta, en un bus que salía en apenas diez minutos más y al que ya estaban abordando, sin pensarlo, lo tomó y ya en el bus rogó porque tuviera tiempo de escapar y su familia no la encontrara.

Y ahora había vuelto a huir una vez más...

-...Va a estar furioso cuando despierte. Espero estar lejos de su alcance hasta que eso ocurra. –terminó diciendo Maira, luego de resumirles sus dos aventuras de escape.

-¿Entonces eres rica? ¿Millonaria? –preguntó Rose, sintiendo más aún que Maira era una completa extraña.

-Aún no. Pero lo seré muy pronto.

Pablo la escuchaba y se sentía incómodo, ella no era realmente quien él pensaba, y no sabía cómo reaccionar a ello.

-¿Entonces, nunca fuiste una prostituta? ¿Verdad? ¿Nos engañaste?

-Si. Es verdad. Lo siento chicos, pero no quería que nadie se enterara de quien yo era. Tuve que hacerlo, no tuve opción. –les confesó avergonzada, pero aliviada de que por fin ellos supieran que no era una puta. Especialmente Pablo, que inmediatamente sintió alivió de descubrir que su oficio solo había sido un señuelo.

-Eres muy mentirosa... pero lo haces bien –contestó riendo Rose, preguntándose si alguna vez llegaría a conocer bien a su enigmática amiga.

La llamada para abordar su bus se hizo, y con un suspiro de alivio, Maira avanzó junto a los demás, hasta el andén.

El auxiliar y el chofer, amablemente la ayudaron a acomodar a Pablo en su asiento, que al final fue algo más simple de lo que Maira suponía. Echaron la silla de ruedas y el cochecito al maletero y se instalaron cómodamente, Rose con Jerry unos asientos más atrás y Maira y Pablo en los primeros asientos frente a la puerta. El bus tomó sus pasajeros y salió del terminal.

Ya estaba oscuro, cuando el bus partió, rumbo al norte. Y solo cuando este dejó atrás la ciudad y sus luces, fue cuando Maira se relajó de verdad.

Pablo la observaba. Se sentía aliviado de que ella estuviera de regreso tan rápido, y bien y con él, pero no sabía quién era ella realmente. Maira miraba por la ventana perdida en sus pensamientos.

-Mai...ra... -Se esforzó por vocalizar Pablo, intentando romper el silencio.

-¡Dios! Es cierto. –exclamó de pronto, sacando la vista de la ventana y observándolo- Tú hablaste cuando estaba Edgar allá, yo te escuché.

Pablo Asintió lentamente y Maira se volteó más hacia él y puso sus manos en su rostro, haciéndole cariño con mucha ternura.

-Estás hablando, cariño. Lo siento, estaba tan metida en mis asuntos. ¡Dios! No podía permitir que Edgar te lastimara. Pero ahora estaremos bien. Aún tienes los ojos enrojecidos; no debiste llorar; te dije que regresaría.

-No...quie...ro... perder...te –le dijo Pablo con algo de dificultad.

-Estoy aquí. No te dejaré hasta que estés bien.

-Gra...cias... Gracias... por... todo –continuó Pablo intentando conversar con ella, y le encantaría poder hablar más fluido, como antes de perder el habla, tenía tanto que decirle.

-Gracias a ti. Contigo he aprendido muchas cosas, y he valorado muchas otras, que antes no me importaban. Además, si no fuera porque traviesamente pusiste el sedante en mi sostén, no hubiera podido huir de

allí, y ¿Sabes? Creo que ahora te encuentro razón, ese sedante es muy fuerte, ya sé porqué no querías recibirlo. –le dijo sonriente y con una expresión de diversión.

- Me... ha...cía dormir y estar... raro –le dijo.

-¿Raro?

-Co...mo sin fuer...zas..., me asusta...ba.

-No tendrás que tomarlo más, pues creo que le vacié la mayor parte en el café de mi padre. –le sonrió.

Llegaron al peaje y luego de pasarlo, las luces interiores se apagaron. Maira prendió la pequeña luz del panel sobre su cabeza, y siguió conversando con Pablo un buen rato, hasta que los dos comenzaron a quedarse dormidos.

Maira despertó cuando el bus aún iba por la carretera, pero habían prendido las luces, a cierta distancia se distinguía la ciudad. Ya faltaba poco por llegar.

Pablo también despertó, algo desorientado, pero vio a Maira a su lado y se calmó.

Llegaron a Tocopilla un cuarto para las doce de la noche, pero como era verano aún había gente por el centro.

Le preguntaron a un transeúnte por la ubicación de algún hotel, y este les indicó dos que estaban muy cerca.

Se decidieron por el que estaba apenas una cuadra más arriba de donde estacionaba el bus.

Entraron y hablaron con la recepcionista, la que les dijo que había un cuarto disponible con una cama matrimonial y una litera al lado, por ser verano el lugar estaba lleno. La tomaron sin dudar, y como Pablo era mayor de edad, no les hicieron ningún problema, para alojarse, pues quedó el registro a su nombre.

Ya en la habitación se instalaron, Rose acostó a Jerry que seguía durmiendo desde el bus, y los tres adolescentes se pusieron a conversar un largo rato antes de dormirse; al final, todo esto parecía una loca aventura.

Por la mañana, desayunaron en el hotel y salieron a recorrer la ciudad, al mismo tiempo que comprar unas cuantas cosas que en el apuro no habían traído. Pero por sobretodo, esperaban poder arrendar una habitación o una casa amoblada por un mes, hasta que Maira pudiera cobrar su herencia.

La ciudad era tranquila y pequeña, el hotel estaba en pleno centro, por lo que les fue fácil comprar pañales, cepillos de dientes, y ropa interior.

Ese mismo día lograron dar, con una habitación en arriendo, cerca de allí. Era de una señora anciana y sola, que arrendaba una pieza amoblada. Fueron a hablar con ella y amablemente los recibió. La pieza era estrecha, aunque caía la silla de ruedas entre las dos camas, que eran de plaza y media.

-Dormiremos incómodos. –dijo Maira.

-Yo no.- Alegó Rose.

-Yo tampoco...co. –dijo Pablo con una sonrisa picara.

Maira ríe; claro que él dormiría cómodo más cerca de ella. Y cómo no

sabían si lograrían conseguir algo más, se quedaron con la habitación.

Tenían derecho a usar la cocina, el agua caliente, la lavadora y si querían podían ver tv en la sala, les informo la señora. Maira pagó por adelantado y aunque tenían esa noche pagada en el hotel, prefirieron mudarse esa misma tarde a su nuevo domicilio.

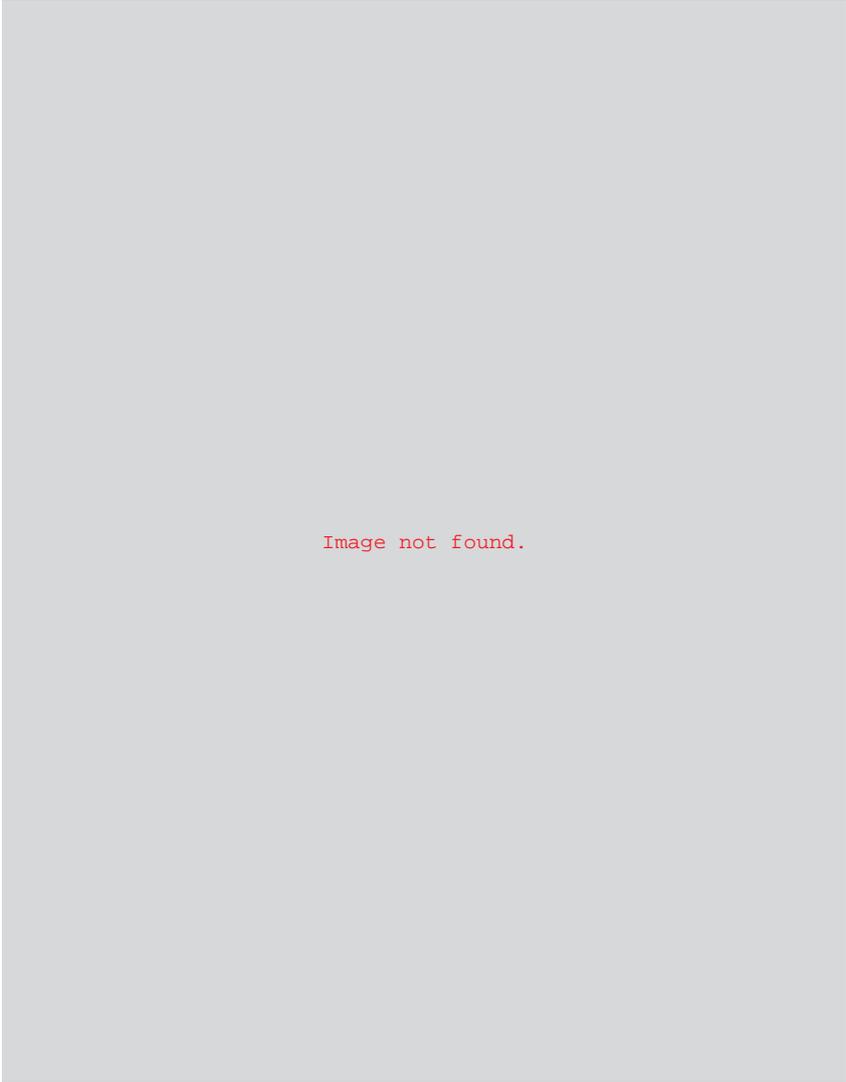


Image not found.

Pablo.-

Capítulo 12

Capitulo 11: vacaciones en provincia.

Se adaptaron rápidamente a la pequeña ciudad y su nueva casa, la anciana señora Grace era muy hospitalaria con todos ellos, y cómo vivía sola, le encantaba buscarlos para charlar y les convidaba fruta o golosinas, o lo que fuera que tuviera en su cocina.

La anciana sintió cariño y compasión por ellos, porque vio que estaban solos, intentando apoyarse mutuamente, y no era fácil con un bebe y uno de ellos en una silla de ruedas. Les hizo sentir que podían estar como si su casa fuera realmente la de ellos, lo que a los tres adolescentes les sirvió para disfrutar por ese tiempo el sentirse apoyados por un adulto, que buscaba la forma de regalinearlos continuamente, al punto que terminaron cocinando junto con la señora diariamente y se sentaban a comer los cinco a la mesa. Las chicas le ayudaban a diario con el aseo, y a la anciana señora Grace le encantaba escuchar las historias y anécdotas que ellos tenían. Maira compraba víveres y todo lo que viera que hacía falta en la casa, y la señora Grace le decía que no gastara todo su dinero en ello, pero Maira la tranquilizaba, diciéndole que podía hacerlo.

Esas semanas, en la pequeña ciudad costera, fue muy agradable, no solo por el ambiente de la casa, sino porque al estar cerca del centro podían salir todos los días a recorrer las calles con Pablo, tomar jugos de fruta, y comer ricos trozos de tortas y otros dulces en las pastelerías. Se sentaban a conversar en la plaza, por horas, durante la tarde, e iban a la feria de las pulgas que allí solo funcionaban los domingos, para comprar ropa usada, ya que no habían llevado nada en su viaje, y pudieron hacerse de unas cuantas mudas de ropa en ese lugar. Fueron también a una playa, que estaba bastante cerca, no era apta para bañarse, pero pudieron hacer que Pablo, por primera vez, estuviera acostado sobre la arena, y le mojaron los pies con agua de mar, cosa que no le gustó por encontrarla demasiado fría. En cambio ellas jugaron en la orilla del mar, salpicándose y mojándose los pies. Rose fue con Jerry, un par de veces al balneario que estaba en el sector sur de la ciudad, porque le gustaba meterse al agua. Maira no iba, porque era difícil, manejar la silla de ruedas hasta allí. En la noche iban a comer pizza al centro, o a un excelente salón de té, en el cual se hartaban comiendo sándwich o pasteles de todo tipo. Volvían riendo, alegres a la casa, Jerry generalmente durmiendo en su cochecito y Pablo algo cansado de todo el trajín del día, igual que las chicas, especialmente Maira, que empezaba a

resentir el peso de llevar la silla de ruedas por todas partes cada día.

Ya en la cama, Pablo se acurrucaba a su lado para dormir, sabiendo que no podía estar en ningún lugar mejor que junto a ella. Y Maira aceptaba con gusto el cálido cuerpo de su amigo que le daba una grata sensación de felicidad.

Lo mejor que pasó en ese tiempo, fue el conversar entre ellos. Lo hacían todo el día, todos los días, ahora que sabían quién era realmente Maira y ya no necesitaba mantener secretos, ella les reveló mucho de su vida; le habló de su verdadera familia: su madre y sus abuelos, recordó su infancia y las vacaciones en la hacienda Los Toros y lo feliz que era en ese lugar, y lo mucho que la amaban. Les contó sobre la muerte de su abuelo y años después la enfermedad de su madre; tal vez por eso le agradaba cuidar de Pablo, siendo Maira de 9 años había visto como la enfermera personal cuidaba de su madre en la etapa terminal del cáncer, que se la llevó a la muerte muy joven, y luego, cuando su abuela también cayó en cama, se esforzó por atenderla con cariño, aunque a su orgullosa abuela, no le gustaba y prefería que fuera solo la enfermera quien la atendiera. Les contó también de su vida en casa de su padre, con su desagradable madrastra y su media hermana Estefanie. Les contó de su tiempo en la escuela, y de cómo tuvo que hacer un año de enfermería en un politécnico público, el año que llegó a vivir con su padre, porque su madrastra encontró divertido sacarla del colegio privado para humillarla, y cómo odió tener que ir allá, pero al final eso le había servido.

-Si nos hubieras conocido en esa época, no nos hubieras ni mirado. –le dijo Rose.

-Solo hubiera arrugado la nariz y pasado frente a ustedes. –confesó riendo.

Maira también pudo conocer más a fondo la vida de Rose, cuya familia siempre había sido de situación económica muy precaria.

Pero sobretodo, pudo conocer de la misma boca de Pablo muchos detalles de su vida, cosas que había tenido que vivir desde que sus padres habían fallecido, cosas que tuvo que soportar y que con dolor cargó durante tantos años. Esto hizo que las chicas fueran aún más cariñosas y protectoras con él. Maira sintió mucha rabia contra esa maldita gente que lo había lastimado, y deseaba que él pudiera superar todo ese tormentoso pasado y que llegara en un momento a recuperarse completamente.

Una excelente novedad, fue que Pablo logró sostenerse en pie, por si mismo y empezó a intentar dar algunos pasos, ayudado por Maira y Rose, como también mejoró la habilidad de poder comer solo y tomar el vaso sin que se le derramara. Y con los días tuvo un gran avance en el

habla, que poco a poco podía hacerlo con mayor fluidez y más claridad.

-Vas a ver cómo pronto volverás a caminar. –Le dijo Maira, después de que Pablo había intentado dar unos pasos.

-Lo que... más... quiero es... volver a ca...minar. –respondió Pablo

-tienes que tener paciencia y seguir practicando. –Lo alentó dándole un beso en la frente.

El día tan esperado por Maira se acercaba, y para felicidad de ellos, no había novedad ni de su padre o Edgar ni de la familia de Pablo.

Maira les informó a sus amigos que tendrían que regresar en bus hasta Antofagasta y de allí viajarían en avión hasta Santiago, al día siguiente de su cumpleaños. Ni Rose, ni Pablo se habían subido nunca a un avión y se entusiasmaron con la idea.

El día del cumpleaños de Maira llegó y eso significaba el fin de toda esa difícil y penosa aventura, para Maira, o al menos eso creía ella.

Lo celebraron bulliciosamente, con una torta y mucha comida y refrescos, en la casa de la señora Grace, le entregaron obsequios y la felicitaron.

Al día siguiente, se despidieron muy de mañana de su amorosa arrendadora, y tomaron un bus de regreso a la ciudad de la cual habían huido.

Llegaron al Aeropuerto y abordaron sin problemas, y en apenas dos horas, ya estaban en Santiago.

Capítulo 13

Capitulo 12: La herencia.

De pronto, a Pablo todo le era familiar, desde que estaban en el avión, empezó a tener impresiones como de "deja vu", y a medida que recorrían la ciudad en el transfer, hasta el hotel, tuvo flashes como de antiguos recuerdos que no sabía que existían.

El hotel era elegante, nada comparado con los otros en los que se había albergado durante ese tiempo. Las habitaciones estaban reservadas y la suite matrimonial, en la que se instalaron Maira y Pablo era de las mejores.

Rose, estaba fascinada y quería ir a nadar a la piscina del hotel cuanto antes, pero Maira le recordó que tendrían que ir de compras primero, para conseguir unos mejores atuendos que los que ahora vestían, especialmente para ir al día siguiente a hacer los trámites, que le darían su herencia.

Maira los llevó a unas exclusivas boutiques y de ahí fueron al salón de belleza. Para Rose era un sueño, poder hacer todo eso.

Pablo observaba a Maira, mientras le arreglaban el cabello, iban a ser horas, hasta que quedó con el cabello castaño almendrado, muy semejante a su cabello natural, y un nuevo corte de cabello que la hacían verse más imponente aún. Se veía distinta para él; su Maira tenía el pelo negro, y algo descuidado.

Maira hizo que a Pablo también le cortaran el pelo de forma juvenil y muy moderna, y Pablo tuvo que aceptar que una hablantina muchacha, le lavara el pelo, le hiciera un masaje, se lo recortara y le echara varios productos más en la cabeza.

Además de ello, se hicieron manicure y un tratamiento facial.

Todo eso en una sola tarde. Fue agotador y extraño para pablo, pero las chicas estaban felices.

Ya de regreso en el hotel, comieron en el restaurant del mismo y se fueron cada uno a su cuarto; Maira con Pablo y Rose y su hijo a una habitación que estaba unos pisos más abajo.

Por la mañana, Maira se levantó prácticamente de madrugada, despertó a Pablo y lo preparó a él y ella para salir. Llamó a Rose para

juntarse a desayunar en el comedor del hotel. Y a Rose casi se le cae la cara cuando los ve.

Maira se veía como una modelo de pasarela, muy elegante y distinguida, realmente hermosa. Y Pablo, era increíble el cambio que había provocado, vestido con pantalón de tela, camisa y una chaqueta de cuero y el nuevo corte de cabello, parecía el más atractivo galán juvenil de la televisión, y sus ojos azules resaltaban cada uno de sus rasgos. Él era simplemente exquisito.

-No sabes lo mucho que me costó que se pusiera esta ropa. –le comentó Maira a Rose durante el desayuno. Pablo reía con picardía.

-Prefiero los buzos.

-Te ves muy lindo. –reconoció Rose una vez más, ya lo había dicho por lo menos dos veces antes.

-Gracias de nuevo. –le respondió Pablo a Rose, con coquetería, mostrándole sus parejos dientes en una amplia sonrisa.

-¡Vas a hacer que se vuelva vanidoso! –Dijo Maira en son de broma, pero sintiendo una punzada de celos en el estomago.

Luego del desayuno, Pablo y Rose acompañaron a Maira hasta un banco, en pleno centro de la gran ciudad.

Allí Maira le dijo a Pablo que tomaría la cadena que le había puesto. Se la retiró con cuidado y sacó la llave que había colgado como un dije por tanto tiempo. Los chicos esperaron a Maira que fue a hablar con un empleado, demoraba y Jerry estaba ya aburrido.

Maira habló con el empleado y este la envió a hablar con alguien más, el que la llevó hasta la casilla, en una bóveda del banco. El empleado abrió la caja metálica, y se la puso sobre una mesa que estaba allí para ese efecto, y la dejó sola con el contenido, en ese lugar.

Ella comenzó a revisar lo que allí había, eran documentos, títulos de propiedad, papeleo de cosas que no entendía del todo, y una carta de su abuela. La leyó allí mismo; eran instrucciones y el teléfono y la dirección de un bogado. También en el fondo de la caja, había muchas joyas. Maira las revisó y los recuerdos la inundaron; eran todas de su abuela y su abuelo y su madre, algunas, joyas de familia que se habían traspasado por generaciones. Nunca había sabido que pasó con ellas, y ahora aquí estaban. Pensó en qué hacer si llevarse todo o no. Optó por tomar los documentos y dejar las joyas allí donde era más seguro.

Volvió a hablar con el empleado esta vez para seguir una de las instrucciones de su abuela; hacer que una de las cuentas quedara activa para su libre disposición. Tuvo que esperar de nuevo a otro funcionario, el cual revisó unas cosas en el sistema, le pidió el carnet, la hizo llenar un papeleo, y le dijo que todo estaba en orden, que esa cuenta estaba a su nombre y podría hacer uso de ella inmediatamente, y le ofrecieron servicios bancarios como chequeras y demás.

A la salida del banco, transitaba ya mucha gente, y Maira tuvo miedo que su padre estuviera por allí, observó a todos lados, pero no lo vio.

Regresaron al hotel y Maira se comunicó con el abogado; era una suerte que el número telefónico que le dejara su abuela aún estuviera activo; era de las oficinas de él.

El abogado al enterarse quién era, la citó para esa misma tarde. Rose y Pablo se quedaron en la alberca del hotel, en tanto Maira iba al encuentro.

Resultó ser que el abogado era un viejo señor, amigo de su abuela y de su familia, los estimaba mucho, y manejaba los negocios de ella desde que había fallecido. Él le explicó los detalles legales de su herencia y cuanto capital acumulaba en las distintas cuentas tanto nacionales como extranjeras, que negocios estaban activos hasta ahora y que él manejaba y que quedarían ahora bajo su poder, para tomar decisiones respecto de ellos. Y cuantas propiedades había, y en qué situación se encontraban.

La información era mucha, y se dio cuenta que tendría la necesidad de aprender cada uno de los temas concernientes a ello. No era tan fácil como ella pensaba que iba a ser; pues había tenido la idea que era como en las novelas: aquí está tu herencia, puedes disponer de ella y disfruta la vida. Pero la realidad era que había mucho papeleo por detrás y muchos temas legales que no conocía. Iba a necesitar una buena asesoría.

El abogado la invitó a cenar con su familia para esa noche, quería presentarle a su esposa y recordar los tiempos de amistad con los abuelos de Maira.

Durante esa cena se enteró que varias de las propiedades las usufructuaba su padre, incluyendo la hacienda, y la casona en Santiago en donde se criara con su madre y sus abuelos. Ese iba a ser un problema. Y descubrió también que su padre había intentado coimear al abogado para obtener información confidencial de los negocios que dejara su abuela; en realidad él había intentado obtener el control de esos negocios.

De regreso al hotel, Pablo no estaba en la suite. Maira se preocupó, llamó a Rose y él estaba con ella en su cuarto, conversando. Fue para allá

y le contó las novedades.

-...Eso significa que tendremos que quedarnos en Santiago unas semanas, tal vez hasta unos meses, no sé. -les decía.

-¿Y estaremos todo ese tiempo en un hotel? -preguntó Rose.

-No. Estuve pensando en ello de regreso de la casa de don Javier, el abogado y creo que voy a contratar una asistente.

-¿Asistente? -dijeron al unísono Pablo y Rose.

-Sí. Porque yo estaré algo ocupada estos días, tengo que tomar unas asesorías y aprender unos asuntos y ella puede hacer lo que yo no tenga tiempo, llevarme una agenda y esas cosas, pero primero que nada haré que nos consiga un buen lugar para vivir.

Pablo la oía hablar y le trajo recuerdos olvidados de su infancia; su padre hablando con Silvia su asistente... "Silvia hazme un hueco en la agenda por favor, para esta tarde; iré al concierto con mi hijo". Pablo pudo ver tan clara la escena; y él con unos diez u once años saltando a su alrededor de emoción: "Gracias, papá. Será fabuloso, no era lo mismo ir con el chofer que ir contigo."

Maira consiguió la ayuda del abogado para contratar una asistente, entrevistó a las tres primeras candidatas que llegaron y contrató a la que le parecía más organizada y productiva. No tenía tiempo para hacer una búsqueda muy minuciosa.

Le pidió que buscara en las corredoras de propiedades un departamento amplio para arrendar, le dio todos los por menores de lo que esperaba de su nuevo domicilio, y le dijo que era urgente; esa sería su prueba, para ver si era eficiente o no. La segunda tarea que le pidió fue que buscara un buen chofer y que se contactara con un rentacar, por un vehículo que cumpliera los requisitos de amplitud y comodidad, sin ser demasiado alto, para poder trasladar cómodamente a Pablo, sin que fuera difícil hacer que se subiera en él.

Los siguientes dos días Pablo y Rose estaban algo aburridos e incómodos en el hotel; ese no era su mundo de gente sencilla que ellos conocían, y Pablo sentía que Maira lo estaba dejando demasiado solo, pues ella pasaba más en las oficinas del abogado.

-Esta es Jessica, la nueva asistente. -Le dijo Maira a los chicos, presentándoselas, esa tarde en el hotel. -En un rato más llegara el vehículo que alquilé y El hermano de Jessica que por ahora está sin

trabajo será nuestro chofer temporal.

Pablo y Rose respondieron el saludo sin mucho entusiasmo. Pero cuando Maira les dijo que irían al parque de diversiones de Fantasilandia, se alegraron.

Se divirtieron mucho allá y a la nueva asistente, a quien Maira invitó a ir, le causó extrañeza la dinámica de ellos. En cambio, su hermano, el nuevo chofer, le pareció muy divertido todo.

Después del parque, fueron a comer algo a un restaurant y volvieron al hotel.

Ya acomodados para dormir, Maira y Pablo se observaban el uno al otro, comunicandose con los ojos, en silencio, como diciendo en su mente lo que no se atrevían a decir con palabras.

-Algún día te retribuiré por todo lo que haces por mí –rompió Pablo el silencio, tomando con su mano la de ella.

-Ya lo haces, sin ti me hubiera desmoronado sin tener de que aferrarme, y ya ves ahora estoy finalmente aquí, cumpliendo mi objetivo.

-Pero tú me salvaste... -agregó él.

-Tú me salvaste –le dijo ella

Los dos sonrieron dulcemente, ella besó la frente de él y se durmieron con las manos entrelazadas, teniendo el uno al otro en su pensamiento y en su corazón.

Capítulo 14

Capítulo 13: Memorias del pasado.

Al día siguiente fueron a ver el nuevo departamento que podrían alquilar, estaba finamente amoblado, y era muy cómodo y espacioso. Maira quedó conforme con el lugar y Rose estaba fascinada con todo tan lindo, en cambio Pablo estaba pensativo, todo se le volvía recuerdos, y hasta ese lugar le recordaba una vida familiar que no sabía que había vivido:

“—Papá, tienes que ser más rápido con el mando.

—Hijo, no sé usar estas consolas, en mi tiempo solo había Atari.

—Son geniales ¿Verdad?

—¡sí, y tú tienes todas!

— Si, pero ahora quiero los nuevos juegos de la play 3, tienen unos gráficos increíbles ¿Me los compraras, verdad?

—Claro. Para tu cumpleaños ¿Está bien?

La gran pantalla del televisor, con el juego de carreras favorito y él y su padre, sentados en un gran sofá gris, divirtiéndose y siendo felices.”

—¿Pablo? Te estoy preguntando si te gustó el departamento. -Maira lo sacó de su ensimismamiento, mientras le acariciaba el cabello por la espalda. Él tocaba con sus dedos la suave pantalla de la tv.

—Está bien, supongo.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien? -Maira se inclinó a su lado preocupada, no era la primera vez que lo veía perdido en sus pensamientos.

—Veo cosas que no sé si he vivido.

—¿Cosas? -inquirió intrigada.

—Imágenes, recuerdos en mi cabeza.

—¿Recuerdos tristes o malos? -quiso saber ella.

—No. Yo...era feliz.

Maira no sabía que responder al respecto, no sabía qué le estaría pasando, pero si eran alguna clase de recuerdos felices, pensó que no tenía de qué preocuparse.

Apenas hicieron el papeleo con la corredora, se instalaron en el departamento. Ese mismo día, Maira fue con sus amigos al cerro San Cristóbal; al Zoo. Una vez más se divertieron mucho, y Fred, el chofer, que era un joven de 24 años, se entretenía mucho con ellos, aunque miraba a Maira con disimulado encanto.

Pablo seguía teniendo recuerdos; todo le era demasiado familiar.

—Maira, creo que yo vivía en esta ciudad antes de que mis padres murieran. —le comentó ese día antes de ir a dormir.

—¿Crees? ¿No estás seguro?

— Si. Ya te he dicho que casi no tengo recuerdos de antes del accidente. Todas mis memorias empiezan desde que fui a vivir con mi tío. Sólo malos recuerdos... Pero ahora es distinto; hasta me sé los nombres de muchas calles y lugares. No entiendo porqué mi tío y su familia jamás me ayudaron a recordar nada, ni a saber más de la vida que tuve antes de que mis padres murieran.

—Quizás sufriste algún tipo de traumatismo en el accidente y te provocó amnesia o algo así; tal vez sea bueno que veas un especialista que nos ayude a averiguar qué pasó.

—¿Más médicos? No Maira, por favor... ya te he dicho que no sé porqué, pero me ponen muy nervioso... es como si me fuera a morir allí mismo.

—Pablo, no hay otra forma de saber y tú necesitas con urgencia que te atiendan unos buenos especialistas que te ayuden a recuperar tu salud y la normalidad en tu vida.

—Pero me estoy sanando... con tus cuidados —Pablo no sabía cómo la conversación había desembocado en esto; otra vez sentía la angustia de tener que pensar en ir a un hospital.

—Ni siquiera sabemos que te sucedió para que quedases como estabas; Pablo yo quiero que estés bien, para que puedas ser feliz y hacer todo lo que quieras.

—Soy feliz... ahora... contigo.

—A mi me haría feliz que me dejaras llevarte a algunos especialistas y ver que tienen que decirnos... ¿Lo harías por mí? —le pidió.

—Está bien, pero no me dejes solo con ellos. —aceptó rodando los ojos y dando un suspiro de resignación.

Maira le pidió a la asistente que le consiguiera una hora urgente para un médico. La mujer, eficientemente la consiguió para un día después. Fueron a su consulta y él hizo las derivaciones correspondientes a los demás especialistas, incluyendo un psiquiatra y un neurólogo. Los cuáles les recomendaron que hasta que obtuvieran el diagnóstico al menos, evitaran dormir juntos, aunque cada uno tenía sus motivos.

Maira siguió el consejo de los médicos y ya instalados en su nuevo hogar, preparó uno de los cuartos para que Pablo durmiera solo. Pero no sólo fue que se extrañaban mutuamente por las noches, sino que además, Pablo empezó a sufrir de continuas pesadillas, en donde se veía nuevamente siendo maltratado por su tío Cano o en el campamento con su tía Margot, despertando aterrado y nervioso. Pero no quiso comentarle nada a ella, que estaba tan ocupada con el tema de la herencia.

Maira contrató una empleada para las labores de la casa, y quiso contratar a alguien para que ayudara a Pablo cuando ella no estuviera, pero él no quiso, no deseaba que nadie más lo cuidara, excepto ella, y Rose que lo ayudaba en pequeñas cosas. Pero Rose salía constantemente para conocer la capital, y como Maira decidió darle una mensualidad bastante importante para sus gastos y para que se divirtiera, podía salir y hacer muchas cosas, especialmente cuando el chofer estaba disponible. Y ese era el problema, pues Maira no quería que Pablo se quedara solo y no podía llevarlo con ella a donde el abogado, pensando en que estaría incomodo y se aburriría allí.

Habían pasado tres semanas ya, desde que habían llegado a Santiago, y Maira estaba cada día más absorbida por su interés de manejar la herencia, las inversiones y los negocios que su abuela le dejara. El abogado le estaba dando una oportunidad increíble de enseñarle todo lo necesario y ella deseaba y necesitaba aprender todo ello, pues ese era su futuro y el patrimonio que a sus abuelos tanto les costó crear y que defendieron con entereza y valentía. Ahora era ella la que debía seguir con el legado de su abuela, lo que implicaba reuniones, almuerzos, asesorías y mucho aprendizaje.

Una tarde en que tenía un almuerzo con los ejecutivos de una de las empresas en las que tenía participación, avisó, una vez más, que no iría a almorzar, ya era una de tantas veces que no podía reunirse en casa con sus amigos a esa hora, pero sabía que ellos la entendían. Pablo se resignaba a las ya prolongadas ausencias de Maira, pero por consejo de ella se dedicaba a dar vueltas por Santiago con el chofer, en el auto que

ella alquilaba. Aún así, no podía evitar sentirse nuevamente solo.

Ese día, en que dando vueltas por la capital, estaban por la autopista, en la ruta 68, cuando pasaron por un sector donde un nuevo recuerdo inundó la mente de Pablo, pero no era un recuerdo agradable: Era el accidente donde murieron sus padres; recordó a su padre manejando y diciendo que los frenos no respondían, recordó a su mamá pidiéndole con desesperación que se abrochara el cinturón, mientras él de unos once años, estaba sentado en el asiento trasero, recordó el auto patinando por la carretera y el golpe y el ruido al estrellarse; los vidrios quebrándose y las latas retorciéndose, recordó llamar a su madre, pero ella estaba inmóvil llena de sangre, al igual que su papá.

De pronto, Pablo se sintió enfermo, aquel recuerdo, lo estremeció, tuvo que pedirle al chofer que parara, estaba a punto de vomitar. El chofer, alcanzó a llegar a un área de descanso y Pablo volvió el estomago en la calzada. De regreso a casa, le pidió que no dijera nada a Maira ni a Rose. Se encerró en su cuarto y se puso a llorar.

Cuando llegó Maira al atardecer, lo primero que hizo fue ir a verlo, como siempre hacía, y notó que algo pasaba; pensó que era porque ella no había estado en el almuerzo, sabía cuánto él la extrañaba.

—¿Qué sucedió? ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué? —mintió para no preocuparla y para que no se le ocurriera llevarlo a un médico si le decía que había vomitado.

—Ay, Pablo. Sé que esto no ha sido tan fácil ni tan divertido como todos esperábamos; pero ya sabes que tengo una responsabilidad con lo de la herencia... —empezó a decir Maira, sabiendo que lo dejaba más tiempo solo de lo que quizás él quisiera.

—No te preocupes, yo estoy bien; son solo los recuerdos que aparecen a todas horas.

—No sé por qué siento que no es así. —le dijo Maira notando el rostro cansado de él.—¿Por qué no aceptas que contrate un enfermero que pueda ayudarte y hacerte compañía? —insistió una vez más con ello.

—Me acostumbré contigo, siento vergüenza con otras personas, además, no quiero que alguien más me vea como a un enfermo o un inútil; por favor... no me hagas eso.

—Es que no quiero que estés solo; será temporal, hasta que yo pueda tener más tiempo, o tú te mejores del todo. Sabes que a veces no puedo regresar pronto, y me preocupa que te vaya a pasar algo o que necesites

que te atiendan y no poder estar ahí para ti.

—Lo sé. Pero me ayudas todos los días, a bañarme, a vestirme, lo demás lo estoy logrando hacer solo, lo sabes.

—Pero te esfuerzas demasiado para ello, para que yo esté tranquila; pero y si te caes, o te lastimas, o te enfermas y necesitas ayuda y yo no estoy; no quiero que te pase nada.

—Tranquila. Estoy bien. —Pablo sentía que no debía darle más preocupaciones a ella o más trabajo que el que ya tenía.

Esa noche las pesadillas volvieron con más fuerza que nunca; pero esta vez soñó con el accidente, y no pudo evitar despertar gritando. Maira despertó y corrió a verlo, lo encontró llorando, y ante la insistencia de ella, no le quedó otra que contarle que estaba teniendo pesadillas desde que dormían separados y que ahora soñaba con el accidente donde habían muertos sus padres y que había recordado apenas el día anterior.

—¡Debiste decírmelo, Pablo! —lo regañó con cariño, pero firmeza.—Tal vez no fue buena idea que durmieras solo— agregó reflexiva, pues ella misma lo extrañaba cada vez más a su lado por las noches.

—No quiero ser más carga para ti... de lo que ya soy —respondió suspirando.

—No quiero que te sientas como si fueras una carga para mí; nadie me obligó a cuidarte, lo hago porque quiero, y cuando te recuperes totalmente, tendrás la libertad de decidir lo que quieras hacer de tu vida. —le dijo Maira forzando una sonrisa, consciente de que a pesar de su estado y de toda la carga emocional que traía de su doloroso pasado, deseaba que él se quedara siempre con ella, y ella poder quedarse con él. —Dormiré contigo el resto de la noche, si quieres; tal vez así se alejen tus pesadillas.

Pablo asintió y Maira se acomodó a su lado, él se acurrucó junto a ella y sintió que sólo eso bastaba para que todo el peso del pasado, que amenazaba por las noches en sus sueños, retrocediera.

Pablo no comió mucho en todo el día, lo cual era inusual en él, pero sentía que volvería a vomitar en cualquier instante. Y ahora, cientos de recuerdos venían a su mente, toda su infancia, estaba allí, conversaciones, juegos, fiestas, amigos, sus padres, todo aparecía en su mente, como si se hubiera abierto alguna puerta cerrada en donde se escondían todos ellos. Y darse cuenta que tenía unos padres que lo amaban, lo reconfortó. Además, si sus recuerdos eran reales, sus padres eran personas de buena

posición económica; personas como la gente del mundo de Maira.

Volvió a tener pesadillas en la noche, una vez más el accidente. Maira lo despertó y lo tranquilizó, lo abrazó, y le dijo que intentara dormirse de nuevo, aunque se lo llevó a dormir con ella a su cama. Y otra vez volvió a soñar lo mismo, pero esta vez recordó el hospital, las voces, pero cuando Maira lo despertó por segunda vez, no pudo recordar esa segunda parte. Ya amanecía, y Maira prefirió levantarse. Tenía una importante reunión ese día, pero estaba insegura de ir, era como si presintiera que algo malo pasaría, quizás porque él no quiso levantarse, se sentía cansado, y sólo antes que Maira se fuera se levantó, para que ella lo ayudara a lavarse y vestirse, porque le daba vergüenza que lo hiciera alguien más.

Se quedó sentado en la silla de ruedas, viendo tv en la sala. Rose también había salido con Jessica, a hacer unos encargos para Maira. Solo estaba la empleada en la casa, en la cocina. Pablo se quedó dormido por la mala noche de sueño que había tenido, y entonces, una vez más, el sueño del accidente, y luego de eso, ruido de sirenas, las luces en el hospital, las voces de la gente hablando alrededor, el olor penetrante que allí había, alguien que decía: "sus padres no sobrevivieron", el verse en una cama conectado a unas maquinas, las agujas en sus brazos, el querer salir de ahí, y ver que llegaban unas enfermeras y ataban sus muñecas a la cama, él llamando a sus padres que ya no estaban, luego, silencio, estaba solo en aquella habitación, se siente la puerta y alguien entra, es alguien alto, grande, es un hombre, es su tío que está frente de él, su tío que le dice que debería haber muerto junto con sus padres, que no tenía por qué haberse salvado, que ese había sido siempre el plan, pero que él iba a arreglar las cosas. Lo ve con una almohada en las manos y la pone sobre su rostro, haciendo presión contra él, quiere respirar y no puede, quiere quitárselo de la cara, pero sus manos están atadas, se desespera, se asfixia, y en el instante último a la inconsciencia, oye a lo lejos un pitido y luego voces lejanas y una frase: "Está en paro..."

La desesperación de sentirse sin aire, y de saber que habían matado a sus padres, lo despertó. El sueño estaba vivo en su mente, y sin contenerse, comenzó a vomitar nuevamente, una y otra vez hasta dejar la ropa y el piso a su alrededor manchado, y empezar a temblar descontroladamente.

La reunión estaba por terminar, cuando un llamado telefónico la alertó. Se puso lívida y sintió que el piso desaparecía bajo sus pies. Don Javier, le preguntó que sucedía y Maira sólo atinó a responder: —Es Pablo.

La angustia en su rostro y el viejo abogado, intentó obtener más información, se ofreció a llevarla hasta su casa, pues el chofer de ella estaba con Rose y Jessica, Maira aceptó, pero el trayecto se le hizo

eterno, parecía que todos los semáforos estaban en su contra.

Llegó al departamento, Jessica estaba en la sala con su hermano, el chofer, Maira solo atinó a preguntar por Pablo, y corrió al dormitorio, luego de la respuesta. Rose estaba con él, estaba recostado sobre la cama y ardiendo en fiebre, deliraba, balbuceando frases en que suplicaba que no lo golpearan más.

—Qué bueno que llegaste, Maira... hay que llevarlo a un hospital –dijo Rose sin saber qué hacer por él.

—Dile a Jessica que busque un servicio médico a domicilio, de urgencia.
—le pidió Maira.

Rose salió del cuarto y Maira no pudo evitar ponerse a llorar, al verlo tan frágil nuevamente; y al escucharlo podía percibir con pesar, todo el daño que él había sufrido. Le habló, le tomó las manos, le hizo cariño, y luego fue por una toalla pequeña la que mojó para irlo refrescando e intentar que descendiera su temperatura.

Se quedó allí hasta que llegó el médico, lo examinó, y le inyectó un medicamento para bajar la fiebre, y poco a poco, a medida que la temperatura volvía a su normalidad, él pareció recuperar su consciencia.

—Pablo. ¿Me oyes? –preguntó Maira al verlo más sereno, mientras abría y cerraba una y otra vez sus hermosos ojos azules de largas pestañas.

—¿Maira? –dijo débilmente.

—Soy yo, cariño. Nos diste un susto. –le hablaba con dulzura.

—Maira... no me dejes solo... por favor.

—¿Qué sucedió?...

Maira preguntó y Pablo se puso a llorar sin poder contenerse, y lloró, lloró, inconsolablemente. Ella lo abrazó y dejó que él sacara con el llanto todo el dolor que acumulaba en su interior.

Luego de un buen rato, y ya más tranquilo respondió:

—Recordé todo.

Maira ayudó a Pablo a bañarse y cambiarse ropa, una vez que él se sintió un poco mejor, lo hizo recostarse otra vez y luego de bañarse también ella, se acomodó a su lado, conversando, mientras le hacía

cariño.

Pablo le contó sus últimos recuerdos, los que fueron probablemente los culpables de aquel shock nervioso, que lo había dejado en tan deplorable estado.

A Maira se le erizaron los vellos del cuerpo al escucharlo, ahora era fácil entender porqué Pablo le temía tanto a los médicos y a los hospitales, si su tío había intentado matarlo mientras se recuperaba del accidente en el que fallecieron sus padres.

A pesar de haberle bajado la fiebre, Pablo seguía muy nervioso, por lo que Maira se quedó a cuidarlo y a hacerle compañía. Se sentía culpable, de dejarlo solo, de no estar con él en el momento que más la había necesitado. Pero lo que había pasado le sirvió para analizar una vez más, sus sentimientos hacia él. Ya no podía negarlo más, ni buscar excusas, para racionalizar lo que sentía. Era tan simple como que estaba perdidamente enamorada de su vulnerable amigo, y no deseaba estar con nadie más que con él el resto de su vida. Se dio cuenta que eran tan fuertes sus sentimientos, que si a él le llegara a pasar algo o la separaran de él, nada más importaría; ni siquiera la inmensa fortuna que tanto estaba intentando proteger, todo perdía sentido sin su presencia; lo amaba, esa era la verdad, y probablemente lo amó desde un principio, sin siquiera saber cómo o porqué, y aunque luchó con ese sentimiento, ahora veía todo claro: él era el amor de su vida, y lo que creyó sentir alguna vez por Edgar no alcanzaba a ser ni siquiera un pálido reflejo de lo que sentía por Pablo. Y aunque jamás pensó amar a un chico inválido, y trató de convencerse muchas veces, que sólo era compasión lo que por él sentía, ahora se reconocía a sí misma, que a pesar de haber vuelto a su vida de muchacha rica, ya nada era igual; esos meses allá la habían transformado; daba lo mismo el qué dirán, y de dónde él pudiera provenir, sólo quería amarlo y olvidar todas las limitaciones que le ponía su mente.